

LOS HERMANOS

KARAMAZOV

FEDOR DOSTOIEWSKI

A Ana Grigorievna Dostoiewski

«En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo caído en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce fruto.»

San Juan 12, 24-25

INDICE

Prefacio.

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

HISTORIA DE UNA FAMILIA

- I. Fiodor Pavlovitch Karamazov
- II. Karamazov se desembaraza de su primer hijo
- III. Nuevo matrimonio y nuevos hijos

LIBRO II

UNA REUNIÓN FUERA DE LUGAR

- I. La llegada al monasterio
- II. Un viejo payaso
- III. Las mujeres creyentes
- IV. Una dama de poca fe
- V. ¡Así sea!
- VI. ¿Por qué existirá semejante hombre?
- VII. Un seminarista ambicioso
- VIII. Un escándalo

LIBRO III

LOS SENSUALES

- I. En la antecámara
- II. Isabel Smerdiachtchaia
- III. Confesión de un corazón ardiente. En verso
- IV. Confesión de un corazón ardiente. Anécdotas ...
- V. Confesión de un corazón ardiente. La cabeza baja
- VI. Smerdiakov
- VII. Una controversia
- VIII. Tomando el coñac .
- IX. Los sensuales
- X. Las dos juntas
- XI. Otra honra perdida

SEGUNDA PARTE

LIBRO IV

ESCENAS

- I. El padre Theraponte
- II. Aliocha visita a su padre
- III. Encuentro con un grupo de escolares
- IV. En casa de Khokhlakov
- V. Escena en el salón
- VI. Escena en la isba
- VII. Al aire libre

LIBRO V

PRO Y CONTRA

- I. Los esponsales
- II. Smerdiakov y su guitarra
- III. Los hermanos se conocen

- IV. Rebeldía
- V. «El gran inquisidor»
- VI. Todavía reina la oscuridad
- VII. Da gusto conversar con un hombre inteligente

LIBRO VI

UN RELIGIOSO RUSO

- I. El starets Zósimo y sus huéspedes
- II. Biografía del starets Zósimo, que descansa en el Señor, escrita, según sus propias palabras, por Alexei Fiodorovitch Karamazov
- III. Resumen de las conversaciones y la doctrina del *starets* Zósimo

TERCERA PARTE

LIBRO VII

ALIOCHA

- I. El olor nauseabundo
- II. El momento decisivo
- III. La cebolla
- IV. Las bodas de Caná

LIBRO VIII

MITIA

- I. Kuzma Samsonov
- II. Liagavi 366
- III. Las minas de oro 372
- IV. Tinieblas 382 I.
- V. Una resolución repentina
- VI. ¡Aquí estoy yo!

VII. El de antaño

VIII. Delirio

LIBRO IX

LA INSTRUCCIÓN PREPARATORIA

- I. Los comienzos del funcionario Perkhotine
- II. La alarma
- III. Las tribulaciones de un alma. Primera tribulación
- IV. Segunda tribulación
- V. Tercera tribulación
- VI. El procurador confunde a Mitia
- VII. El gran secreto de Mitia
- VIII. Declaran los testigos. El «Pequeñuelo»
- IX. Se llevan a Mitia

CUARTA PARTE

LIBRO X

LOS MUCHACHOS

- I. Kolia Krasotkine
- II. Los rapaces
- III. El colegial
- IV. Escarabajo
- V. Junto al lecho de Iliucha
- VI. Desarrollo precoz
- VII. Iliucha

LIBRO XI

IVÁN FIODOROVITCH

- I. En casa de Gruchegnka
- II. El pie hinchado

- III. III. Un diablillo
- IV. IV. El himno y el secreto
- V. Esto no es todo
- VI. Primera entrevista con Smerdiakov
- VII. Segunda entrevista con Smerdiakov
- VIII. Tercera y última entrevista con Smerdiakov
- IX. El diablo. Visiones de Iván Fiodorovitch
- X. «Él me lo ha dicho»

LIBRO XII

UN ERROR JUDICIAL

- I. El día fatal
- II. Declaraciones adversas
- III. III. El peritaje médico y una libra de avellanas
- IV. La suerte sonrío a Mitia
- V. Desastre repentino
- VI. El informe de la acusación
- VII. Resumen histórico
- VIII. Disertación sobre Smerdiakov
- IX. La *troika* desenfrenada
- X. La defensa. Un arma de dos filos
- XI. Ni dinero ni robo
- XII. No hubo asesinato
- XIII. Un sofista
- XIV. El jurado se mantiene firme

EPÍLOGO

- I. Planes de evasión
- II. Mentiras sinceras
- III. El entierro de Iliucha. Alocución junto a la peña

PREFACIO

Al abordar la biografía de mi héroe, Alexei Fiodorovitch, experimento cierta perplejidad: aunque le llamo «mi héroe», sé que no es un gran hombre. Por lo tanto, se me dirigirán sin duda preguntas como éstas: «¿Qué hay de notable en Alexei Fiodorovitch para que lo haya elegido usted como héroe? ¿Qué ha hecho? ¿Quién lo conoce y por qué? ¿Hay alguna razón para que yo, lector, emplee mi tiempo en estudiar su vida?»

La última pregunta es la más embarazosa, pues la única respuesta que puedo dar es ésta: «Tal vez. Eso lo verá usted leyendo la novela. » ¿Pero y si, después de leerla, el lector no ve en mi héroe nada de particular? Digo esto porque preveo que puede ocurrir así. A mis ojos, el personaje es notable, pero no tengo ninguna confianza en convencer de ello al lector. Es un hombre que procede con seguridad, pero de un modo vago y oscuro. Sin embargo, resultaría sorprendente, en nuestra época, pedir a las personas claridad. De lo que no hay duda es de que es un ser extraño, incluso original. Pero estas características, lejos de conferir el derecho de atraer la atención, representan un perjuicio, especialmente cuando todo el mundo se esfuerza en coordinar las individualidades y extraer un sentido general del absurdo colectivo. El hombre original es, en la mayoría de los casos, un individuo que se aísla de los demás. ¿No es cierto?

Si alguien me contradice en este último punto diciendo: «Eso no es verdad», o «Eso no es siempre verdad», ello me animará a creer en el valor de mi héroe. Pues yo juzgo que el hombre original no solamente no es siempre el individuo que se coloca aparte, sino que puede poseer la quintaesencia del

patrimonio común aunque sus contemporáneos lo repudien durante cierto tiempo.

De buena gana habría prescindido de estas explicaciones confusas y desprovistas de interés y habría empezado sencillamente por el primer capítulo, sin preámbulo alguno, diciéndome: «Si mi obra gusta, se leerá. » Pero lo malo es que presento una biografía en dos novelas. La principal es la segunda, donde la actividad de mi héroe se desarrolla en la época presente. La primera transcurre hace trece años. En realidad, sólo se recogen en ella unos momentos de la primera juventud del héroe; pero es indispensable, pues, de no existir esta primera novela, muchos detalles de la segunda serían incomprensibles. Pero todo esto no hace sino aumentar mi confusión. Si yo, como biógrafo, considero que una novela habría bastado para presentar a un héroe tan modesto, tan poco definido, ¿cómo justificar que lo presente en dos?

Como no confío en poder resolver estos problemas, los dejo en suspenso. Ya sé que el lector, con su perspicacia, advertirá que ésta era mi finalidad desde el principio y me reprochará haber perdido el tiempo diciendo cosas inútiles. A eso responderé que lo he hecho por cortesía, aunque también he procedido con astucia, ya que he prevenido al lector. Por lo demás, me complace que mi novela se haya dividido por sí misma en dos relatos, «sin perder su unidad». Una vez que conozca el primero, el lector decidirá si vale la pena empezar el segundo. Evidentemente, cada cual es dueño de sus actos, y el lector puede cerrar el libro sin pasar de las primeras páginas del primer relato y no volverlo a abrir. Pero hay lectores de espíritu delicado que quieren llegar hasta el fin para no caer en la parcialidad. Entre ellos figuran todos los críticos rusos. Uno se anima al verse frente a ellos. A pesar de su

táctica metódica, les he proporcionado un argumento de los más decisivos para dejar la lectura en el primer episodio de la novela.

Con esto doy mi prefacio por terminado. Convengo en que podría haber prescindido de él. Pero ya que está escrito, conservémoslo.

Y ahora, empecemos.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

HISTORIA DE UNA FAMILIA

CAPITULO PRIMERO

FIODOR PAVLOVITCH KARAMAZOV

Alexei Fiodorovitch Karámazov era el tercer hijo de un terrateniente de nuestro distrito llamado Fiodor (Teodoro.) Pavlovitch, cuya trágica muerte, ocurrida trece años atrás, había producido sensación entonces y todavía se recordaba. Ya hablaré de este suceso más adelante. Ahora me limitaré a decir unas palabras sobre el «hacendado», como todo el mundo le llamaba, a pesar de que casi nunca había habitado en su hacienda. Fiodor Pavlovitch era uno de esos hombres corrompidos que, al mismo tiempo, son unos ineptos -tipo extraño, pero bastante frecuente- y que lo único que saben es defender sus intereses. Este pequeño propietario empezó con casi nada y pronto adquirió fama de gorrista. Pero a su muerte poseía unos cien mil rublos de plata. Esto no le había

impedido ser durante su vida uno de los hombres más extravagantes de nuestro distrito. Digo extravagante y no imbécil, porque esta clase de individuos suelen ser inteligentes y astutos. La suya es una ineptitud específica, nacional.

Se casó dos veces y tuvo tres hijos; el mayor, Dmitri, del primer matrimonio, y los otros dos, Iván y Alexei, del segundo. Su primera esposa pertenecía a una familia noble, los Miusov, acaudalados propietarios del mismo distrito. ¿Cómo aquella joven dotada, y además bonita, despierta, de espíritu refinado -ese tipo que tanto abunda entre nuestras contemporáneas-, había podido casarse con semejante «calavera», como llamaban a mi desgraciado personaje? No creo necesario extenderme en largas explicaciones sobre este punto. Conocí a una joven de la penúltima generación romántica que, después de sentir durante varios años un amor misterioso por un caballero con el que podía casarse sin impedimento alguno, se creó ella misma una serie de obstáculos insuperables para esta unión. Una noche tempestuosa se arrojó desde lo alto de un acantilado a un río rápido y profundo. Así pereció, víctima de su imaginación, tan sólo por parecerse a la Ofelia de Shakespeare. Si aquel acantilado por el que sentía un cariño especial hubiera sido menos pintoresco, o una simple, baja y prosaica orilla, sin duda aquella desgraciada no se habría suicidado. El hecho es verídico, y seguramente en las dos o tres últimas generaciones rusas se han producido muchos casos semejantes. La resolución de Adelaida Miusov fue también, sin duda, consecuencia de influencias ajenas, la exasperación de un alma cautiva. Tal vez su deseo fue emanciparse, protestar contra los convencionalismos sociales y el despo-

tismo de su familia. Su generosa imaginación le presentó momentáneamente a Fiodor Pavlovitch, a pesar de su reputación de gorrista, como uno de los elementos más audaces y maliciosos de aquella época que evolucionaba en sentido favorable, cuando no era otra cosa que un bufón de mala fe. Lo más incitante de la aventura fue un rapto que encantó a Adelaida Ivanovna. Fiodor Pavlovitch, debido a su situación, estaba especialmente dispuesto a realizar tales golpes de mano: quería abrirse camino a toda costa y le pareció una, excelente oportunidad introducirse en una buena familia y embolsarse una bonita dote. En cuanto al amor, no existía por ninguna de las dos partes, a pesar de la belleza de la joven. Este episodio fue seguramente un caso único en la vida de Fiodor Pavlovitch, que tenía verdadera debilidad por el bello sexo y estaba siempre dispuesto a quedar prendido de unas faldas con tal que le gustasen. Pero la raptada no ejercía sobre él ninguna atracción de tipo sensual.

Adelaida Ivanovna advirtió muy pronto que su marido sólo le inspiraba desprecio. En estas circunstancias, las desavenencias conyugales no se hicieron esperar. A pesar de que la familia de la fugitiva aceptó el hecho consumado y envió su dote a Adelaida Ivanovna, el hogar empezó a ser escenario de continuas riñas y de una vida desordenada. Se dice que la joven se mostró mucho más noble y digna que Fiodor Pavlovitch, el cual, como se supo más tarde, ocultó a su mujer el capital que poseía: veinticinco mil rublos, de los que ella no oyó nunca hablar. Además, estuvo mucho tiempo haciendo las necesarias gestiones para que su mujer le transmitiera en buena y debida forma un caserío y una hermosa casa que formaban parte de su dote. Lo consiguió porque sus peticiones insistentes y desvergonzadas enojaban

de tal modo a su mujer, que ésta acabó cediendo por cansancio. Por fortuna, la familia intervino y puso freno a la rapacidad de Fiodor Pavlovitch.

Se sabe que los esposos llegaban frecuentemente a las manos, pero se dice que no era Fiodor Pavlovitch el que daba los golpes, sino Adelaida Ivanovna, mujer morena, arrebatada, valerosa, irascible y dotada de un asombroso vigor.

Ésta acabó por huir con un estudiante que se caía de miseria, dejando en brazos de su marido un niño de tres años: Mitia . El esposo se apresuró a convertir su casa en un harén y a organizar toda clase de francachelas. Además, recorrió la provincia, lamentándose ante el primero que encontraba de la huida de Adelaida Ivanovna, a lo que añadía una serie de detalles sorprendentes sobre su vida conyugal. Se diría que gozaba representando ante todo el mundo el ridículo papel de marido engañado y pintando su infortunio con vivos colores. «Tan contento está usted a pesar de su desgracia, Fiodor Pavlovitch, que parece un hombre que acaba de ascender en su carrera», le decían los bromistas. No pocos afirmaban que se sentía feliz al mostrarse en su nuevo papel de bufón y que para hacer reír más fingía no darse cuenta de su cómica situación. ¡Quién sabe si procedía así por ingenuidad!

Al fin logró dar con la pista de la fugitiva. La infeliz se hallaba en Petersburgo, donde había terminado de emanciparse. Fiodor Pavlovitch empezó a prepararse para partir. ¿Con qué propósito? Ni él mismo lo sabía. Tal vez estaba verdaderamente decidido a trasladarse a Petersburgo, pero, una vez adoptada esta resolución, consideró que tenía derecho, a fin de tomar ánimos, a emborracharse en toda regla. Entre tanto, la familia de su mujer se enteró de que la desgraciada había muerto en un tugurio, según unos, a

consecuencia de unas fiebres tifoideas; según otros, de hambre. Fiodor Pavlovitch estaba ebrio cuando le dieron la noticia de la muerte de su esposa, y cuentan que echó a correr por las calles, levantando los brazos al cielo y gritando alborozado: «Ahora, Señor, ya no retienes a tu siervo». Otros aseguran que lloraba como un niño, hasta el punto de que daba pena verle, a pesar de la aversión que inspiraba. Es muy posible que ambas versiones se ajustasen a la verdad, es decir, que se alegrase de su liberación y que llorara a su liberadora. Las personas, incluso las peores, suelen ser más cándidas, más simples, de lo que suponemos..., sin excluirnos a nosotros.

CAPITULO II

KARAMAZOV SE DESEMBARAZA DE SU PRIMER HIJO

Cualquiera puede figurarse lo que sería aquel hombre como padre y educador. Abandonó por completo al hijo que había tenido con Adelaida Ivanovna, pero no por animosidad ni por rencor contra su esposa, sino simplemente porque se olvidó de él. Mientras abrumaba a la gente con sus lágrimas y sus lamentos y hacia de su casa un lugar de depravación, Grigori , un fiel sirviente, recogía a Mitia. Si el niño no hubiera hallado esta protección, seguramente no habría tenido a nadie que le mudara la ropa. También su familia materna le había olvidado. Su abuelo había muerto; su abuela, establecida en Moscú, estaba enferma; sus tías se habían casado. Por todo lo cual, Mitia tuvo que pasar casi un año en el pabellón donde habitaba Grigori. Y si su padre se acordaba de él (verdaderamente era imposible que ignorase su existencia), habría terminado por enviarlo al pabellón para poder entregarse libremente a su disipada vida.

Así las cosas, llegó de París un primo de la difunta Adelaida Ivanovna, Piotr Alejandrovitch Miusov, que después pasaría muchos años en el extranjero. A la sazón, era todavía muy joven y se distinguía de su familia por su cultura y su exquisita educación. Entonces era un occidentalista convencido, y en la última etapa de su vida sería un liberal del tipo de los que hubo en los años 40 y 50. En el curso de su carrera se relacionó con multitud de ultraliberales, tanto en Rusia como en el extranjero, y conoció personalmente a Proudhon y a Bakunin. Le gustaba recordar los tres días de febrero de 1848 en París y dejaba entrever que había estado a punto de luchar en las barricadas. Éste era uno de los mejores recuerdos de su juventud. Poseía una bonita fortuna: alrededor de mil almas, para contar a la antigua. Su soberbia propiedad estaba a las puertas de nuestro pueblo y limitaba con las tierras de nuestro famoso monasterio. Apenas entró en posesión de su herencia, Piotr Alejandrovitch entabló un proceso interminable con los monjes

para dilucidar ciertos derechos, no sé a punto fijo si de pesca o de tala de bosques. El caso es que, como ciudadano esclarecido, consideró un deber pléitear con el clero.

Cuando se enteró de la desgracia de Adelaida Ivanovna, de la que guardaba buen recuerdo, y de la existencia de Mitia, se interesó por el niño, a pesar del desprecio y de la indignación juvenil que Fiodor Pavlovitch, al que entonces veía por primera vez, le inspiraba. Le comunicó francamente su intención de encargarse de Mitia. Mucho tiempo después contaba, como un rasgo característico de Fiodor Pavlovitch, que cuando le habló de Mitia, estuvo un momento sin saber de qué niño se trataba, a incluso se asombró de tener un hijo en el pabellón de su hacienda. Por exagerado que fuera este

relato, contenía sin duda una parte de verdad. A Fiodor Pavlovitch le había gustado siempre adoptar actitudes, representar papeles, a veces sin necesidad a incluso en detrimento suyo, como en el caso presente. Esto mismo les sucede a muchas personas, entre las que hay algunas que no son tontas ni mucho menos.

Piotr Alejandrovitch obró con presteza a incluso fue nombrado tutor del niño (conjuntamente con Fiodor Pavlovitch), ya que su madre había dejado tierras y una casa al morir. Mitia se trasladó a casa de su tío, que no tenía familia. Cuando éste hubo de regresar a París, después de haber arreglado sus asuntos y asegurado el cobro de sus rentas, confió el niño a una de sus tías, residente en Moscú. Después, ya aclimatado en Francia, se olvidó del niño, sobre todo cuando estalló la revolución de febrero, acontecimiento que se grabó en su memoria para toda su vida. Fallecida la tía de Moscú, Mitia fue recogido por una de las hijas casadas de la difunta. Al parecer, se trasladó a un cuarto hogar, pero no quiero extenderme por el momento sobre este punto, y menos teniendo que hablar más adelante largamente del primer vástago de Fiodor Pavlovitch. Me limito a dar unos cuantos datos, los indispensables para poder empezar mi novela.

De los tres hijos de Fiodor Pavlovitch, sólo Dmitri creció con la idea de que poseía cierta fortuna y sería independiente cuando llegase a la mayoría de edad. Su infancia y su juventud fueron muy agitadas. Dejó el colegio antes de terminar sus estudios, ingresó en la academia militar, se trasladó al Cáucaso, sirvió en el ejército, se le degradó por haberse batido en duelo, volvió al servicio y gastó alegremente el dinero. Su padre no le dio nada hasta que fue mayor de edad, cuando Mitia había contraído ya importantes

deudas. Hasta entonces, hasta que fue mayor de edad, no volvió a ver a su padre. Fue a su tierra natal especialmente para informarse de la cuantía de su fortuna. Su padre le desagradó desde el principio. Estuvo poco tiempo en su casa: se marchó enseguida con algún dinero y después de haber concertado un acuerdo para percibir las rentas de su propiedad.

Detalle curioso: no consiguió que su padre le informara acerca del valor de su hacienda ni de lo que ésta rentaba. Fiodor Pavlovitch vio en seguida -es importante hacer constar este detalle que Mitia tenía un concepto falso, exagerado, de su fortuna. El padre se alegró de ello, considerando que era un beneficio para él. Dedujo que Mitia era un joven aturdido, impulsivo, apasionado, y que si se le daba alguna pequeña suma para que aplacara su afán de disipación, estaría libre de él durante algún tiempo.

Fiodor Pavlovitch supo sacar provecho de la situación. Se limitó a desprenderse de vez en cuando de pequeñas cantidades, y un día, cuatro años después, Mitia perdió la paciencia y reapareció en la localidad para arreglar las cuentas definitivamente. Entonces se enteró, con gran asombro, de que no le quedaba nada, que había recibido en especie de Fiodor Pavlovitch el valor total de sus bienes y que incluso podía estar en deuda con él, cosa que no sabía a ciencia cierta, pues las cuentas estaban embrolladísimas. Según tal o cual convenio concertado en esta o aquella fecha, Mitia no tenía derecho a reclamar nada, etcétera. Mitia se indignó, perdió los estribos y estuvo a punto de perder la razón, al sospechar que todo aquello era una superchería.

Éste fue el móvil de la tragedia que constituye el fondo de mi primera novela, o, mejor dicho, su marco.

Pero antes de referir estos hechos, hay que hablar de los otros dos hijos de Fiodor Pavlovitch y explicar su origen.

CAPITULO III

NUEVO MATRIMONIO Y NUEVOS HIJOS

Después de haberse desembarazado de Mitia, Fiodor Pavlovitch contrajo un nuevo matrimonio que duró ocho años.

Su segunda esposa, joven como la primera, era de otra provincia, a la que se había trasladado en compañía de un judío para tratar de negocios. Aunque era un borracho y un perdido, no cesaba de velar por su capital y realizaba excelentes aunque nada limpias operaciones.

Sofia Ivanovna era hija de un humilde diácono y quedó huérfana en su infancia. Se había educado en la opulenta mansión de su protectora, la viuda del general Vorokhov, dama de gran prestigio en la sociedad, que, además de proporcionarle una educación, había labrado su desgracia. Ignoro los detalles de este infortunio, pero he oído decir que la muchacha, dulce, cándida, paciente, había intentado ahorcarse colgándose de un clavo, en la despensa, tanto la torturaban los continuos reproches y los caprichos de su vieja protectora, que no era mala en el fondo, pero que, al estar todo el día ociosa, se ponía insoportable.

Fiodor Pavlovitch pidió su mano, pero fue rechazado cuando se obtuvieron informes de él. Entonces propuso a la huérfana raptarla, como había hecho con su primer matrimonio. Con toda seguridad, ella se habría negado a ser su esposa si hubiese estado mejor informada acerca de él. Pero esto sucedía en otra provincia. Además, ¿qué podía discernir una muchacha de dieciséis años, como no fuera que era preferible arrojarle al agua que seguir en casa de su

protectora? Es decir, que la infortunada substituyó a su bienhechora por un bienhechor. Esta vez Fiodor Pavlovitch no recibió ni un céntimo, pues la generala se enfureció de tal modo, que lo único que le dio fue su maldición.

Pero Fiodor Pavlovitch no contaba con el dinero de su nueva esposa. La extraordinaria belleza de la joven, y sobre todo su candor, le habían cautivado, a él, un hombre todo voluptuosidad, que hasta entonces sólo había sido sensible a los atractivos más groseros. «Sus ojos inocentes me taladran el alma», decía con una sonrisa maligna. Pero aquel ser corrompido sólo podía sentir una atracción de tipo sensual. Fiodor Pavlovitch no tuvo ningún miramiento con su esposa. Considerando que estaba en deuda con él, ya que la había salvado de una vida insoportable, y aprovechándose de su bondad y su resignación inauditas, pisoteó la decencia conyugal más elemental. Su casa fue escenario de orgías en las que tomaban parte mujeres de mal vivir. Un detalle digno de mención es que Grigori, hombre taciturno, estúpido y obstinado, que había odiado a su primera dueña, se puso de parte de la segunda, discutiendo por ella con su amo de un modo inadmisibles en un doméstico. Un día llegó a despedir a las doncellas que rondaban a Fiodor Pavlovitch. Andando el tiempo, la desdichada esposa, que había vivido desde su infancia en un perpetuo terror, contrajo una enfermedad nerviosa corriente entre las lugareñas y que vale a sus víctimas el calificativo de « endemoniadas ». A veces la enferma, presa de terribles crisis histéricas, perdía la razón. Sin embargo, dio a su marido dos hijos: Iván , que nació un año después de la boda, y Alexei, que vino al mundo tres años más tarde. Cuando Sofía Ivanovna murió, Alexei tenía cuatro años, y, por extrañeza que parezca, se acordó toda su vida de su madre,

aunque como a través de un sueño. Al fallecer Sofía Ivanovna, los dos niños corrieron la misma suerte que el primero: el padre se olvidó de ellos, los abandonó por completo, y Grigori se los llevó a su pabellón.

Allí los encontró la vieja generala, la misma que había educado a la madre. Durante los ocho años en que Sofía Ivanovna fue la esposa de Fiodor Pavlovitch, el rencor de la vieja dama hacia ella no había cedido. Sabiendo la vida que llevaba la infeliz, enterada de que estaba enferma y de los escándalos que tenía que soportar, la generala manifestó dos o tres veces a los parásitos que la rodeaban: «Bien hecho. Dios la ha castigado por su ingratitud.»

Exactamente tres meses después de la muerte de Sofía Ivanovna, la anciana señora apareció en nuestro pueblo y se presentó en casa de Fiodor Pavlovitch. Su visita sólo duró media hora, pero aprovechó el tiempo. Era el atardecer. Fiodor Pavlovitch, al que no había visto desde hacía ocho años, se presentó ante ella en completo estado de embriaguez. Se cuenta que, apenas lo vio llegar, le dio dos sonoras bofetadas y a continuación tres tirones de flequillo. Hecho esto y sin pronunciar palabra, se fue al pabellón donde habitaban los niños. Estaban mal vestidos y sucios, viendo lo cual, la irascible dama dio otra bofetada a Grigori y le dijo que se llevaba a los niños. Tal como estaban, los envolvió en una manta, los puso en el coche y se marchó. Grigori encajó el bofetón como un sirviente perfecto y se abstuvo de emitir la menor protesta. Acompañó a la anciana a su coche y le dijo, inclinándose ante ella profundamente:

-Dios la recompensará por su buena acción.

-Eres tonto de remate -respondió ella a modo de adiós.

Después de analizar el asunto, Fiodor Pavlovitch se declaró satisfecho y en seguida dio su consentimiento en regla para que los niños fueran educados en casa de la generala. Hecho esto, se fue a la ciudad, a jactarse de los bofetones recibidos.

Poco tiempo después murió la generala. Dejó mil rublos a cada niño «para su instrucción». Este dinero se debía emplear íntegramente en provecho de ellos y la testadora lo consideraba suficiente. Si otras personas querían hacer algo más, eran muy libres, etcétera.

Aunque no leí el testamento, yo sabía que había en él un pasaje extraño, hijo de la inclinación a lo original. El principal heredero de la generala era, por fortuna, un hombre honrado, el mariscal de la nobleza de nuestra provincia Eutimio Petrovitch Polienov. Éste cambió algunas cartas con Fiodor Pavlovitch, el cual, sin rechazar sus proposiciones categóricamente, iba alargando el asunto. Viendo que no conseguiría nada del padre de los niños, Eutimio Petrovitch se interesó personalmente por ellos y tomó un cariño especial al menor, que vivió largo tiempo en su casa.

Llamo la atención del lector sobre este punto: los niños fueron educados por Eutimio Petrovitch, hombre de bondad nada común, el cual conservó intacto el capital de los niños, que había ascendido a dos mil rublos a su mayoría de edad, al acumularse los intereses. Eutimio Petrovitch los educó a costa suya, lo que le representó un gasto de bastante más de mil rublos por niño.

No haré un relato detallado de la infancia y la juventud de los huérfanos: nie limitaré a exponer los detalles más importantes. El mayor, Iván, fue en su adolescencia un ser taciturno, reconcentrado, pero en modo alguno tímido. Había

comprendido que su hermano y él se educaban en casa ajena y por misericordia, y que tenían por padre un hombre que era un baldón para ellos. Este muchacho mostró desde su más tierna infancia (por lo menos, según se cuenta) gran capacidad para el estudio. A la edad de trece años dejó a la familia de Eutimio Petrovitch para estudiar en un colegio de Moscú como pensionista en casa de un famoso pedagogo, amigo de la infancia de su protector. Más tarde Iván decía que Eutimio Petrovitch había procedido impulsado por su ardiente amor al bien y porque opinaba que un adolescente excepcionalmente dotado debía ser educado por un pedagogo genial. Pero ni con su educación ni con su protector pudo contar cuando ingresó en la universidad. Eutimio Petrovitch no había sabido gestionar el asunto del testamento, y el legado de la generala no había llegado aún a sus manos, a causa de las formalidades y dilaciones que pesan sobre estos trámites en nuestro país. En una palabra, que nuestro estudiante pasó verdaderos apuros en sus dos primeros años de universidad y se vio obligado a ganarse el sustento a la vez que estudiaba. Hay que hacer constar que no intentó en modo alguno ponerse en relación con su padre. Tal vez procedió así por orgullo, por desprecio al autor de sus días, o acaso su clarividencia le dijo que no podía esperar nada de semejante hombre. Fuera como fuere, el chico no perdió los ánimos y encontró el modo de ganarse la vida: primero lecciones a veinte copecs, después artículos de diez líneas sobre escenas de la calle que publicaba en varios periódicos con el seudónimo de «Un Testigo Ocular» . Dicen que estos artículos tuvieron éxito porque eran siempre curiosos y agudos. Así, el joven reportero demostró su superioridad, tanto en el sentido práctico como en el intelectual, sobre los incontables

estudiantes de ambos sexos, siempre necesitados, que en Petersburgo y en Moscú asedian incesantemente las redacciones de los periódicos en demanda de copias y traducciones del francés.

Una vez introducido en el mundo periodístico, Iván Fiodorovitch ya no perdió el contacto con él. Durante sus últimos años de universidad publicó informes sobre obras especiales y así se dio a conocer en los medios literarios. Pero sólo cuando hubo terminado sus estudios consiguió despertar la atención en un amplio círculo de lectores. Al salir de la universidad, y cuando se disponía a dirigirse al extranjero con sus dos mil rublos, publicó en un gran periódico un artículo singular que atrajo la atención incluso de los profanos. El tema era para él desconocido, ya que había seguido los cursos de la facultad de ciencias, y el artículo hablaba de tribunales eclesiásticos, cuestión que entonces se debatía en todas partes. El autor examinaba algunas opiniones ajenas y exponía sus puntos de vista personales. Lo sorprendente del artículo era el tono y el modo de exponer las conclusiones. El resultado fue que, a la vez que no pocos «clericales» consideraron al autor como correligionario suyo, los «laicos», a incluso los ateos, aplaudieron sus ideas. Si menciono este hecho es porque el eco del artículo llegó a nuestro famoso monasterio, donde interesaba la cuestión de los tribunales eclesiásticos y en el cual produjo gran perplejidad. El hecho de que el autor hubiera nacido en nuestro pueblo y fuera hijo de «ese Fiodor Pavióvitch» acrecentó el interés general. Y precisamente entonces apareció el autor en persona.

¿Por qué vino Iván Fiodorovitch a casa de su padre? Recuerdo que me hice esta pregunta con cierta inquietud.

Esta visita fatal, que tuvo tan graves consecuencias, fue para mí inexplicable durante mucho tiempo. En verdad era inexplicable que un hombre tan inteligente y a la vez tan orgulloso y reconcentrado se instalase, a la vista de todos, en una casa que tan mala fama tenía. Fiodor Pavlovitch no había pensado nunca en él, y, aunque por nada del mundo habría dado dinero a nadie, siempre estaba temiendo que sus hijos se lo reclamaran. Y he aquí que Iván Fiodorovitch se instala en casa de su padre, pasa a su lado un mes, dos meses, y se entiende con él de maravilla.

No fui yo solo el que se asombró de esta buena armonía. Piotr Alejandrovitch Miusov, del que ya hemos hablado y que, aunque tenía su domicilio en París, estaba pasando una temporada en su propiedad, fue el más sorprendido. Trabó conocimiento con el joven, con el cual rivalizaba en erudición, y lo consideró sumamente interesante.

-Es un hombre orgulloso -nos decía-. Se bastará siempre a sí mismo. Tiene lo suficiente para marcharse al extranjero. ¿Qué demonios hace aquí? No hay duda de que no ha venido para sacar dinero a su padre, al que, por otra parte, de ningún modo se lo sacaría. No le gusta beber ni perseguir a las muchachas. Sin embargo, el viejo ya no puede pasar sin él.

Era verdad: el hijo ejercía una visible influencia sobre su padre, el cual, a pesar de su carácter caprichoso y obstinado, le daba la razón muchas veces.

Más adelante se supo que Iván había llegado en parte para resolver cuestiones de intereses que afectaban a su hermano mayor, Dmitri, al que había visto por primera vez con este motivo, pero con el que estaba ya ligado por un importante asunto, del que hablaremos con todo detalle a su debido tiempo. Incluso cuando estuve al corriente de ello,

seguía viendo en Iván Fiodorovitch un ser enigmático, y en su estancia entre nosotros un hecho difícil de explicar.

Añadiré que actuaba como árbitro y apaciguador entre su padre y Mitia, entonces reñidos hasta el extremo de que este último, Dmitri, había intentado recurrir a la justicia.

Por primera vez se hallaba reunida esta familia, cuyos miembros no se habían visto jamás. Sólo el menor de los hermanos, Alexei, se hallaba en la comarca desde hacía ya un año. No es conveniente hablar de él en este preámbulo, es decir, antes de que salga a escena en nuestra novela. Sin embargo, he de decir algunas cosas de este personaje para aclarar un detalle singular, y es que mi héroe aparece desde la primera escena con hábito de novicio. Desde hacía un año habitaba en nuestro monasterio y se preparaba para pasar en él todo el resto de su vida.

CAPITULO IV

EL TERCER HIJO: ALIOCHA

Tenía veinte años (sus hermanos Iván y Dmitri tenían veinticuatro y veintiocho respectivamente). Debo advertir que Aliocha no era en modo alguno un fanático y ni siquiera, a mi entender, un místico. Yo creo que era sencillamente un filántropo precoz y que había adoptado la vida monástica porque era lo único que entonces le atraía, y porque representaba para él la ascensión radiante de su alma liberada de las tinieblas y de los odios de aquí abajo. Aquel camino le atraía únicamente porque había hallado en él a un ser excepcional a su juicio, el famoso *starets* Zósimo, al que se entregó con todo el fervor insaciable de su corazón de novicio. Desde la cuna se había mostrado como un ser distinto a los demás. Ya he dicho que habiendo perdido a su

madre a los cuatro años, se acordó toda su vida de su rostro y de sus caricias como se recuerdan «los de un ser viviente». Estos recuerdos pueden persistir (todos lo sabemos), aunque procedan de una edad más temprana, pero son tan sólo como puntos luminosos en las tinieblas, como fragmentos de un inmenso cuadro desaparecido. Éste era el caso de Aliocha. Se acordaba de un bello atardecer estival en que por la abierta ventana penetraban los rayos oblicuos del sol poniente. En un rincón de la estancia había una imagen con una vela encendida, y ante la imagen estaba su madre, arrodillada, gimiendo y sollozando violentamente, como en una crisis de nervios. La infeliz lo tenía en brazos, lo estrechaba en ellos hasta casi ahogarlo y rogaba por él a la Santa Virgen. En un momento en que la madre aflojó el abrazo para acercar el niño a la imagen, el ama, aterrada, llegó corriendo y se lo quitó de los brazos.

Aliocha se acordaba del semblante de su madre lleno de sublime exaltación, pero no le gustaba hablar de ello. En su infancia y en su juventud se mostró concentrado a incluso taciturno, no por timidez ni por adusta misantropía, sino por una especie de preocupación interior, tan profunda que le hacía olvidarse de lo que le rodeaba.

Sin embargo, amaba a sus semejantes, y sin que nadie le tomara por tonto, tuvo fe en ellos durante toda su vida. Había en él algo que revelaba que no quería erigirse en juez de los demás. Incluso parecía admitirlo todo sin reprobación, aunque a veces con profunda tristeza. Desde su juventud fue inaccesible al asombro y al temor.

Al cumplir los veinte años en casa de su padre, donde reinaba el más bajo libertinaje, esta vida se hizo intolerable para su alma casta y pura, y se retiró en silencio, sin censurar

ni despreciar a nadie. Su padre, especialmente sensible a las ofensas como buen viejo parásito, le había dispensado una mala acogida. «Se calla, pero no por eso deja de pensar mal de mí», decía. Pero no tardó en abrazarlo y prodigarle sus caricias. En verdad, eran las suyas lágrimas y ternuras de borracho, pero era evidente que sentía por él un amor sincero y profundo que hasta entonces no había sentido por nadie.

Desde su infancia, Aliocha había contado con la estimación de todo el mundo. La familia de su protector, Eutimio Petrovitch Polienov, le tomó tanto cariño, que todos lo consideraban como el niño de la casa. Aliocha había llegado a este hogar a edad tan temprana, que no podía conocer la premeditación ni la astucia; a una edad en que se ignoran los artificios con que uno puede atraerse el favor ajeno y en que se desconoce el arte de hacerse querer. Por lo tanto, este don de atraerse las simpatías era en él algo natural, espontáneo, ajeno a todo artificio. Lo mismo ocurrió en el colegio, donde los niños como Aliocha suelen atraerse la desconfianza, las burlas e incluso el odio de sus compañeros. Desde su infancia le gustó aislarse para soñar, leer en un rincón. Sin embargo, durante sus años de colegial gozó de la estimación de todos sus condiscípulos. No era travieso, ni siquiera alegre, pero, al observarlo, se vela en seguida que no era un niño triste, sino que poseía un humor apacible e invariable. No quería ser más que nadie; acaso por esta razón a nadie temía. Y sus compañeros observaban que, lejos de envanecerse de ello, procedía como si ignorase su valor y su resolución. Tampoco conocía el rencor: una hora después de haber recibido una ofensa, dirigía la palabra al ofensor con toda naturalidad, como si no hubiera pasado nada entre ellos. No es que diera muestras de haber olvidado la ofensa, ni de haberla

perdonado, sino que no se consideraba ofendido, y con esto se captaba la estimación de los niños.

Sólo un rasgo de su carácter incitaba a sus compañeros a burlarse de él, aunque no por maldad, sino por diversión: Aliocha era pudoroso y casto hasta lo inaudito. No podía soportar ciertas expresiones ni ciertos comentarios sobre las mujeres, que, para desgracia nuestra, son tradicionales en las escuelas rusas. Muchachos de alma y corazón puros, todavía casi niños, se deleitan en conversaciones a imágenes que a veces repugnan incluso a los más rudos soldados. Además, éstos saben menos de tales cuestiones que los jovencitos de nuestra buena sociedad. No hay en ello -bien se ve- corrupción ni cinismo verdaderos, pero éstos existen en apariencia, y, generalmente, esos muchachos ven en tal proceder algo delicado, exquisito, digno de imitarse. Al ver que Aliocha Karamazov se tapaba los oídos cuando se hablaba de estas cosas, sus compañeros le cercaban, le apartaban las manos a viva fuerza y le decían obscenidades a gritos. Alexei se debatía, se tiraba al suelo, se tapaba la cara, y soportaba la ofensa en silencio y sin enfadarse. Al fin le dejaban en paz, cesaban de llamarle «jovencita» a incluso se compadecían de él. Aliocha figuró siempre entre los mejores alumnos, pero nunca aspiró al primer puesto.

Después de la muerte de su protector, fue todavía dos años más al colegio. La viuda emprendió muy pronto un viaje a Italia con toda la familia, que se componía tan sólo de mujeres. Aliocha fue a vivir entonces a casa de dos parientas lejanas del difunto, a las que no había visto jamás. No sabía en qué condiciones habitaba en aquella casa. Era propio de él no preocuparse por el gasto que pudiera reportar a las personas con quienes vivía. En este aspecto era el polo

opuesto a su hermano mayor, Iván, que había conocido la pobreza en sus dos primeros años de universidad y para el que desde su infancia había sido un tormento comer el pan de un protector. Pero no se podía juzgar severamente este rasgo del carácter de Alexei, pues bastaba conocerle un poco para convencerse de que era uno de esos bonachones capaces de dar toda su fortuna lo mismo para una buena obra que para los manejos de un profesional de la estafa. Desconocía el valor del dinero: cuando le daban algunas monedas, las llevaba en el bolsillo varias semanas sin saber qué hacer de ellas, o las gastaba en un abrir y cerrar de ojos. Cuando Piotr Alejandrovitch Miusov, sumamente quisquilloso en lo concerniente a la honestidad burguesa, conoció más tarde a Alexei, lo describió de este modo: «Es tal vez el único hombre del mundo que, encontrándose sin recursos en una gran ciudad para él desconocida, no se moriría de hambre ni de frío, pues en seguida acudiría alguien a alimentarle y a ayudarlo. De lo contrario, él mismo saldría del trance, sin inquietarse ni sentirse humillado, y para la gente sería un placer prestarle un servicio.»

Un año antes de terminar sus estudios, dijo de pronto a las dos damas que se iba a casa de su padre para llevar a cabo cierto propósito. Ellas lo sintieron en el alma. No consintieron que empeñara el reloj que le había regalado la familia de su protector antes de partir para el extranjero, y le dieron ropa y dinero. De éste Aliocha les devolvió la mitad, diciendo que quería viajar en tercera.

Cuando su padre le preguntó por qué no había terminado los estudios, él no le contestó, pero quedóse más pensativo que de costumbre. Pronto se supo que buscaba la tumba de su madre. Entonces Aliocha declaró que sólo para esto había

hecho el viaje. Pero, seguramente, no era ésta la única causa. Sin duda, no habría podido explicar qué repentino impulso había obedecido para emprender una ruta nueva e ignorada. Fiodor Pavlovitch no había podido orientarle en la busca de la sepultura: habían transcurrido ya demasiados años desde su muerte para que se acordase de dónde estaba.

Digamos dos palabras sobre Fiodor Pavlovitch. Había estado ausente mucho tiempo. Tres o cuatro años después de la muerte de su segunda esposa partió para el mediodía de Rusia y se estableció en Odesa, donde conoció a toda clase de judíos y judías y terminó por tener entrada no sólo en los hogares judíos, sino también en los hebreos. Sin duda, durante este tiempo había perfeccionado su arte de acumular dinero y manejarlo. Reapareció en nuestro pueblo tres años antes de la llegada de Aliocha. Sus antiguas amistades lo vieron muy envejecido, para los años que tenía, que no eran muchos. Se mostró más procaz que nunca. El antiguo bufón experimentaba ahora la necesidad de reírse de sus semejantes. Se entregó a sus hábitos licenciosos de un modo más repulsivo que antes y fomentó la apertura de nuevas tabernas en nuestro distrito. Se le atribuía una fortuna de cien mil rubios o poco menos, y pronto tuvo numerosos deudores que respondían de sus deudas con sólidas garantías. Últimamente, su piel se había arrugado, su estado de ánimo cambiaba a cada momento y Fiodor Pavlovitch perdía el dominio de sí mismo. Era incapaz de concentrarse, estaba como idiotizado y sus borracheras eran cada vez mayores. De no contar con Grigori, que también había envejecido mucho y que le cuidaba a veces como un ayo, la existencia de Fiodor Pavlovitch habría sido una sucesión de dificultades. La llegada de Aliocha influyó considerablemente en su ánimo: recuerdos

que dormían desde hacía mucho tiempo en el alma de aquel anciano prematuro despertaron entonces. «¿Sabes que te pareces a la “endemoniada”?», le decía a su hijo, mirándolo. Así llamaba a su segunda esposa.

Grigori. indicó a Aliocha la tumba de la «endemoniada». Lo condujo al cementerio y, en un apartado rincón, le mostró una modesta lápida donde estaban grabados el nombre, la edad, la condición y la fecha de la muerte de la difunta. Debajo había una quarteta como las que suelen verse en las tumbas de la gente de clase media. Lo notable es que la lápida había sido idea de Grigori. La había hecho colocar él a su costa en la tumba de la pobre «endemoniada», después de haber importunado a su dueño con sus alusiones. Éste había partido al fin para Odesa, encogiéndose de hombros con un gesto de indiferencia para la tumba y para todos sus recuerdos.

Ante la sepultura de su madre, Aliocha no demostró emoción alguna: escuchó el relato que le hizo gravemente Grigori sobre la colocación de la lápida, se reconcentró unos momentos y se retiró sin decir palabra. Después, en todo un año no volvió al cementerio ni una sola vez.

El episodio de la lápida produjo en Fiodor Pavlovitch un efecto inesperado: llevó al monasterio mil rublos para el descanso del alma de su esposa, pero no de la segunda, la «endemoniada», sino de la primera, la que le vapuleaba. Aquella misma tarde se emborrachó y empezó a hablar mal de los monjes en presencia de Aliocha. Fiodor Pavlovitch era un alma dura que no había puesto jamás un cirio ante una imagen. La sensibilidad y la imaginación de semejantes individuos tienen a veces impulsos tan repentinos como extraños.

Ya he dicho que su rostro se había cubierto de arrugas. Su fisonomía presentaba las huellas de la vida que había llevado. A las bolsas que pendían bajo sus ojillos siempre procaces, retadores, maliciosos; a las profundas arrugas que surcaban su carnoso rostro, había que añadir un mentón puntiagudo y una nuez prominente que le daban un repugnante aspecto de sensualidad. Completaban el cuadro una boca grande, de abultados labios, que dejaba entrever los negros restos de sus dientes carcomidos y que lanzaba al hablar salpicaduras de saliva. Sin embargo, le gustaba bromear acerca de su cara, de la que estaba muy satisfecho, sobre todo de su nariz, no demasiado grande, fina y aguileña.

-Es una auténtica nariz romana -decía-. Con esta nariz y con mi nuez parezco un patricio de la decadencia del imperio.

Estaba verdaderamente orgulloso de estos rasgos.

Algún tiempo después de haber visto la tumba de su madre, Aliocha dijo a Fiodor Pavlovitch que quería ingresar en un monasterio, donde los monjes estaban dispuestos a admitirlo como novicio. Añadió que lo deseaba ardientemente y que imploraba su consentimiento. El viejo estaba enterado de que el *starets* Zósimo había producido profunda impresión en su bondadoso hijo.

-Ese *starets* es, a buen seguro, el más honesto de nuestros monjes -dijo después de haber escuchado a Aliocha, silencioso y pensativo, y sin asombrarse de su petición-. ¿Eso quieres hacer, mi buen Aliocha?

Estaba algo bebido. Tuvo una sonrisa sutil y astuta, de borracho.

-Ya sabía yo que llegarías a eso... Bien, sea. Tú tienes dos mil rublos: ésta será tu dote. Yo, ángel mío, no te abandonaré nunca y pagaré por ti todo lo que sea necesario... si nos lo

piden. Si no nos piden nada, ¿para qué entrometernos? ¿No te parece? Tú necesitas tan poco dinero como alpiste un canario... A propósito: conozco un caserío, próximo a cierto monasterio, que está habitado exclusivamente por las «esposas de los monjes», como se las llama. Hay unas treinta... Yo he ido a esa aldea. Es interesante, algo que se sale de lo corriente. Lo malo es que no hay allí más que rusas; no se ve ni una sola francesa. Bien podría haber francesas, porque los fondos no faltan. Cuando ellas lo sepan, acudirán... En nuestro monasterio no hay mujeres; sólo doscientos monjes. Ayunan conscientemente, no lo dudo... ¿De modo que quieres abrazar la religión? Esto es una pena para mí, Aliocha. Me había acostumbrado a tenerte conmigo... Sin embargo, esto significa para mí una buena ocasión, ya que podrás rogar por nosotros, los pecadores que no tenemos limpia la conciencia. Más de una vez me había preguntado: ¿quién rogará por mí? Mi querido Aliocha, yo soy un ignorante sobre estas cuestiones. No lo dudes: un ignorante en toda regla. Sin embargo, a pesar de mi estupidez, reflexiono a veces y me digo que los demonios me arrastrarán con sus garfios cuando me muera. Y me pregunto: ¿de dónde salen esos garfios? ¿Son de hierro? ¿Dónde los forjan? ¿Tendrán los demonios una fábrica?... Los religiosos están seguros de que el infierno tiene techo. Yo creo de buen grado en el infierno, pero en un infierno sin techo, como el de los luteranos. Esto resulta más fino, y además es un infierno mejor iluminado. Tal vez me digas que qué importa que tenga o no techo. Pues sí que importa, pues si no hay techo, no hay ganchos, y entonces no me podrán colgar. Y si no me cuelgan, ¿dónde está la justicia del otro mundo? Habría que

inventar los ganchos para mí, sólo para mí. ¡Si tú supieras, Aliocha, lo sinvergüenza que soy!

-Allí no hay ganchos -dijo Aliocha en voz baja y mirando a su padre gravemente.

-Entonces habrá sombras de ganchos. Sí, ya sé. Un francés describe así el infierno:

*»He visto la sombra de un cochero
que con la sombra de un cepillo
frotaba la somóra de una carroza .*

»¿Cómo sabes, querido, que allí no hay ganchos? Cuando estés en el monasterio, entérate bien y ven a informarme. Me iré más tranquilo al otro mundo cuando sepa lo que pasa allí. Será mejor para ti estar con los monjes que conmigo, viejo borracho, rodeado de muchachas..., aunque tú eres como un ángel y estás por encima de todo esto. Por eso lo dejo ir, aunque pienso que tal vez allí ocurra lo mismo. En ese caso, como no eres tonto, tu fervor se extinguirá y volverás curado. Y yo lo recibiré con los brazos abiertos, pues eres el único que no me censuras, mi amado hijo. Y ante esto no puedo menos de conmovirme.

Y empezó a lloriquear. Estaba sentimental: con su maldad se había mezclado el sentimentalismo.

CAPITULO V

LOS «STARTSY»

El lector se imaginará tal vez a mi héroe como un ser pálido, soñador, enfermizo. Por el contrario, Aliocha era un joven (diecinueve años) de buena figura y desbordante de salud. Era alto, de cabellos castaños, rostro regular aunque un

tanto alargado, mejillas coloradas, ojos de un gris profundo, grandes, brillantes, y expresión pensativa y serena. Se me dirá que tener las mejillas coloradas no impide ser un místico fanático. Pues bien, me parece que Aliocha era tan realista como el primero. Ciertamente, creía en los milagros, pero, a mi modo de ver, los milagros no afectan al realista, pues no le llevan a creer. El verdadero realista, si es incrédulo, halla siempre en sí mismo la voluntad y la energía para no creer en el milagro, y si éste se le presenta como un hecho incontrastable, dudará de sus sentidos antes que admitir el hecho. Y si lo admite, lo considerará como un hecho natural que anteriormente no conocía. Para el realista no es la fe lo que nace del milagro, sino el milagro el que nace de la fe. Si el realista adquiere fe, ha de admitir también el milagro, en virtud de su realismo. El apóstol Santo Tomás dijo que sólo creía lo que veía, y después exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» ¿Había sido el milagro lo que le había obligado a creer? Probablemente, no. Creyó porque deseaba creer, y tal vez llevaba ya una fe íntegra en los repliegues más ocultos de su corazón cuando afirmaba que no creía nada que no hubiera visto.

Se dirá, sin duda, que Aliocha no estaba completamente formado, puesto que no había terminado sus estudios. Esto es verdad, pero sería una injusticia deducir de ello que el muchacho era obtuso o necio. Repito que escogió este camino solamente porque entonces era el único que le atraía, ya que representaba la ascensión hacia la luz, la liberación de su alma de las tinieblas. Además, era un joven de nuestra época, es decir, ávido de verdades, de esos que buscan la verdad con ardor y que, una vez que la encuentran, se entregan a ella con todo el fervor de su alma, anhelantes de

realizaciones, y se muestran dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la vida, por sus fines. Lo malo es que estos jóvenes no comprenden que suele ser más fácil sacrificar la vida que dedicar cinco o seis años de su hermosa juventud al estudio, a la ciencia -aunque sólo sea para multiplicar sus posibilidades de servir a la verdad y alcanzar el fin deseado-, lo que supone para ellos un esfuerzo del que no son capaces.

Aliocha había elegido el camino opuesto al de la juventud en general, pero con el mismo afán de realidades inmediatas. Apenas se hubo convencido, tras largas reflexiones, de que Dios y la inmortalidad del alma existían, se dijo que quería vivir para alcanzar la inmortalidad. Del mismo modo, si hubiera llegado a la conclusión de que no existían ni la inmortalidad del alma ni Dios, se habría afiliado al socialismo y al ateísmo. Porque el socialismo no es sólo una doctrina obrera, sino que representa el ateísmo en su forma contemporánea; es la cuestión de la torre de Babel, que se construyó a espaldas de Dios no por alcanzar el cielo desde la tierra, sino por bajar a la tierra el cielo.

A Aliocha le pareció imposible seguir viviendo como había vivido hasta entonces. Se dijo: «Si quieres ser perfecto, da todo lo que tienes y sígueme». Y luego pensó: «No puedo dar sólo dos rublos en vez de darlo todo, ni limitarme a ir a misa en vez de seguirle.» Acaso entre los recuerdos de su infancia conservaba el del monasterio, adonde su madre pudo llevarle para asistir a alguna función religiosa. Tal vez había obedecido a la influencia de los rayos oblicuos del sol poniente, al recuerdo de aquel atardecer en que se hallaba ante la imagen hacia la cual lo acercaba su madre, la endemoniada. Llegó a nuestro pueblo pensativo, preguntándose

si aquí habría que darlo todo o solamente dos rublos, y se encontró en el monasterio con el *starets*.

Me refiero al *starets* Zósimo, del que ya he hablado antes. Convendría decir unas palabras del papel que desempeñan los *startsy* en nuestros monasterios. Lamento no tener la competencia necesaria en esta cuestión, pero intentaré tratar el asunto someramente. Los especialistas competentes afirman que la institución apareció en los monasterios rusos en una época reciente, hace menos de un siglo, siendo así que en todo el Oriente ortodoxo, y sobre todo en el Sinaí y en el monte Athos, existe desde hace mil años. Se dice que los *startsy* debían de existir en Rusia en una remota antigüedad, pero que a consecuencia de una serie de calamidades y disensiones que sobrevinieron, como la interrupción de las seculares relaciones con Oriente y la caída de Constantinopla, esta institución desapareció en nuestro país. Andando el tiempo resurgió por impulso de uno de nuestros más grandes ascetas, Paisius Velitchkovski, y de sus discípulos; pero ha transcurrido ya un siglo y aún no rige sino en un reducido número de monasterios. Además, no está libre de persecuciones, por considerarla como una innovación en Rusia. Floreció especialmente en el famoso monasterio de Kozelskaia Optyne. Ignoro cuándo y por iniciativa de quién se implantó en nuestro monasterio, pero por él habían pasado ya tres *startsy*: Zósimo era el último. Apenas tenía ya vida, tan débil y enfermo estaba, y nadie sabía por quién sustituirle. Para nuestro monasterio, esto constituía un grave problema. Era un monasterio que no se había distinguido en nada. No tenía ni reliquias santas ni imágenes milagrosas; no contaba con hechos históricos ni con servicios prestados a la patria, pues todas sus gloriosas tradiciones eran simples detalles de

nuestra historia. Lo único que le habían dado fama eran sus *startsy*, a los que los peregrinos venían a ver y oír en grandes grupos desde todos los lugares del país, teniendo a veces que recorrer millares de verstas.

¿Qué es un *starets*? Un *starets* es el que absorbe nuestra alma y nuestra voluntad y hace que nos entreguemos a él, obedeciéndole en todo y con absoluta resignación. El penitente se somete voluntariamente a esta prueba, a este duro aprendizaje, con la esperanza de conseguir, tras un largo período, tras toda una vida de obediencia, la libertad ante sí mismo, y evitar así la suerte de los que viven sin hacer jamás el hallazgo de su propio ser.

La institución de los *startsy* procede de una práctica milenaria oriental. Los deberes hacia el *startsy* son muy distintos de la obediencia que ha existido siempre en los monasterios rusos. La confesión del militante al *starets* es perpetua y el lazo que une al *starets* confesor con el que se confiesa, indisoluble. Se cuenta que, en los primeros tiempos del cristianismo, un novicio, después de haber faltado a un deber prescrito por su *starets*, dejó su monasterio de Siria y se trasladó a Egipto. Allí realizó actos sublimes, y al fin se le juzgó digno de sufrir el martirio por la fe. Y cuando la Iglesia iba a enterrarlo, reverenciándolo ya como un santo, y el diácono pronunció las palabras «que los catecúmenos salgan», el ataúd que contenía el cuerpo del mártir se levantó de donde estaba y fue lanzado al exterior del templo tres veces seguidas. Al fin se supo que el santo mártir había dejado a su *starets* y faltado a la obediencia que le debía, y que, por lo tanto, sólo de este último podía obtener el perdón, a pesar de su vida sublime. Se llamó al *starets*, éste le desligó

de la obediencia que le había impuesto y entonces el mártir pudo ser enterrado sin dificultad.

Sin duda, esto no es más que una antigua leyenda, pero he aquí un hecho reciente:

Un religioso vivía retirado en el monte Athos, por el que sentía verdadera adoración y en el que veía un santuario y un lugar de recogimiento. Un día, su *starets* le ordenó que fuera a Jerusalén para conocer los Santos Lugares y después se trasladara al norte, a un punto de Siberia.

-Allí está tu puesto, no aquí -le dijo el *starets*.

El monje, consternado, fue a visitar al patriarca de Constantinopla y le suplicó que le relevara de la obediencia. El jefe de la Iglesia le contestó que ni él ni nadie en el mundo, excepto el *starets* del que dependía, podía eximirle de sus obligaciones.

Por lo tanto, en ciertos casos, los *startsy* poseen una autoridad sin límites. Por eso en muchos de nuestros monasterios esta institución se rechazó al principio. Pero el pueblo testimonió en seguida una gran veneración a los *startsy*. La gentes más modestas y las personas más distinguidas venían en masa a prosternarse ante los *startsy* de nuestros monasterios para exponerles sus dudas, sus pecados y sus cuitas y pedirles les guiasen y aconsejaran. Ante esto, los adversarios de los *startsy* les acusaban, entre otras cosas, de profanar arbitrariamente el sacramento de la confesión, ya que las continuas confidencias del novicio o del laico al *starets* no tienen en modo alguno carácter de un sacramento. Sea como fuere, la institución de los *startsy* se ha mantenido y se va implantando gradualmente en los monasterios rusos. Verdad es que este sistema ya milenario de regeneración moral, mediante el cual pasa el hombre, al

perfeccionarse, de la esclavitud a la libertad, puede ser un arma de dos filos, ya que, en vez de la humildad y el dominio de uno mismo, puede fomentar un orgullo satánico y hacer del hombre un esclavo, no un ser libre.

El *starets* Zósimo tenía sesenta y cinco años. Descendía de una familia de hacendados. En su juventud había servido en el Cáucaso como oficial del Ejército. Sin duda, Aliocha se había sentido cautivado por la distinción particular de que el *starets* le había hecho objeto al permitirle que habitara en su misma celda, sin contar con la estimación que le profesaba. Hay que advertir que Aliocha, aunque vivía en el monasterio, no se había comprometido con ningún voto. Podía ir a donde se le antojara y pasar fuera del monasterio días enteros. Si llevaba el hábito era por su propia voluntad y porque no quería distinguirse de los demás habitantes del convento.

Es muy posible que en la imaginación juvenil de Aliocha hubieran causado una impresión especialmente profunda la gloria y el poder que rodeaban como una aureola al *starets* Zósimo. Se contaba del famoso *starets* que, a fuerza de recibir, desde hacía muchos años, a los numerosos peregrinos que acudían a él para expansionar su corazón ávido de consejos y consuelo, había adquirido una singular perspicacia. Le bastaba mirar a un desconocido para adivinar la razón de su visita, lo que necesitaba e incluso lo que atormentaba su conciencia. El penitente quedaba sorprendido, confundido, y a veces atemorizado, al verse descubierto antes de haber pronunciado una sola palabra.

Aliocha había observado que muchos de los que acudían por primera vez a hablar con el *starets* Zósimo llegaban con el temor y la inquietud reflejados en el semblante y que después, al márchase, la cara antes más sombría estaba radiante de

satisfacción. También le sorprendía el hecho de que el *starets*, lejos de mostrarse severo, fuera un hombre incluso jovial. Los monjes decían que tomaba afecto a los más grandes pecadores y que los estimaba en proporción con sus pecados. Incluso entonces, cuando estaba ya tan cerca del fin de su vida, Zósimo despertaba envidias y tenía enemigos entre los monjes. El número de los enemigos disminuía, pero entre ellos figuraba cierto anciano taciturno y riguroso ayunador, que gozaba de gran prestigio, al que acompañaban otros religiosos destacados. Pero los partidarios del *starets* formaban una mayoría abrumadora; éstos sentían gran cariño por él y algunos le profesaban una adoración fanática. Sus adictos decían en voz baja que era un santo, preveían su próximo fin y esperaban que pronto haría grandes milagos que cubrirían de gloria al monasterio. Alexei creía ciegamente en el poder milagroso de su *starets*, del mismo modo que daba crédito a la leyenda del ataúd lanzado al exterior de la iglesia. Era frecuente que se presentaran a Zósimo hijos o padres enfermos para que les aplicara la mano o dijese una oración por ellos. Aliocha veía a muchos de los portadores volver muy pronto, a veces al mismo día siguiente, para arrodillarse ante el *starets* y darle las gracias por haber curado a sus enfermos. ¿Existía la curación o se trataba tan sólo de una mejoría natural? Aliocha ni siquiera se hacía esta pregunta: creía ciegamente en la potencia espiritual de su maestro y consideraba la gloria de éste como un triunfo propio. Su corazón latía con violencia y su rostro se iluminaba cuando el *starets* salía a la puerta del convento para recibir a la multitud de peregrinos que le esperaba, compuesta principalmente por gentes sencillas que llegaban de todos los lugares de Rusia para verle y recibir su bendición. Se

arrodillaban ante él, lloraban, besaban sus pies y el suelo que pisaba y, entre tanto, no cesaban de proferir gritos. El *starets* les hablaba, recitaba una corta oración, les daba la bendición y los despedía.

Últimamente estaba tan débil a causa de sus achaques, que pocas veces podía salir de su celda, y los peregrinos, en algunas ocasiones, esperaban su aparición días enteros. Aliocha no se preguntaba por qué le querían tanto, por qué se arrodillaban ante él, derramando lágrimas de ternura. Se daba perfecta cuenta de que para el alma resignada del sencillo pueblo ruso, abrumada por el trabajo y los pesares, y sobre todo por la injusticia y el pecado continuos -tanto los propios como los ajenos-, no había mayor necesidad ni consuelo más dulce que hallar un santuario o un santo ante el cual caer de rodillas y adorarlo diciéndose: «El pecado, la mentira y la tentación son nuestro patrimonio, pero hay en el mundo un hombre santo y sublime que posee la verdad, que la conoce. Por lo tanto, la verdad descenderá algún día sobre la tierra, como se nos ha prometido.»

Aliocha sabía que el pueblo siente a incluso razona así, y estaba tan seguro como aquellos aldeanos y aquellas mujeres enfermas que acudían con sus hijos de que el *starets* Zósimo era un santo y un depositario de la verdad divina. El convencimiento de que el *starets* proporcionaría después de su muerte una gloria extraordinaria al monasterio era en él más profundo acaso que en los monjes. Desde hacía algún tiempo, su corazón ardía, y esta llama interior era cada vez más poderosa. No le sorprendía ver el aislamiento en que vivía el *starets*. «Eso no importa -se decía-. En su corazón se encierra el misterio de la renovación para todos, ese poder que instaurará al fin la justicia en la tierra. Entonces todos

serán santos y todos se amarán entre sí. No habrá ricos ni pobres, personas distinguidas ni seres humildes. Todos serán simples hijos de Dios y entonces conoceremos el reinado de Cristo.» Así soñaba el corazón de Aliocha.

En Alexèi había producido extraordinaria impresión la llegada de sus dos hermanos. Había simpatizado más con Dmitri, aunque éste había llegado más tarde. En cuanto a Iván, se interesaba mucho por él, pero no congeniaban. Ya llevaban dos meses viéndose con frecuencia, y no existía entre ellos ningún lazo de simpatía. Aliocha era un ser taciturno que parecía estar siempre esperando no se sabía qué y tener vergüenza de algo. Al principio, Iván lo miró con curiosidad, pero pronto dejó de prestarle atención. Aliocha quedó entonces algo confuso, y atribuyó la actitud de su hermano a sus diferencias de edad a instrucción. Pero también pensó que la indiferencia que le demostraba Iván podía proceder de alguna causa que él ignoraba. Iván parecía absorto en algún asunto importante, en algún propósito difícil. Esto justificaría la falta de interés con que le trataba. Aliocha se preguntó igualmente si en la actitud de su hermano no habría algo del desprecio natural en un sabio ateo hacia un pobre novicio. Este desprecio, si existía, no le podía ofender, pero Aliocha esperaba, con una vaga alarma que no lograba explicarse, el momento en que su hermano pudiera intentar acercarse a él. Dmitri hablaba de Iván con un profundo y sincero respeto. Explicó a Aliocha con todo detalle el importante negocio que los había unido estrechamente. El entusiasmo con que Dmitri hablaba de Iván impresionó profundamente a Aliocha, ya que Dmitri, comparado con su hermano, era poco menos que un ignorante. Sus caracteres

eran tan distintos, que no podían existir dos seres más dispares.

Entonces se celebró en la celda del *starets* la reunión de aquella familia tan poco unida, reunión que influyó en Aliocha extraordinariamente. El pretexto que la motivó fue, en realidad, falso. El desacuerdo entre Dmitri y su padre sobre la herencia de su madre había llegado al colmo. Las relaciones entre padre a hijo se habían envenenado hasta resultar insoportables. Fue Fiodor Pavlovitch el que sugirió, chanceándose, que se reunieran todos en la celda del *starets*. Sin recurrir a la intervención del religioso se habría podido llegar a un acuerdo más sincero, ya que la autoridad y la influencia del *starets* podían imponer la reconciliación. Dmitri, que no había estado nunca en el monasterio ni visto al *starets* Zósimo, creyó que su padre le quería atemorizar, y aceptó el desafío. En ello influyó tal vez el hecho de que se reprochaba a si mismo secretamente ciertas brusquedades en su querella con Fiodor Pavlovitch. Hay que advertir que Dmitri no vivía, como Iván, en casa de su padre, sino en el otro extremo de la población.

A Piotr Alexandrovitch Miusov, que estaba pasando una temporada en sus posesiones, le sedujo la idea. Este liberal a la moda de los años cuarenta y cincuenta, librepensador y ateo, tomó parte activa en el asunto, tal vez porque estaba aburrido y vio en ello una diversión. De súbito le acometió el deseo de ver el convento y al «santo». Como su antiguo pleito con el monasterio no había terminado aún -el litigio se basaba en la delimitación de las tierras y en ciertos derechos de pesca y tala de árboles-, pudo utilizar el pretexto de que pretendía resolver el asunto amistosamente con el padre abad. Un visitante animado de tan buenas intenciones podía

ser recibido en el monasterio con muchos más miramientos que un simple curioso. Todo ello dio lugar a que se pidiera insistentemente al *starets* que aceptara el arbitraje, aunque el buen viejo, debido a su enfermedad, ya no salía nunca de su celda ni recibía a ningún visitante. El *starets* Zósimo dio su consentimiento y fijó la fecha.

-¿A quién se le ha ocurrido nombrarme juez en este asunto? -se limitó a preguntar a Aliocha con una sonrisa.

Ante el anuncio de esta reunión, Aliocha se sintió profundamente inquieto. El único de los asistentes que podía tomar en serio la conferencia era Dmitri. Los demás acudirían para divertirse y su conducta podía ser ofensiva para el *starets*. Aliocha estaba seguro de ello. Su hermano Iván y Miusov irían al monasterio por pura curiosidad, y su padre para hacer el payaso. Aunque Aliocha hablaba poco, conocía a su padre perfectamente, pues, como ya he dicho, este muchacho no era tan cándido como se creía. Por eso esperaba con inquietud el día señalado. No cabía duda de que sentía verdaderos deseos de que cesara el desacuerdo en su familia, pero lo que más le preocupaba era su *starets*. Temía por él, por su gloria; le desazonaba la idea de las ofensas que pudieran causarle, especialmente las burlas de Miusov y las reticencias del erudito Iván. Pensó incluso en prevenir al *starets*, en hablarle de los visitantes circunstanciales que iba a recibir; pero reflexionó y no le dijo nada.

La víspera del día señalado, Aliocha mandó a decir a Dmitri que lo quería mucho y que esperaba que cumpliera su promesa. Dmitri, que no se acordaba de haber prometido nada, le respondió -on una carta en la que le decía que haría todo lo posible por no coneter ninguna « bajeza»; que aunque sentía gran respeto por el *starets* y por Iván, veía en aquella

reunión una trampa o una farsa indigna. «Sin embargo, antes me tragaré la lengua que cometer una falta de respeto contra ese hombre al que tú veneras», decía Dmitri finalmente.

Esta carta no tranquilizó a Aliocha.

LIBRO II

UNA REUNIÓN FUERA DE LUGAR

CAPITULO PRIMERO

LLEGADA AL MONASTERIO

Terminaba el mes de agosto. El tiempo era excelente: temperatura agradable y cielo despejado. La reunión en la celda del *starets* se tenía que celebrar inmediatamente después de la última misa, a las once y media. Los conferenciantes llegaron a la hora fijada, en dos vehículos. El primero, una elegante calesa tirada por dos magníficos caballos, lo ocupaban Piotr Alexandrovitch Miusov y un pariente lejano suyo, Piotr Fomitch Kalganov. Éste era un joven de veinte años que se preparaba para ingresar en la universidad. Miusov, que lo tenía en su casa, le propuso llevarlo a Zurich o a Jena para que completara sus estudios; pero él no se había decidido aún. Era un joven pensativo y distraído, de fisonomía agradable, constitución robusta, aventajada estatura y mirada impasible, como es propio de las personas que no prestan atención a nada. Podía estar mirándonos durante largo rato sin vernos. Era un ser taciturno que a veces, cuando dialogaba a solas con alguien, se mostraba de pronto locuaz, vehemente, alborozado, sabe Dios por qué. Pero su imaginación era como un relámpago, como un fuego que se encendía y apagaba en un segundo.

Vestía bien y con cierto atildamiento. Poseía una modesta fortuna y tenía esperanzas de aumentarla. Sostenía con Aliocha amistosas relaciones.

Fiodor Pavlovitch y su hijo llegaron en un coche de alquiler deteriorado, aunque bastante espacioso, tirado por dos viejos caballos que seguían a la calesa a una respetuosa distancia. A Dmitri se le había anunciado el día anterior la hora de la reunión, pero aún no había llegado. Los visitantes dejaron sus coches en la posada, inmediata a los muros del recinto, y cruzaron a pie la gran puerta de entrada. Excepto Fiodor Pavlovitch, ninguno de ellos había visto el monasterio. Miusov, que no había entrado en una iglesia desde hacía treinta años, miraba a un lado y a otro con una mezcla de curiosidad y despreocupación. Aparte la iglesia y las dependencias -y éstas eran bastante vulgares-, el monasterio no ofreció nada de particular a su espíritu observador. Los últimos fieles que salían de la iglesia se descubrían y se santiguaban. Entre la gente del pueblo había algunas personas de más altas esferas: dos o tres damas y un viejo general, que habían dejado también sus coches en la posada.

Los mendigos rodeaban a los visitantes, pero nadie les daba nada. Sólo Kalganov sacó diez copecs de su monedero y, turbado no se sabía por qué, los entregó rápidamente a una buena mujer, a la que dijo en voz baja:

-Para que os lo repartáis.

Ninguno de sus compañeros hizo el menor comentario, y esto aumentó su confusión.

Parecía lógico que alguien hubiera acudido a recibir a nuestros visitantes, a incluso a testimoniarles cierta consideración. Uno de ellos había entregado en fecha reciente mil rublos al monasterio; otro era un rico propietario que tenía

a los monjes bajo su dependencia en lo referente a la pesca y a la tala de árboles, y los tendría hasta que se fallara el pleito. Sin embargo, allí no había ningún elemento oficial para recibirlos.

Miusov miraba con expresión distraída las losas sepulcrales diseminadas en torno de la iglesia. Estuvo a punto de hacer la observación de que los ocupantes áè aquellas tumbas debían de haber pagado un alto precio por el derecho de ser enterrados en un lugar tan santo, pero guardó silencio: su irritación se había impuesto a su ironía habitual. Luego murmuró como si hablara consigo mismo:

-¿A quién diablos hay que dirigirse en esta casa de tócame Roque? Necesitamos saberlo, porque el tiempo pasa.

De pronto se presentó ante ellos un personaje de unos sesenta años, que llevaba una amplia vestidura estival, calvo, de mirada amable. Con el sombrero en la mano, se presentó. Dijo ceceando que era el terrateniente Maximov, de la provincia de Tula. Se había compadecido del desconcierto de los visitantes.

-El *starets* Zósimo habita en la ermita que está a cuatrocientos metros de aquí, al otro lado del bosquecillo.

-Ya lo sé -respondió Fiodor Pavlovitch-, pero hace tiempo que no he estado aquí y no me acuerdo del camino.

-Salgan por esa puerta y atraviesen en línea recta el bosquecillo. Permítanme que les acompañe. Yo también... Por aquí, por aquí.

Salieron del recinto y se internaron en el bosque. El hacendado Maximov avanzaba, mejor dicho, corría al lado del grupo, examinándolos a todos con una curiosidad molesta. Al mirarlos, abría desmesuradamente los ojos.

Miusov dijo friamente:

-Hemos de ver al *starets* para un asunto particular. Hemos obtenido, por decirlo así, audiencia de ese personaje. Por lo tanto, y a pesar de lo muy agradecidos que le estamos a usted, no podemos invitarle a que entre con nosotros.

-Yo lo he visto ya -repuso el modesto hidalgo-. *Un chevalier parfait*.

-¿Quién es *ce chevalier*? -preguntó Miusov.

-El *starets*, el famoso *starets* Zósimo, gloria y honor del monasterio. Ese *starets*...

Su locuacidad fue interrumpida por la llegada de un monje con cogulla, bajito, pálido, débil. Fiodor Pavlovitch y Miusov se detuvieron. El religioso los saludó con extrema cortesía y les dijo:

-Caballeros, el padre abad les invita a almorzar después de la visita de ustedes a la ermita. El almuerzo será exactamente a la una. Usted también está invitado -dijo a Maximov.

-Iré -afirmó Fiodor Pavlovitch, encantado de la invitación-. Me guardaré mucho de faltar. Ya sabe que todos hemos prometido portarnos correctamente... ¿Usted vendrá, Piotr Alejandrovitch?

-Desde luego. ¿Para qué estoy aquí sino para observar las costumbres del monasterio? Lo único que lamento es estar en compañía de usted.

-Y Dmitri Fiodorovitch sin llegar.

-Lo mejor que puede hacer es no venir. Ni usted ni su pleito familiar me divierten.

Y añadió, dirigiéndose al monje:

-Iremos a almorzar. Dé las gracias al padre abad.

-Perdone, pero he de conducirlos a presencia del *starets* -dijo el monje.

-En tal caso, yo voy a reunirme con el padre abad -dijo Maximov-. Sí, estaré con él hasta que ustedes vayan.

-El padre abad está muy ocupado en estos momentos -manifestó el monje, un tanto confundido-, pero haga usted lo que le parezca.

-Este viejo es un plomo -dijo Miusov cuando Maximov se hubo marchado camino del monasterio.

-Se parece a Von Sohn -afirmó inesperadamente Fiodor Pavlovitch.

-¡Vaya una ocurrencia! ¿En qué se parece a Von Sohn? Además, ¿acaso ha visto usted a Von Sohn?

-Sí, en fotografía. Las facciones no son iguales, pero tienen una semejanza oculta. Sí, es un segundo Von Sohn; basta verle la cara para comprenderlo.

-Es posible. Sin embargo, Fiodor Pavlovitch, acaba usted de recordar que hemos prometido portarnos correctamente. ¿Lo ha olvidado? Procure dominarse. Si le gusta hacer el payaso, a mi me molestaría que se creyera que yo era igual que usted.

-Ya está usted viendo cómo es este hombre. Me inquieta presentarme con él ante personas respetables.

En los pálidos labios del monje apareció una leve sonrisa impregnada de cierto matiz irónico. Pero el religioso no dijo palabra, evidentemente por respeto a su propia dignidad.

Miusov frunció todavía más las cejas.

«¡Que el diablo se lleve a todos estos hombres de cara modelada por los siglos y que sólo llevan dentro charlatanismo y falsedad!», se dijo en su fuero interno.

-¡He aquí la ermita! -exclamó Fiodor Pavlovitch-. ¡Hemos llegado!

Y empezó a hacer la señal de la cruz con desaforados movimientos de brazo ante los santos pintados en la parte superior y a ambos lados del portal.

-Cada uno vive como le place -continuó-. Hay un proverbio ruso que dice atinadamente: «Al religioso de otra orden no se le impone en modo alguno tu regla.» Aquí hay veinticinco padres que siguen el camino de la salvación, comen coles y se miran los unos a los otros. Lo que me sorprende es que ninguna mujer franquee estas puertas. Sin embargo, he oído decir que el *starets* recibe mujeres. ¿Es cierto? -preguntó dirigiéndose al monje.

-Las mujeres del pueblo le esperan allí, junto a la galería. Mírelas, allí están, sentadas en el suelo. Para las damas distinguidas se han habilitado dos habitaciones en la galería, pero que quedan fuera del recinto. Son aquellas ventanas que ve usted allí. El *starets* se traslada a la galería por un pasillo interior, cuando su salud se lo permite. Ahora hay en estas habitaciones una dama, la señora de Khokhlakov, propietaria de Kharkhov, que quiere consultarle sobre una hija suya que está anémica. Sin duda le ha prometido que irá, aunque en estos últimos tiempos está muy débil y apenas se deja ver.

-Por lo tanto, en la ermita hay una puerta entreabierta a la parte de las damas. Me guardaré mucho de pensar mal, padre. En el monte Athos..., usted debe de saberlo..., no solamente no se permiten visitas femeninas, sino que no se admite ninguna clase de mujer ni de hembra, ni gallina, ni pava, ni ternera.

-Le dejo, Fiodor Pavlovitch. A usted le van a echar: eso se lo digo yo.

-¿Pero en qué le he molestado, Piotr Alejandrovitch?

Y cuando entraron en el recinto, exclamó de súbito:

-¡Mire, mire! Viven en un verdadero mar de rosas.

No se veían rosas, porque entonces no las había, pero sí gran difusión de flores de otoño, magníficas y raras. Sin duda las cuidaba una mano experta. Había macizos alrededor de la iglesia y de las tumbas. También estaba cercada de flores la casita de madera (una simple planta baja precedida de una galería) donde se hallaba la celda del *starets*.

-¿Estaba todo lo mismo en la época de Barsanufe, el precedente *starets*? Dicen que era un hombre poco fino y que, cuando se enfurecía, la emprendía a bastonazos incluso con las damas. ¿Es esto verdad? -indagó Fiodor Pavlovitch mientras subían los escalones del pórtico.

-Barsanufe -repuso el monje- se comportaba a veces como si hubiese perdido la razón, pero ¡cuántas falsedades se cuentan de él! Nunca dio bastonazos a nadie... Ahora, caballeros, tengan la bondad de esperar unos instantes. Voy a anunciarlos.

Entonces Miusov murmuró una vez más:

-Se lo repito, Fiodor Pavlovitch: recuerde lo convenido. Si no, allá usted.

-Me gustaría saber qué es lo que le preocupa tanto -dijo, burlón, Fiodor Pavlovitch-. ¿Son sus pecados lo que le inquietan? Dicen que el *starets* Zósimo lee en el alma de las personas con sólo una mirada. Pero no comprendo que usted, un parisiense, un progresista, haga caso de estas cosas. Me sorprende profundamente.

Miusov no pudo tener la satisfacción de contestar a este mordaz comentario, pues en ese momento los invitaron a pasar.

Estaba furioso, y, en su irritación, se decía:

«Sé que, con lo nervioso que soy, voy a discutir, a acalorarme..., a rebajarme y a rebajar mis ideas.»

CAPÍTULO II

UN VIEJO PAYASO

Entraron casi al mismo tiempo que el *starets*, el cual había salido de su dormitorio apenas llegaron los visitantes. Éstos entraron en la celda precedidos por dos religiosos de la ermita: el padre bibliotecario y el padre Pasius, hombre enfermizo a pesar de su edad poco avanzada, pero notable por su erudición, según decían. Además, había allí un joven que llevaba un redingote y que debía de frisar en los veintidós años. Era un antiguo alumno del seminario, futuro teólogo, al que protegía el monasterio. Era alto, de tez fresca, pómulos salientes y ojillos oscuros y vivos. Su rostro expresaba cortesía, pero no servilismo. No saludó a los visitantes como un igual, sino como un subalterno, y permaneció de pie durante toda la conferencia.

El *starets* Zósimo se presentó en compañía de un novicio y de Aliocha. Los religiosos se pusieron en pie y le hicieron una profunda reverencia, tocando el suelo con las puntas de los dedos. Después recibieron la bendición del *starets* y le besaron la mano. El *starets* les contestó con una reverencia igual -hasta tocar con los dedos el suelo- y les pidió lo bendijesen. Esta ceremonia, revestida de grave solemnidad y desprovista de la superficialidad de la etiqueta mundana, no carecía de emoción. Sin embargo, Miusov, que estaba delante de sus compañeros, la consideró premeditada. Cualesquiera que fuesen sus ideas, la simple educación exigía que se acercara al *starets* para recibir su bendición, aunque no le besara la mano. El día anterior había decidido hacerlo así,

pero ante aquel cambio de reverencias entre los monjes había variado de opinión. Se limitó a hacer una grave y digna inclinación de hombre de mundo y fue a sentarse. Fiodor Pavlovitch hizo exactamente lo mismo, o sea que imitó a Miusov como un mono. El saludo de Iván Fiodorovitch fue cortés en extremo, pero el joven mantuvo también los brazos pegados a las caderas. En lo concerniente a Kalganov, estaba tan confundido, que incluso se olvidó de saludar. El *starets* dejó caer la mano que había levantado para bendecirlos y los invitó a todos a sentarse. La sangre afluyó a las mejillas de Aliocha. Estaba avergonzado: sus temores se cumplían.

El *starets* se sentó en un viejo y antiquísimo sofá de cuero a invitó a sus visitantes a instalarse frente a él, en cuatro sillas de caoba guarnecidas de cuero lleno de desolladuras. Los religiosos se colocaron uno junto a la puerta y el otro al lado de la ventana. El seminarista, Aliocha y el novicio permanecieron de pie. La celda era poco espaciosa, y su atmósfera, densa y viciada. Contenía lo más indispensable: algunos muebles y objetos toscos y pobres; dos macetas en la ventana; en un ángulo, numerosos cuadritos de imágenes y una gran Virgen, pintada, con toda seguridad, mucho antes del *raskol*. Ante la imagen ardía una lamparilla. No lejos de ella había otros dos iconos de brillantes vestiduras, dos querubines esculpidos, huevos de porcelana, un crucifijo de marfil, al que abrazaba una *Mater dolorosa*, y varios grabados extranjeros, reproducciones de obras de pintores italianos famosos de siglos pasados.

Junto a estas obras de cierto valor se exhibían vulgares litografías rusas: esos retratos de santos, de mártires, de prelados, que se venden por unos cuantos copecs en todas las ferias.

Miusov paseó una rápida mirada por todas estas imágenes y después observó al *starets*. Creía poseer una mirada penetrante, debilidad excusable en un hombre que tenía ya cincuenta años, mucho mundo y mucho dinero. Estos hombres lo toman todo demasiado en serio, a veces sin darse cuenta.

Desde el primer momento, el *starets* le desagradó. Ciertamente, había en él algo que podía despertar la antipatía no sólo de Miusov, sino de otras personas. Era un hombrecillo encorvado, de piernas débiles, que tenía sólo unos sesenta años, pero que parecía tener diez más, a causa de sus achaques. Todo su rostro reseco estaba surcado de pequeñas arrugas, especialmente alrededor de los ojos, que eran claros, pequeños, vivos y brillantes como puntos luminosos. Sólo le quedaban unos mechones de cabello gris sobre las sienes. Su barba, rala y de escasas dimensiones, terminaba en punta. Sus labios, delgados como dos cordones, sonreían a cada momento. Su puntiaguda nariz parecía el pico de un ave.

«Según todas las apariencias, es un hombre malvado, mezquino, presuntuoso», pensó Miusov, que sentía una creciente aversión hacia él.

Un pequeño reloj de péndulo dio doce campanadas, y esto rompió el hielo.

-Es la hora exacta -afirmó Fiodor Pavlovitch-, y mi hijo Dmitri Fiodorovitch no ha venido todavía. Le presento mis excusas por él, santo *starets*.

Al oír estas dos últimas palabras, Aliocha se estremeció.

-Yo soy siempre puntual -continuó Fiodor Pavlovitch-.

Nunca me retraso más de un minuto, pues no olvido que la exactitud es la cortesía de los reyes.

-Pero usted no es rey, que yo sepa -gruñó Miusov, incapaz de contenerse.

-¡Pues es verdad! Y crea que lo sabía, Piotr Alejandrovitch: le doy mi palabra. Pero, ¿qué quiere usted?, la lengua se me va.

De pronto se encaró con el *starets* y exclamó en un tono patético:

-Reverendísimo padre, tiene usted ante sí un payaso. Siempre hago así mi presentación. Es una antigua costumbre. Si digo a veces despropósitos, lo hago con toda intención, a fin de hacer reír y ser agradable. Hay que ser agradable, ¿no es cierto? Hace siete años fui a una pequeña ciudad para tratar pequeños negocios que hacia a medias con pequeños comerciantes. Fuimos a ver al *ispravnik*, al que teníamos que pedir algo a invitar a una colación. Apareció el *ispravnik*. Era un hombre alto, grueso, rubio y sombrío. Estos individuos son los más peligrosos en tales casos, pues la bilis los envenena. Le dije con desenvoltura de hombre de mundo: «Señor *ispravnik*, usted será, por decirlo así, nuestro *Nappravnik*.» Él me contestó: «¿Qué *Nappravnik*?» Vi inmediatamente, por lo serio que se quedó, que no había comprendido. Expliqué: «Ha sido una broma. Mi intención ha sido alegrar los ánimos. El señor *Nappravnik* es un director de orquesta conocido, y para la armonía de nuestra empresa necesitamos precisamente una especie de director de orquesta...» Tanto la explicación como la comparación eran razonables, ¿no le parece? Pero él dijo: «Perdón, yo soy *ispravnik* y no permito que se hagan chistes sobre mi profesión.» Nos volvió la espalda. Yo corrí tras él gritando: «Si, sí; usted es *ispravnik* y no *Nappravnik*.» Total, que se nos vino abajo el negocio. Siempre me pasa lo mismo. Ser demasiado amable me perjudica. Otra vez, hace

ya muchos años, dije a un personaje importante: «Su esposa es una mujer muy cosquillosa.» Quise decir que tenía una sensibilidad muy fina. Entonces él me preguntó: «¿Usted lo ha comprobado?» Yo decidí ser amable y respondí: «Sí, señor: lo he comprobado.» Y entonces las cosquillas me las hizo él a mi... Como hace de esto mucho tiempo, no me importa contarlo. Así es como siempre me estoy perjudicando.

-Es lo que está usted haciendo en este momento -dijo Miu-sov, contrariado.

El *starets* los miró en silencio a los dos.

-Le aseguro que lo sabía, Piotr Alejandrovitch –repuso Fiodor Pavlovitch-. Presentía que diría cosas como éstas apenas abriese la boca, y también estaba seguro de que usted sería el primero en llamarme la atención... Reverendísimo *starets*, al ver que mi broma no ha tenido éxito me doy cuenta de que he llegado a la vejez. Esta costumbre de hacer reír data de mi juventud, de cuando era un parásito entre la nobleza y me ganaba el pan de este modo. Soy un payaso auténtico, innato, lo que equivale a decir inocente. Reconozco que un espíritu impuro debe de alojarse en mí, pero sin duda es muy modesto. Si fuera más importante, habría buscado otro alojamiento. Pero no se habría refugiado en usted, Piotr Alejandrovitch, porque usted no es una persona importante. Yo, en cambio, creo en Dios. Últimamente tenía mis dudas, pero ahora sólo me falta oír una frase sublime. En esto me parezco al filósofo Diderot. ¿Sabe usted, santísimo *starets*, cómo se presentó al metropolitano Platón , cuando reinaba la emperatriz Catalina? Entra y dice sin preámbulos: «¡Dios no existe!» A lo que el alto prelado responde: « ¡El insensato ha dicho de todo corazón que Dios no existe!» Inmediatamente, Diderot se arroja a sus pies y ex-

clama: «¡Creo y quiero recibir el bautismo!» Y se le bautizó en el acto. La princesa Dachkhov fue la madrina, y Potemkin, el padrino...

-Esto es intolerable, Fiodor Pavlovitch -exclamó Miusov con voz trémula, incapaz de contenerse-. Está usted mintiendo. Y sabe muy bien que esa estúpida anécdota es falsa. No se haga el pícaro.

-Siempre he creído que era una solemne mentira -aceptó Fiodor Pavlovitch con vehemencia-. Pero ahora, señores, les diré toda la verdad. Eminente *starets*, perdóneme: el final, lo del bautismo de Diderot, ha sido invención mía. Jamás me había pasado por la imaginación: se me ha ocurrido para sazonar la anécdota. Si me hago el pícaro, Piotr Alejandrovitch, es por gentileza. Bien es verdad que muchas veces ni yo mismo sé por qué lo hago. En lo que concierne a Diderot, he oído contar repetidamente eso de: «El insensato ha dicho... » Me lo decían en mi juventud los terratenientes del país en cuyas casas habitaba. Una de las personas que me lo contaron, Piotr Alejandrovitch, fue su tía Mavra Fominichina. Hasta este momento todo el mundo está convencido de que el impío Diderot visitó al metropolitano-para discutir sobre la existencia de Dios.

Miusov se puso en pie. Había llegado al límite de la paciencia y estaba fuera de sí. Se sentía indignado y sabía que su indignación lo ponía en ridículo. Lo que estaba ocurriendo en la celda del *starets* era verdaderamente intolerable. Desde hacía cuarenta o cincuenta años, los visitantes que entraban en ella se comportaban con profundo respeto. Casi todos los que conseguían el permiso de entrada comprendían que se les otorgaba un favor especialísimo. Muchos de ellos se arrodillaban y así permanecían durante

toda su estancia en la celda. Personas de elevada condición, eruditos, a incluso librepensadores que visitaban el monasterio por curiosidad o por otra causa cualquiera, consideraban un deber testimoniar al *starets* un profundo respeto durante toda la entrevista, fuera pública o privada, y más no tratándose de ningún asunto de dinero. Allí no existía más que el amor y la bondad en presencia del arrepentimiento y del anhelo de resolver un problema moral y complicado, una crisis de la vida sentimental. De aquí que las payasadas de Fiodor Pavlovitch, impropias del lugar, hubieran provocado la inquietud y el estupor de los testigos, por lo menos de la mayoría de ellos. Los religiosos permanecían impasibles, pendientes de la respuesta del *starets*, pero parecían dispuestos a levantarse como Miusov. Aliocha sentía deseos de llorar y tenía la cabeza baja. Todas sus esperanzas se concentraban en su hermano Iván, el único que tenía influencia sobre su padre, y le sorprendía sobremanera verle inmóvil en su asiento, con los ojos bajos, esperando con curiosidad el desenlace de la escena, como si fuese ajeno al debate por completo.

Aliocha no se atrevía a mirar a Rakitine (el seminarista), con el que tenía cierta intimidad. Él era el único del monasterio que conocía sus pensamientos.

-Perdóneme -dijo Miusov al levantarse, dirigiéndose al *starets*- por participar, aunque sólo sea con mi presencia, en estas bromas indignas. Me he equivocado al creer que incluso un individuo de la índole de Fiodor Pavlovitch sabría comportarse como es debido en presencia de una persona tan respetable como usted... Nunca creí que tendría que excusarme por haber venido en su compañía.

Piotr Alejandrovitch no pudo continuar. En el colmo de la confusión, se dispuso a dirigirse a la puerta.

-No se inquiete, por favor -dijo el *starets*, levantándose sobre sus débiles piernas.

Cogió a Piotr Alejandrovitch de las manos y le obligó a sentarse de nuevo.

-Cálmese. Es usted mi huésped.

Piotr Alejandrovitch hizo una reverencia y volvió a sentarse.

-Eminente *starets* -exclamó de pronto Fiodor Pavlovitch-, le ruego que me diga si, en mi vehemencia, le he ofendido.

Y sus manos se aferraban a los brazos del sillón, como si estuviese dispuesto a saltar si la respuesta era afirmativa.

-También a usted le suplico que no se inquiete -dijo el *starets* con acento y ademán majestuosos-. Esté tranquilo, como si estuviese en su casa. Y, sobre todo, no se avergüence de sí mismo, pues de ahí viene todo el mal.

-¿Que esté como en mi casa?, ¿que me muestre como soy? Esto es demasiado; me conmueve usted con su amabilidad. Pero le aconsejo, venerable *starets*, que no me anime a mostrarme al natural: es un riesgo demasiado grande. No, no iré tan lejos. Le diré sólo lo necesario para que sepa a qué atenerse; lo demás pertenece al reino de las tinieblas, de lo desconocido, aunque algunos se anticipen a darme lecciones. Esto lo digo por usted, Piotr Alejandrovitch. A usted, santa criatura -añadió, dirigiéndose al *starets*-, he aquí lo que le digo: Estoy desbordante de entusiasmo -se levantó, alzó los brazos y exclamó:- ¡Bendito sea el vientre que lo ha llevado dentro y los pechos que lo han amamantado, los pechos sobre todo! Al decirme usted hace un momento: «No se avergüence de sí mismo, pues todo el mal viene de ahí»,

su mirada me ha taladrado y leído en el fondo de mi ser. Efectivamente, cuándo me dirijo a alguien, me parece que soy el más vil de los hombres y que todo el mundo ve en mi un payaso. Entonces me digo: «Haré el payaso. ¿Qué me importa la opinión de la gente, si desde el primero hasta el último son más viles que yo?» He aquí por qué soy un payaso, eminente *starets*: por vergüenza, sólo por vergüenza. No alardeo por timidez. Si estuviera seguro de que todo el mundo me había de recibir como a un ser simpático y razonable, ¡Dios mío, qué bueno sería!

Se arrodilló ante el *starets* y preguntó:

-Maestro, ¿qué hay que hacer para conseguir la vida eterna?

Era difícil dilucidar si estaba bromeando o si hablaba con emoción sincera.

El *starets* le miró y dijo sonriendo:

-Hace mucho tiempo que usted mismo sabe lo que hay que hacer, pues no le falta inteligencia: no se entregue a la bebida ni a las intemperancias del lenguaje; no se deje llevar de la sensualidad y menos del amor al dinero; cierre sus tabernas, por los menos dos o tres si no puede cerrarlas todas. Y, sobre todo, no mienta.

-¿Lo dice por lo que he contado de Diderot?

-No, no lo digo por eso. Empiece por no mentirse a si mismo. El que se miente a si mismo y escucha sus propias mentiras, llega a no saber lo que hay de verdad en él ni en torno de él, o sea que pierde el respeto a sí mismo y a los demás. Al no respetar a nadie, deja de querer, y para distraer el tedio que produce la falta de cariño y ocuparse en algo, se entrega a las pasiones y a los placeres más bajos. Llega a la bestialidad en sus vicios. Y todo ello procede de mentirse

continuamente a sí mismo y a los demás. El que se miente a sí mismo, puede ser víctima de sus propias ofensas. A veces se experimenta un placer en autoofenderse, ¿verdad? Un hombre sabe que nadie le ha ofendido, sino que la ofensa es obra de su imaginación, que se ha aferrado a una palabra sin importancia y ha hecho una montaña de un montículo; sabe que es él mismo el que se ofende y que experimenta en ello una gran satisfacción, y por esta causa llega al verdadero odio... Pero levántese y vuelva a ocupar su asiento. Ese arranque también es falso.

-¡Déjeme besar su mano, bienaventurado padre!

Y Fiodor Pavlovitch se levantó y posó sus labios en la mano descarnada del *starets*.

-Tiene usted razón -siguió diciendo-. Ofenderse a uno mismo es un placer. Nunca había oído decir eso tan certeramente. Sí, durante toda mi vida ha sido para mí un placer ofenderme. Por una cuestión de estética, pues recibir ofensas no sólo deleita, sino que, a veces, es hermoso. Se ha olvidado usted de este detalle, eminente *starets*: el de la belleza. Lo anotaré en mi carné. En cuanto a mentir, no he hecho otra cosa en toda mi vida. He mentido diariamente y a todas horas. En cierto modo, yo mismo soy una mentira y padre de la mentira. Pero no, no creo que pueda llamarme padre de la mentira. ¡Me armo unos lios! Digamos que soy hijo de la mentira: es más que suficiente... Pero mentir acerca de Diderot no perjudica a nadie. En cambio, hay ciertas mentiras que hacen daño. Por ejemplo, eminente *starets*, recuerdo que hace tres años me propuse venir aquí, pues deseaba ávidamente conocer, descubrir la verdad. Le ruego que diga a Piotr Alejandrovitch que no me interrumpa. Dígame, reverendísimo padre: ¿es cierto que en los «Mensuales» se

habla de un santo taumaturgo que sufrió el martirio y, una vez decapitado, levantó su propia cabeza, la besó y la llevó en brazos largo tiempo? ¿Es eso verdad, padres?

-No, dijo el *starets*-, eso no es verdad.

-No se cuenta nada semejante en ningún «Mensual» -afirmó el padre bibliotecario-. ¿A qué santo se aplica eso?

-No lo sé. Es una cuestión que desconozco. El error viene de otros. Lo oí decir. ¿Y saben ustedes a quién? A este mismo Piotr Alejandrovitch Miusov que acaba de enfu•ecerse por lo que he contado de Diderot.

-Yo no le he contado eso jamás, por la sencilla razón de que nunca hablo con usted.

-Cierto que usted no me lo ha contado a mi directamente, pero lo dijo, hace cuatro años, a un grupo de personas en el que yo figuraba. Si he recordado el hecho es porque usted quebrantó mi fe con este relato cómico. Aunque no lo crea, volví a mi casa con la fe aniquilada. Desde entonces, cada vez dudé más. Sí, Piotr Alejandrovitch, usted me hizo mucho daño. Aquello fue muy distinto de mi invención sobre Diderot.

Fiodor Pavlovitch se exaltó patéticamente, aunque todos se dieron cuenta de que de nuevo adoptaba una actitud teatral. Pero Miusov se sentía herido en lo más vivo.

-¡Qué absurdo! -exclamó-. Tan absurdo como todo lo demás que usted ha contado. Desde luego, yo no le dije eso a usted. Lo ocurrido fue que yo oí en París contar a un francés que, en una misa dicha en nuestro país, se leyó este episodio en los «Mensuales». El francés era un erudito que permaneció largo tiempo en Rusia, dedicado especialmente al estudio de cuestiones de estadística. En lo que a mí concierne, no he leído los «Mensuales» ni los leeré nunca... En la mesa se dicen muchas cosas. Y entonces estábamos comiendo.

-Si -dijo Fiodor Pavlovitch para mortificarle-. Usted comía mientras yo perdía la fe.

«¿Qué me importa a mi su fe?», estuvo a punto de exclamar Miusov.

Pero se contuvo y dijo con un gesto de desprecio:

-Usted mancha todo lo que toca.

El *starets* se levantó de súbito.

-Perdónenme, señores, que les deje solos unos momentos -dijo, dirigiéndose a todos los visitantes-, pero me esperan desde antes de la llegada de ustedes.

Y añadió alegremente y dirigiéndose a Fiodor Pavlovitch:

-Y usted procure no mentir.

Se dirigió a la puerta. Aliocha y el novicio corrieron tras él para ayudarle a bajar la escalera. Aliocha estaba sofocado. Se sentía feliz ante la interrupción, y también al ver al *starets* contento y no con cara de hombre ofendido.

El *starets* iba a trasladarse a la galería para bendecir a las mujeres que allí le esperaban, pero Fiodor Pavlovitch lo detuvo en la puerta de la celda.

-Bienaventurado *starets* -exclamó, conmovido-, permítame que vuelva a besarle la mano. Con usted se puede hablar y se puede vivir. Usted cree, sin duda, que yo miento continuamente y que siempre estoy haciendo el payaso. Pues bien, sólo lo he hecho para ver si se puede vivir a su lado, si hay un puesto para mi humildad junto a su elevada posición. Certifico que es usted un hombre sociable. Durante su ausencia no diré palabra. Permaneceré sentado y en silencio. Ahora, Piotr Alejandrovitch, puede usted hablar cuanto quiera. Durante diez minutos será usted el personaje principal de la reunión.

CAPITULO III

LAS MUJERES CREYENTES

Al pie de la galería de madera que se abría en la parte exterior del muro del recinto había unas veinte mujeres del pueblo. Se les había anunciado que el *starets* iba al fin a salir, y se habían agrupado para esperarle.

Las Khokhlakov le esperaban también, pero en una habitación de la galería reservada para las visitantes de calidad. Eran dos: madre a hija. La primera, rica propietaria, vestía con gusto. Tenía un aspecto todavía sumamente agradable y unos ojos vivos y casi negros. Sólo contaba treinta y tres años y era viuda desde hacía cinco. Su hija, una jovencita de catorce años, tenía las piernas paralizadas. La pobre criatura no andaba desde hacía seis meses y había que transportarla en un sillón de ruedas. Tenía una carita encantadora, un tanto enflaquecida por la enfermedad, pero alegre. Sus grandes y oscuros ojos sombreados por largas pestañas brillaban con destellos juguetones. Su madre estaba decidida desde la primavera a llevarla al extranjero, pero ciertos trabajos emprendidos en sus dominios las retenían. Hacía ocho días que estaban en el pueblo, más por cuestiones de negocios que por devoción. Sin embargo, habían visitado ya al *starets* tres días atrás. Ahora habían vuelto, aun sabiendo que el *starets* apenas salía de su celda, para suplicar se les concediera «la dicha de ver al gran salvador de enfermos». Durante la espera, la madre estaba sentada junto al sillón de su hija. A dos pasos de ellas, de pie, había un viejo monje llegado de un monasterio del norte para recibir la bendición del *starets*.

Pero éste, al parecer, avanzó hacia el grupo de mujeres del pueblo. Las creyentes acudieron a la escalinata de tres

escalones que enlazaba la galería con el suelo. El *starets* se detuvo en el escalón más alto. De sus hombros pendía la estola. Después de bendecir a las mujeres que le rodeaban, atendió a una posesa que le presentaron. La sujetaban por las dos manos. Cuando vio al *starets* fue acometida por un violento hipo y comenzó a gemir, mientras su cuerpo era presa de espasmos y sacudidas, como si sufriera un ataque epiléptico. El *starets* le cubrió la cabeza con la estola, dijo una breve oración y la enferma se calmó en el acto.

Ignoro lo que ocurre ahora, pero en mi infancia tuve ocasión de ver y oír a estos posesos en las aldeas y en los monasterios. Cuando las llevaban a misa emitían en la iglesia agudos chillidos, pero tan pronto como tenían cerca el santo sacramento, el ataque «demoníaco» cesaba en el acto y las enfermas se tranquilizaban y permanecían en calma algún tiempo.

Como yo era todavía un niño, esto me sorprendía y me impresionaba profundamente. Respondiendo a mis preguntas, oí decir a algunos hacendados y, sobre todo, a los profesores de la localidad, que aquello era una ficción para no trabajar y que se podía reprimir tratando a los supuestos enfermos con dureza. Y me explicaban diversos casos que lo demostraban. Pero después me enteré, por boca de médicos y especialistas, de que no se trataba de una simulación, sino de una grave enfermedad que demostraba las duras condiciones en que vivía la mujer, sobre todo en Rusia. El mal procedía de trabajos agotadores realizados después de curaciones incompletas y sin intervención de la medicina, y también de la desesperación, los malos tratos, etcétera, etcétera, vida que algunas naturalezas femeninas no pueden sufrir, aunque la soporte la mayoría.

La curación súbita y sorprendente de las convulsas endemoniadas, apenas se les acercaba algún objeto sagrado, lo cual se atribuía a una ficción y, sobre todo, a ardides de los sacerdotes, era seguramente también un fenómeno natural. Las mujeres que conducían a la enferma, y especialmente la enferma misma, estaban completamente convencidas de que el espíritu impuro que se había posesionado de ella no podría resistir la presencia del santo sacramento, ante el cual inclinaban a la desgraciada. Entonces, en la paciente de nervios enfermos, dominada por una afección psíquica, se producía un trastorno profundo y general, ocasionado por la espera del milagro de la curación y por la seguridad completa de que el milagro se realizaría. Y, en efecto, se realizaba, aunque sólo fuera momentáneamente. Esto es lo que ocurrió cuando el *starets* cubrió a la enferma con la estola.

Algunas de las mujeres que se apiñaban en torno de él derramaban lágrimas de ternura y entusiasmo, otras se arrojaban sobre él para besarle aunque sólo fuera el borde del hábito; otras, en fin, se lamentaban. Él las bendecía a todas y charlaba con ellas. Conocía a la posesa, que vivía en una aldea situada a legua y media del monasterio. No era la primera vez que se la habían traído.

-He aquí una que viene de lejos -dijo el *starets*, señalando a una mujer todavía joven, pero exhausta y muy delgada, y de rostro tan curtido que parecía negro.

Esta mujer estaba arrodillada y fijaba en el *starets* una mirada inmóvil. En sus ojos había un algo de extravío.

-Sí, padre; vengo de lejos. Vivo a cuatrocientas verstas de aquí. De lejos, padre, de muy lejos.

Dijo esto una y otra vez mientras balanceaba la cabeza de derecha a izquierda, con la cara apoyada en la palma de la mano. Hablaba como lamentándose.

En el pueblo hay un dolor silencioso y paciente, que se concentra en sí mismo y enmudece. Pero también hay un dolor ruidoso, que se traduce en lágrimas y lamentos, sobre todo en las mujeres.

Este dolor no es menos profundo que el silencioso. Los lamentos sólo calman desgarrando el corazón. Este dolor no quiere consuelo: se nutre de la idea de que es inextinguible. Los lamentos no son sino el deseo de abrir aún más la herida.

-Usted es ciudadana, ¿verdad? -preguntó el *starets*, mirándola con curiosidad.

-Sí, padre: somos campesinos de nacimiento, pero vivimos en la ciudad. He venido sólo para verte. Hemos oído hablar de ti, padre mío. He enterrado a mi hijo, que era un niño pequeño: Para rogar a Dios, he visitado tres monasterios, y me han dicho: «Ve allí, Nastasiuchka», es decir, a verle a usted, padre mío, a verle a usted. Y vine. Ayer fui a la iglesia y hoy he venido aquí.

-¿Por qué lloras?

-Por mi hijo. Le faltaban tres meses para cumplir tres años. El recuerdo de este hijo me atormenta. Era el menor. Nikituchka y yo hemos tenido cuatro, pero no nos ha quedado ninguno, mi bienamado padre, ninguno. Enterré a los tres primeros y no sentí tanta pena. Pero a este último no puedo olvidarlo. Me parece tenerlo delante. No se va. Tengo el corazón destrozado. Contemplo su ropita, su camisa, sus zapatitos y me echo a llorar. Pongo, una junto a otra, todas las cosas que han quedado de él, las miro y lloro. Dije a Nikituchka, mi marido: «Oye, déjame ir en peregrinación...» Es

cochero, padre mío. Tenemos bienes. Los caballos y los coches son nuestros. Pero ¿para qué los queremos ahora? Mi Nikituchka debe de estar bebiendo desde que le dejé. Lo ha hecho otras veces: cuando lo dejo pierde los ánimos. Pero ahora no pienso en él. Ya hace tres meses que he dejado la casa, y lo he olvidado todo, y no quiero acordarme de nada. ¿Para qué me sirve mi marido ahora? He terminado con él y con todos. No quiero volver a ver mi casa ni mis bienes. Ojalá me hubiese muerto.

-Oye -dijo el *starets*-, un gran santo de la antigüedad vio en el templo a una madre que lloraba como lloras tú, porque el Señor se le había llevado a su hijito. Y el santo le dijo: «Tú no sabes lo atrevidos que son estos niños ante el trono de Dios. En el reino de los cielos no hay nadie que tenga el atrevimiento que tienen esas criaturas. Le dicen a Dios que les ha dado la vida, pero que se la han vuelto a quitar apenas han visto la luz. Y tanto insisten y reclaman, que el Señor los hace ángeles. Por eso debes alegrarte en vez de llorar, ya que tu hijito está ahora con el Señor, en el coro de ángeles.» Esto es lo que dijo en la antigüedad un santo a una mujer que lloraba. Era un gran santo y lo que decía era la pura verdad. Así, tu hijo está ante el trono del Señor, y se divierte y ruega a Dios por ti. Lloro si quieres, pero alégrate.

La mujer lo escuchaba con la cabeza inclinada y la cara apoyada en la mano.

-Lo mismo me decía mi Nikituchka para consolarme: «No hay motivo para que llores. Seguro que nuestro hijo está cantando ahora en el coro de ángeles ante el Señor.» Y mientras me decía esto, lloraba. Yo le decía: « Sí, ya lo sé: está con el Señor, porque no puede estar en otra parte. Pero no está aquí, cerca de nosotros, como estaba antes...» ¡Oh, si

yo pudiera volver a verlo una vez, aunque sólo fuera una vez, sin acercarme a él, sin decirle nada, escondida en un rincón! ¡Si pudiera verle un instante, oírle jugar y verle llegar de pronto, gritando con su vocecita: «¿Dónde estás, mamá?», como hacía tantas veces! ¡Si yo pudiera oírle corretear por la habitación, venir a mí corriendo, riendo y gritando, como recuerdo que solía hacer! ¡Si pudiese aunque sólo fuera oírle! ¡Pero no está en la casa, padre mío, y no podré oírle nunca más! Mira su cinturón. Pero él no está, no volverá a estar nunca.

Sacó de su pecho un diminuto cinturón. Apenas lo vio, empezó a sollozar, cubriéndose el rostro con las manos, entre cuyos dedos luían las lágrimas a torrentes.

-¡Mirad! -exclamó el *starets*-. Es la antigua Raquel que lloa a sus hijos, sin ue haya para ella consuelo, porque ya no están en el mundo . Esta es la suerte que se reserva aquí abajo a las madres. No te consueles, no hace falta que tengas consuelo. Lloro. Pero cada vez que llores, acuérdate que tu hijo es un ángel de Dios, que desde allá arriba lo mira y lo ve, y que tus lágrimas le complacen y las muestra al Señor. Derramarás lágrimas todavía mucho tiempo, pero, al fin, sentirás una serena alegría, y las lágrimas que ahora son amargas serán entonces purificadoras lágrimas de ternura que borran los pecados. Rogaré por el descanso del alma de tu hijo. ¿Cómo se llamaba?

-Alexei, padre mío.

-Es un bonito nombre. Su patrón era el varón de Dios Alexei, ¿verdad?

-Sí, padre: Alexei, varón de Dios.

-¡Qué gran santo! Rogaré por tu hijito: no olvidaré tu aflicción en mis oraciones. Y también rogaré por la salud de tu

marido. Pero ten en cuenta que es un pecado abandonarle. Vuelve a su lado y cuida de él. Desde allá arriba tu hijo ve que has abandonado a su padre, y esto le aflige. ¿Por qué turbas su paz? Tu hijito vive, pues el alma tiene vida eterna; no está en la casa, pero lo tienes cerca de ti, aunque no lo veas. Sin embargo, no esperes que vaya a tu casa si te oye decir que la detestas. ¿Para qué ha de ir, si en la casa no hay nadie, si en ella no puede encontrar a su madre y a su padre juntos? Ahora llegaría, te vería atormentada y te enviaría apacibles sueños. Vuelve hoy mismo al lado de tu esposo.

-Te obedeceré, padre mío, iré. Has leído en mi corazón. ¡Espérame, Nikituchka; espérame, querido!

La mujer continuó lamentándose, pero el *starets* se había vuelto ya hacia una viejecita que no vestía de peregrina, sino que llevaba un vestido de calle corriente. Se leía en sus ojos que tenía algo que decir. Era viuda de un suboficial y habitaba en nuestro pueblo. Su hijo Vasili, empleado en una comisaría, se había trasladado a Irkutsk (Siberia). Le había escrito dos veces. Luego, desde hacía un año, no había dado señales de vida. Había intentado informarse, pero no sabía adónde dirigirse.

-El otro día, Estefanía Ilinichna Bedriaguine, rica tendera, me dijo: «Lo que debes hacer, Prokhorovna, es escribir en un papel el nombre de tu hijo. Entonces vas a la iglesia y encargas oraciones por el descanso de su alma. Así, él se sentirá inquieto y te escribirá. Es un procedimiento seguro que se ha empleado muchas veces.» Yo no me he atrevido a hacerlo sin consultarte. Tú que en todo nos iluminas, dime: ¿está eso bien?

-Te guardarás mucho de hacerlo. Sólo que lo hayas preguntado es vergonzoso. Nadie puede orar por el descanso

de un alma viviente, y menos aún una madre. Eso es tan gran pecado como la hechicería. Sólo por tu ignorancia se te puede perdonar. Ruega por su salud a la Reina de los Cielos, rápida mediadora y auxiliadora de los pecadores, y pídele que perdone tu error. Y entonces, Prokhorovna, verás como tu hijo, o regresa o te escribe. Ve tranquila: tu hijo vive, te lo digo yo.

-Que Dios te premie, padre bienamado, bienhechor nuestro, que ruegas por nosotros, por la redención de nuestros pecados.

El *starets* miraba ya unos ojos ardientes que se fijaban en él. Eran los ojos de una campesina todavía joven, pero extenuada y con aspecto de enferma del pecho. Permanecía muda y, mientras dirigía al *starets* una mirada de imploración, parecía temer aproximarse a él.

-¿Qué deseas, querida?

-Que alivies mi alma -murmuró con voz ahogada. Se arrodilló lentamente a sus pies y añadió:- He pecado, padre mío, y esto me llena de temor.

El *starets* se sentó en el escalón más bajo. La mujer se acercó a él, avanzando de rodillas.

-Soy viuda desde hace tres años -empezó a decir la mujer a media voz-. La vida no era para mí agradable al lado de mi marido, que estaba viejo y me azotaba duramente. Una vez que estaba en cama, enfermo, yo pensé, mirándole: «Si se cura y se levanta de nuevo, ¿qué será de mí?» Y esta idea ya no se apartó de mi pensamiento.

-Espera -dijo el *starets*.

Acercó el oído a los labios de la mujer y ella continuó con voz apenas perceptible. Pronto terminó.

El *starets* preguntó:

-¿Hace tres años?

-Sí, tres años. Al principio no pensaba en ello, pero desde que me puse enferma, vivo en una angustia continua.

-¿Vienes de muy lejos?

-He hecho quinientas verstras de camino.

-¿Te has confesado?

-Dos veces.

-¿Han accedido a recibir la comunión?

-Sí... Tengo miedo, miedo a la muerte.

-No temas nada; no tengas miedo ni te aflijas. Con tal que el arrepentimiento subsista, Dios lo perdona todo. No hay pecado en la tierra que Dios no perdona al que se arrepiente de corazón. No existe pecado humano capaz de agotar el amor infinito de Dios. Porque ¿qué pecado puede superar en magnitud el amor de Dios? Piensa siempre en tu arrepentimiento y destierra todo temor. Tú no puedes imaginarte cómo te ama Dios, aunque tenga que amarte como pecadora. En el cielo habrá más alegría por un pecador que se arrepiente que por diez justos. No te aflijas por lo que puedan decir los demás y no te irrites por sus injurias. Perdona de todo corazón al difunto las ofensas que te infirió y reconcíliate con él de verdad. Si te arrepientes, es que amas. Y si amas, estás en Dios. El amor todo lo redime, todo lo salva. Si yo, pecador como tú, me he conmovido al oírte, con más razón tendrá el Señor piedad de ti. El amor es un tesoro tan inestimable, que, a cambio de él, puedes adquirir el mundo entero y redimir, no sólo tus pecados, sino los pecados de los demás. Vete y no temas nada.

Hizo tres veces la señal de la cruz sobre la enferma, se quitó una medalla que pendía de su cuello y la colgó en el de la pecadora, que se inclinó en silencio hasta tocar la tierra. El

starets se levantó y miró alegremente a una mujer bien parecida que llevaba en brazos un niño de pecho.

-Vengo de Vichegoria, padre mío.

-Has recorrido casi dos leguas con tu hijito en brazos. ¿Qué quieres?

-He venido a verte. Pero no es la primera vez que vengo, ¿lo has olvidado? Poca memoria tienes si no te acuerdas de mí. Oí decir que estabas enfermo y entonces decidí venir a verte. Y ahora veo que no tienes nada. Vivirás todavía veinte años: estoy segura. Tú no puedes ponerte enfermo, habiendo tanta gente que ruega por ti.

-Gracias de todo corazón, querida.

-Ahora voy a pedirte un favor. Toma estos sesenta copecs y dalos a otro que sea más pobre que yo. Por el camino venía pensando: «Lo mejor será entregarlos a él, pues él sabrá a quién debe darlos.»

-Gracias, gracias, querida. Haré lo que deseas. Me gusta tu modo de ser. ¿Es una niña lo que llevas en brazos?

-Sí, una niña, padre mío. Se llama Elisabeth.

-Que el Señor os bendiga a las dos, a ti y a tu Elisabeth. Has alegrado mi corazón... Adiós, queridas hijas mías.

Las bendijo a todas y les hizo una profunda reverencia.

CAPITULO IV

UNA DAMA DE POCA FE

Durante esta conversación con las mujeres del pueblo, la dama que esperaba en la habitación de la galería derramaba dulces lágrimas que enjugaba con su pañuelo. Era una mujer de mundo, muy sensible y con inclinaciones virtuosas. Cuando el *starets* le habló al fin, se desbordó el entusiasmo de la dama:

-¡Cómo me ha impresionado esta conmovedora escena!

La emoción le cortó el habla, pero en seguida pudo continuar:

-Comprendo que el pueblo le adore. Yo también amo al pueblo. ¿Cómo no amar a nuestro excelente pueblo ruso, tan ingenuo en su grandeza?

-¿Cómo está su hija? Usted ha enviado a decirme que quería verme.

-Sí, lo he pedido con insistencia lo he implorado. Estaba dis-, puesta a permanecer tres días de rodillas ante sus ventanas para que usted me recibiera. Hemos venido a expresarle nuestro entusiasta agradecimiento. Pues usted curó a Lise el jueves, la curó por completo, orando ante ella y aplicándole las manos. Anhelábamos besarlas y testimoniarle nuestra gratitud y nuestra veneración.

-¿Dice usted que la he curado? ¡Pero si está todavía en su sillón!

-La fiebre nocturna ha desaparecido por completo desde hace dos días, desde el jueves -repuso la dama con nervioso apresuramiento-. Y esto no es todo: sus piernas se han fortalecido, sus ojos brillan, y mire usted el color de su cara. Antes lloraba sin cesar; ahora está contenta y se ríe a cada momento. Hoy ha pedido que la pusiéramos de pie y se ha sostenido un minuto sola, sin ninguna clase de apoyo. Ha apostado conmigo a que dentro de quince días baila un rigodón. He llamado al doctor Herzenstube y se ha quedado perplejo. «Es sorprendente; no te comprendo en absoluto», ha dicho. ¿Cómo no íbamos a venir a molestarlo? ¿Cómo no hablamos de apresurarnos a venir a darle las gracias? Lise, da las gracias.

La carita de Lise se puso sería repentinamente. La enferma se levantó de su sillón tanto como pudo y, mirando al *starets*, enlazó las manos. De pronto y sin poder contenerse se echó a reír.

-Me río de ese joven -dijo señalando a Aliocha.

Las mejillas de Aliocha, que estaba de pie detrás del *starets*, se cubrieron de un súbito rubor. El joven bajó los ojos, que habían brillado intensa a instantáneamente.

-Tiene un encargo para usted, Alexei Fiodorovitch -dijo la madre a Aliocha. Y le tendió la mano, elegantemente enguantada-. ¿Cómo está usted?

El *starets* se volvió y fijó su mirada en Aliocha. El joven se acercó a Lise sonriendo torpemente. Lise volvió a ponerse sería.

-Catalina Ivanovna me ha rogado que le entregue esto -dijo ofreciéndole una carta-. Le ruega que vaya a verla lo antes posible y sin falta.

-¿Me ruega que vaya a verla? ¿Para qué? -preguntó Aliocha, profundamente asombrado y con un gesto de preocupación.

-Se trata de algo relacionado con Dmitri Fiodorovitch y... con todos esos asuntos que ahora llevan ustedes entre manos -dijo apresuradamente la madre-. Catalina Ivanovna ha encontrado una solución, mas, para ponerla en práctica, necesita verle imprescindiblemente. ¿Por qué? Lo ignoro. El caso es que le ruega que vaya a verla lo antes posible. Y espero que usted no dejará de ir: sus convicciones cristianas se lo impiden.

-Sólo he visto a Catalina Ivanovna una vez -dijo Aliocha, todavía perplejo.

-¡Es una criatura tan noble, tan recta!... Lo merece todo, aunque sólo sea por sus sufrimientos... ¿Usted sabe lo que ha pasado..., y lo que está pasando y lo que le espera?... ¡Es horrible, horrible!...

-Iré -dijo Aliocha después de haber echado una ojeada a la nota, breve y enigmática, que no explicaba nada y que se limitaba a pedirle encarecidamente que fuera.

-¡Qué bueno es usted! -exclamó Lise, animándose-. Yo le decía a mi mamá: «No irá, porque está entregado enteramente a Dios.» Es usted muy bueno. Siempre he pensado que es muy bueno, y estoy muy satisfecha de podersele decir ahora.

-¡Lise! -la reprendió su madre, aunque sonriendo-. Nos tiene usted olvidadas, Alexei Fiodorovitch: nunca viene a vernos. Y Lise me ha dicho más de una vez que sólo se siente bien cuando está a su lado.

Aliocha levantó la cabeza, enrojeció de nuevo y sonrió sin saber por qué.

El *starets* ya no le miraba. Estaba hablando con el monje que le esperaba, como ya hemos dicho, junto al sillón de Lise. Era un humilde religioso, obtuso y de ideas rígidas, pero con una fe que rayaba en la obstinación. Dijo que vivía lejos, en el norte, cerca de Obdorsk , en un pequeño monasterio que sólo tenía nueve monjes. El *starets* le bendijo y le invitó a ir a su celda cuando le pareciese.

-¿Cómo puede usted conseguir estas cosas? -preguntó el monje señalando gravemente a Lise. Aludía a su curación.

-Es todavía demasiado pronto para hablar de eso. Que se sienta aliviada no quiere decir que esté curada por completo. El alivio puede obedecer a otras causas. En fin de cuentas, todo lo que haya pasado es obra de la voluntad de Dios. Todo

procede de Él... Venga a verme, padre. Algún día me será imposible recibirle. Estoy enfermo y sé que tengo los días contados.

-¡Oh, no! -exclamó la dama-. Dios no nos lo quitará. Usted vivirá aún mucho tiempo, mucho tiempo. ¿Cómo puede estar enfermo, con el buen aspecto que tiene? ¡Parece tan contento, tan feliz!

-Hoy me siento mucho mejor que otros días, pero yo sé que esto no durará mucho. Conozco bien mi enfermedad. Si mi aspecto es alegre, no puede usted figurarse lo que me complace oírsele decir. Pues la felicidad es el objetivo del ser humano. El que ha sido perfectamente feliz tiene derecho a decir: «He cumplido la ley divina en la tierra.» Los justos, los santos, los mártires han sido felices.

-¡Qué palabras tan audaces, tan sublimes! -exclamó la madre-. Penetran a través de nuestro ser. Sin embargo, ¿dónde está la felicidad? Ya que ha tenido usted la bondad de permitirnos verlo hoy, escuche lo que no le dije en mi anterior visita, lo que no me atreví a decirle, lo que me atormenta desde hace mucho tiempo. Pues me siento atormentada, sí, atormentada.

Y en un arranque de fervor enlazó las manos.

-¿Cuál es su tormento?

-No creer.

-¿No creer en Dios?

-¡Oh, no! En eso ni siquiera me atrevo a pensar. ¡Pero qué enigma es la vida futura! Nadie sabe de ella una palabra. Escúcheme, padre, usted que conoce el alma humana y el modo de curarla. No le pido que me crea enteramente, pero le doy mi palabra de honor de que le hablo con toda seriedad. La idea de la vida de ultratumba me conmueve hasta

atormentarme, hasta aterrarme. No sé a quién preguntar, ni me he atrevido a hacerlo en toda mi vida... Ahora me permito dirigirme a usted... ¡Qué pensará de mi, Dios mío!

Y se quedó mirándole, con las manos enlazadas.

-No se preocupe por mi opinión -repuso el *starets*-. Creo en la sinceridad de su inquietud.

-¡Cuánto se lo agradezco! Oiga: cierro los ojos y pienso: «Todos creen. ¿Por qué?» Se dice que la religión tiene su origen en el terror que inspiran ciertos fenómenos de la naturaleza, pero que todo es una falsa apariencia. Y me digo que he creído toda la vida, que moriré y no encontraré nada, que entonces «sólo la hierba crecerá sobre mi tumba», como dice un escritor. Esto es horrible. ¿Cómo recobrar la fe? En mi infancia, yo creí mecánicamente, sin pensar en nada. ¿Cómo convencerme? He venido a inclinarme ante usted y a suplicarle que me ilumine. Si pierdo esta ocasión, ya no encontraré a nadie que me responda. ¿Cómo convencerme? ¿Con qué pruebas? ¡Qué desgraciada soy! Las personas que me rodean no se preocupan de esto, y yo sola no puedo soportar mis dudas. Estoy abrumada.

-Lo comprendo. Pero estas cosas no pueden probarse. Uno tiene que convencerse por sí mismo.

-¿Cómo?

-Por medio del amor, que es el que lo hace todo. Procure amar al prójimo con un ardor inextinguible. A medida que vaya usted progresando en el amor al prójimo, se irá convenciendo de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Si alcanza la abnegación completa en su amor al prójimo, creará ciegamente y la duda no podrá siquiera rozar su alma. Esto está demostrado por la experiencia.

-¿El amor que lo hace todo? He aquí otro problema..., ¡y qué problema! Mire: yo amo de tal modo a la humanidad, que, aunque usted no lo crea, he pensado a veces en abandonarlo todo, incluso a Lise, y convertirme en hermana de la Caridad. Cierro los ojos, pienso, sueño, y en esos momentos me asiste una fuerza invencible. Ninguna herida, ninguna llaga purulenta me inquietará: las lavaré con mis propias manos y seré una enfermera presta a besar las úlceras de los pacientes.

-No es poco que haya tenido tales pensamientos. Algún día realizará usted, por obra del azar, una buena acción.

-¿Pero podré soportar durante mucho tiempo semejante vida? -siguió diciendo la dama con vehemencia-. Ésta es la cuestión más importante, la que más me atormenta. Cierro los ojos y me pregunto: «¿Permanecerás mucho tiempo en este camino? Si el enfermo al que lavas las úlceras lo paga con la ingratitud, si te atormenta con sus caprichos, sin apreciar ni advertir siquiera tu devoción; si grita, se muestra exigente a incluso presenta quejas sobre ti, como pueden hacer las personas atormentadas por el sufrimiento, ¿perdurará tu amor?» Y sepa usted que yo me he dicho ya con profunda desazón: «La ingratitud es lo único que puede enfriar, a inmediatamente, mi amor activo por la humanidad.» En una palabra, que, al amar, trabajo por un salario y exijo recibirlo inmediatamente en forma de elogios y de un amor como el mío. De otro modo, no me es posible amar a nadie.

Después de haberse fustigado a si misma con este arrebató de sinceridad, se quedó mirando al *starets* con una fijeza provocadora.

Y el *starets* repuso:

-Eso mismo me dijo hace ya mucho tiempo un médico amigo mío, hombre inteligente y de edad madura. Se

expresaba tan francamente como usted, aunque bromeando con cierta amargura. Me decía: «Amo a la humanidad, pero, para sorpresa mía, cuanto más quiero a la humanidad en general, menos cariño me inspiran las personas en particular, individualmente. Más de una vez he soñado apasionadamente con servir a la humanidad, y tal vez incluso habría subido el calvario por mis semejantes, si hubiera sido necesario; pero no puedo vivir dos días seguidos con una persona en la misma habitación: lo sé por experiencia. Cuando noto la presencia de alguien cerca de mí, siento limitada mi libertad y herido mi amor propio. En veinticuatro horas puedo tomar ojeriza a las personas más excelentes: a una porque permanece demasiado tiempo en la mesa, a otra porque está acatarrada y no hace más que estornudar. Apenas me pongo en contacto con los hombres, me siento enemigo de ellos. Sin embargo, cuanto más detesto al individuo, más ardiente es mi amor por el conjunto de la humanidad.»

-¿Qué hacer, qué hacer en tal caso? Hay para desesperarse.

-No. Basta con que se sienta usted desolada. Haga todo cuanto pueda, y se le tendrá en cuenta. Usted ya ha hecho mucho por conseguir conocerse a sí misma profundamente, tal como realmente es. Si me ha hablado con tanta franqueza sólo para oír mis alabanzas a su sinceridad, no conseguirá nada, seguramente, en los dominios del amor activo: todo quedará reducido a un sueño, y como un sueño transcurrirá su vida. Entonces, claro es, se olvidará de la vida futura y, en fin de cuentas, se tranquilizará de un modo de otro.

-Me abruma usted. Ahora me doy cuenta de que, al hablarle de mi horror a la ingratitud, daba por descontados los

elogios que me valdría mi franqueza. Usted me ha llevado a leer en mí misma.

-¿De veras? Pues bien, tras esta confesión, creo que es usted buena y sincera. Aunque no alcance la felicidad, recuerde siempre que está en el buen camino y procure no salir de él. Sobre todo, no mienta, y menos aún a sí misma. Observe sus propias falsedades, examínelas continuamente. Evite también la aversión hacia los demás y hacia sí misma. Lo que le parezca malo en usted, queda purificado por el hecho de que haya visto que es malo. Rechace también el temor, aunque éste sea únicamente la consecuencia de la mentira. No tema jamás a su propia cobardía en la persecución del amor. Tampoco debe asustarse de sus malas acciones en este terreno. Lamento no poder decirle nada más consolador, pues el amor activo, comparado con el amor contemplativo, es algo cruel y espantoso. El amor contemplativo está sediento de realizaciones inmediatas y de la atención general. Uno está incluso dispuesto a dar su vida con tal que esto no se prolongue demasiado, que termine rápidamente y como en el teatro, bajo las miradas y los elogios del público. El amor activo es trabajo y tiene el dominio de sí mismo; para algunos es una verdadera ciencia. Pues bien, le anuncio que en el momento mismo en que vea, horrorizada, que, a pesar de sus esfuerzos, no solamente no se ha acercado a su objetivo, sino que se ha alejado de él, en ese momento habrá alcanzado su fin y verá sobre usted el poder misterioso del Señor, que la habrá guiado con amor sin que usted se haya dado cuenta. Perdone que no pueda dedicarle más tiempo: me esperan. Adiós.

La señora de Khokhlakov lloraba.

-¿No se acuerda de Lise? -preguntó ansiosamente-. Bendígala.

-No merece que se la quiera -repuso el *starets* en broma-. Ha estado muy juguetona mientras hablábamos. ¿Por qué te burlas de Alexei?

En efecto, Lise había estado enfrascada en un curioso juego. En la visita anterior había advertido que Aliocha se turbaba en su presencia, y esto la divirtió sobremanera. La encantaba mirarlo fijamente y ver como él, dominado por esa mirada persistente y como impulsado por una fuerza irresistible, la miraba a su vez. Entonces Lise sonreía triunfalmente, y esta sonrisa aumentaba el despecho y' la confusión de Aliocha. Al fin, el joven eludió francamente las miradas de Lise, ocultándose detrás del *starets*. Pero minutos después, como hipnotizado, asomó la cabeza para ver si ella lo miraba. Lise, que estaba casi fuera del sillón, le observaba de soslayo y esperaba, impaciente, que los ojos de Aliocha se levantaran y la mirasen, y al ver que él, en efecto, volvió a mirarla, se echó a reír tan ruidosamente, que el *starets* no pudo contenerse y le dijo:

-¡Qué revoltosa eres! Te gusta ponerlo colorado, ¿eh?

Lise enrojeció hasta las orejas. Sus ojos brillaron intensamente. Su carita se puso sería. Y la enfermita, nerviosa, indignada, se lamentó:

-¿Por qué se olvida de todo? Cuando yo era una niña pequeña, me llevaba en brazos y jugaba conmigo. Él me enseñó a leer. Hace dos años, cuando se marchó, me dijo que no me olvidaría nunca, que éramos amigos para siempre. Y ahora me tiene miedo como si me lo fuera a comer. ¿Por qué no se acerca a mi? ¿Por qué no quiere hablarme? ¿Por qué no viene a vernos? Usted no lo retiene, pues yo sé que puede ir a

donde quiera. No estaría bien que yo le invitara. Él debe ser el primero en acordarse de mi. Pero no: ¡el señor hace vida de religioso! ¿Por qué le ha puesto ese hábito de largos faldones? ¿No ve que caerá si tiene que correr?

De pronto, no pudiendo contenerse, se cubrió la cara con la mano y prorrumpió en una risa nerviosa, reprimida, prolongada, que sacudía todo su cuerpo.

El *starets*, que la había escuchado en silencio, la bendijo. Ella le besó la mano, la apretó contra sus ojos y se echó a llorar.

-No se enfade conmigo. Soy una tonta; no sirvo para nada. Aliocha tiene razón al no querer nada con una chica tan ridícula...

El *starets* la interrumpió:

-Te lo enviaré, te lo enviaré sin falta.

CAPITULO V

¡ASÍ SEA!

El *starets* había estado ausente unos veinticinco minutos. Eran más de las doce y media, y aún no habfa llegado Dmitri Fiodorovitch, por quien se había convocado la reunión. Ya casi se le habla olvidado.

Cuando el *starets* reapareció en la celda encontró a sus visitantes enzarzados en una conversación animadísima en la que participaban especialmente Iván Fiodorovitch y los dos religiosos. Miusov intervino con calor, pero con escaso éxito: permanecía en un segundo plano y apenas se le contestaba, lo que le producía una creciente indignación. Antes habfa librado un combate de erudición con Iván Fiodorovitch y se rebelaba ante cierta falta de consideración que habfa advertido en el joven. «Yo -se decía- estoy al corriente de todo

lo que hay de progresista en Europa, pero esta nueva generación nos ignora por completo. »

Fiodor Pávlovitch, que se habfa jurado permanecer de espectador sin decir nada, guardaba silencio, observando con una sonrisita sarcástica a su vecino Piotr Alejandrovitch, cuya irritación le producía gran regocijo. Hacía rato que acechaba el momento de desquitarse, y al fin encontró la ocasión. Se inclinó ante el hombro de su vecino y le dijo a media voz:

-¿Por qué no se ha marchado usted después de la anécdota del santo, en vez de quedarse con esta ingrata compañía? Sin duda, usted, sintiéndose ofendido y humillado, ha permanecido aquí para demostrar su carácter, y no se irá sin demostrarlo.

-No empiece otra vez, o me voy ahora mismo.

-Usted será el último en marcharse -le dijo Fiodor Pavio- vitch.

Fue en ese momento cuando llegó el *starets*.

La discusión se interrumpió, pero el *starets*, después de volver a ocupar su puesto, paseó su mirada por los reunidos como invitándoles a continuar. Aliocha, que leía en su rostro, comprendió que estaba agotado. A causa de su enfermedad, su debilidad habfa llegado al extremo de que últimamente le producía desmayos. La palidez que anunciaba estos desvanecimientos cubría ahora su semblante. En sus labios tampoco había color. Pero era evidente que no quería disolver la asamblea. ¿Qué razones tendría para ello? Aliocha lo observaba atentamente.

El padre bibliotecario dijo, señalando a Iván Fiodorovitch:

-Estábamos comentando un artículo sumamente interesante de este señor. Tiene puntos de vista nuevos, pero la tesis parece tender a dos fines. Es una réplica a un

sacerdote que ha publicado una obra sobre los tribunales eclesiásticos y la extensión de sus derechos.

-Sintiéndolo mucho -maniféstó el *starets* mirando atentamente a Iván Fiodorovitch-, no he leído su artículo, pero he oído hablar de él.

El padre bibliotecario continuó:

-Este señor enfoca la cuestión desde un punto de vista interesantísimo. Al parecer, rechaza la separación de la Iglesia y el Estado en este terreno.

-Muy interesante, en efecto -dijo el *starets* a Iván Fiodorovitch-. ¿Pero con qué argumentos defiende usted su opinión?

Iván Fiodorovitch le respondió no con un aire altanero y pedante, como el que Aliocha recordaba haberle oído emplear el mismo día anterior, sino con un tono modesto, discreto, franco.

-Yo parto del principio de que esta confusión de los elementos esenciales de la Iglesia y el Estado, considerados separadamente, subsistirá siempre, aunque afecte a algo irrealizable, ya que descansa sobre una mentira. Un compromiso entre la Iglesia y el Estado en ciertas cuestiones, como la justicia, por ejemplo, es, a mi juicio, completamente imposible. El sacerdote al que respondo en mi artículo sostiene que la Iglesia ocupa en el Estado un puesto determinado, definido. Yo le contesto que la Iglesia lejos de ocupar simplemente un lugar en el Estado, debe absorber al Estado enteramente y que, si esto hoy es imposible, por lo menos debería ser el objetivo principal del desenvolvimiento de la sociedad cristiana.

-Eso es perfectamente justo -declaró con voz enérgica y nerviosa el padre Paisius, religioso erudito y taciturno.

-Eso es ultramontanismo puro -exclamó Miusov, poniendo una pierna sobre la otra con un movimiento de impaciencia.

-No hay montes en nuestro país -dijo el padre José dirigiéndose al *starets*-. Este señor refuta los principios fundamentales de su adversario, que, cosa digna de mención, es un eclesiástico. He aquí esos principios. Primero: «Ninguna asociación pública puede ni debe atribuirse el poder ni disponer de los derechos civiles y políticos de sus miembros.» Segundo: «El poder en materia civil y criminal no debe pertenecer a la Iglesia, pues es incompatible con su naturaleza de institución divina y agrupación que persigue un fin religioso.» Y tercero: «La Iglesia no es un reino de este mundo. »

-Todo esto es un juego de palabras indigno de un eclesiástico -dijo el padre Paisius sin poderse contener-. He leído la obra que usted refuta -añadió volviéndose hacia Iván Fiodorovitch-, y quedé sorprendido ante la afirmación de ese sacerdote de que la Iglesia no es un reino de este mundo. Si no fuera de este mundo, no podría existir en la tierra. En el santo Evangelio, la expresión « no de este mundo» está empleada en otro sentido. No se debe jugar con estas palabras. Nuestro Señor Jesucristo vino precisamente a fundar la Iglesia en la tierra. El reino de los cielos no es, desde luego, un reino de este mundo, pero en el cielo sólo se entra por medio de la Iglesia, que está fundada en la tierra. Por lo tanto, los juegos de palabras sobre estas cuestiones son inadmisibles e indignos. La Iglesia es verdaderamente un reino. Su destino es reinar. Y, al fin, este reino se extenderá por todo el universo: así se nos ha prometido.

Se detuvo de pronto, como conteniéndose. Iván Fiodorovitch, después de haberle escuchado atenta y

cortésmente y con toda calma, continuó, dirigiéndose al *starets*, en el mismo tono sencillo de antes:

-La idea esencial de mi artículo es que el cristianismo, en los tres primeros siglos de su existencia, se condujo en el mundo como una Iglesia y, en realidad, no fue otra cosa. Cuando el Estado romano pagano adoptó el cristianismo, se incorporó a la Iglesia, pero siguió siendo un Estado pagano en multitud de atribuciones. En el fondo, esto era inevitable. El Estado romano había heredado demasiadas cosas de la civilización y la sagacidad paganas, entre ellas las bases y los fines mismos del Estado. Era evidente que la Iglesia de Cristo, al introducirse en el Estado, no podía suprimir nada de sus propias bases, de la piedra sobre la cual descansaba: tenía que ir hacia sus fines, firmemente señalados y establecidos por Jesucristo. Uno de estos fines era convertir en Iglesia, regenerándola, el mundo entero y, en consecuencia, el Estado pagano antiguo. De este modo, y atendiendo a sus planes para el futuro, la Iglesia no debe buscar un puesto determinado en el Estado, como «toda asociación pública» o como «una agrupación que persigue fines religiosos», para emplear los mismos términos del autor cuyas ideas refuto, sino que todo el Estado terrestre debería convertirse en Iglesia o, por lo menos, renunciar a todos sus fines incompatibles con los de la Iglesia. Esto no humilla, no reduce el honor ni la gloria de ningún gran Estado, ni tampoco la gloria de sus gobernantes, sino que los lleva a dejar el falso camino, todavía pagano y erróneo, y seguir el camino justo, el único que conduce a fines eternos. Por eso el autor del libro sobre las *Bases de la justicia eclesiástica* hubiera procedido certeramente si, al exponer y proponer estas bases, las hubiera considerado únicamente como un compromiso

provisional, todavía necesario en nuestra época pecadora a imperfecta. Pero desde el momento en que el autor osa declarar que las bases que propone, alguna de las cuales acaba de enumerar el padre José, son primordiales, inquebrantables, permanentes, se opone al destino santo e inmutable de la Iglesia. Esto es lo que expongo en mi artículo.

-Dicho de otro modo -continuó el padre Paisius, recalcando las palabras-, que ciertas teorías que no se han abierto paso hasta nuestro siglo diecinueve, afirman que la Iglesia debe convertirse, regenerándose, en Estado, pasar de una posición inferior a otra superior, dejándose absorber por él, después de haber cedido a la ciencia, al espíritu de la época, a la civilización. Si se niega a esto, sólo tendrá un papel insignificante y fiscalizado dentro del Estado, que es lo que ocurre en la Europa de nuestros días. Por el contrario, según las concepciones y las esperanzas rusas, no es la Iglesia la que debe transformarse en Estado, pasando de un plano inferior a otro superior, sino que es el Estado el que debe mostrarse digno de ser únicamente una Iglesia y nada más que una Iglesia. ¡Así sea! ¡Así sea!

-Le confieso que me ha reconfortado un poco -dijo Miusov sonriendo y volviendo a cruzar las piernas-. Por lo que he entendido, habla usted de la realización de un ideal que no se cumplirá hasta fecha muy lejana, hasta la vuelta de Cristo. Esto es todo lo que ustedes desean. La utopía de la desaparición de las guerras, de la diplomacia, de las casas de banca, etcétera: algo que se parece al socialismo. Yo creía que hablaban en serio, de cosas inmediatas, que desde hoy mismo la Iglesia iba, por ejemplo, a juzgar a los criminales, a condenarlos al látigo, al presidio a incluso a la pena de muerte.

Iván Fiodorovitch repuso pausadamente:

-Si hubiera sólo tribunales eclesiásticos, la Iglesia no enviaría a nadie a presidio ni a la horca. El crimen y el modo de considerarlo se tendrían seguramente que modificar. Esto se habría de hacer poco a poco, no de golpe, pero lo más rápidamente posible.

-¿Habla usted en serio? -le preguntó Miusov mirándole a la cara.

-Si la Iglesia lo absorbiera todo, excomulgaría al criminal y al desafecto -dijo Iván Fiodorovitch-, pero no cortaría cabezas. ¿Qué sería del excomulgado, me quiere usted decir? Pues no quedaría separado solamente de los hombres, sino también de Cristo. Con su crimen no se habría rebelado únicamente contra la humanidad, sino también contra la Iglesia de Cristo. Bien mirado, así sucede ya. Lo que ocurre es que la conciencia del criminal de hoy se desvía, diciéndose: «He robado, pero no me he rebelado contra la Iglesia. Yo no soy enemigo de Cristo.» Esto es lo que suele decirse el criminal de hoy. Pero cuando la Iglesia haya sustituido al Estado, al criminal le será difícil hablar así, a menos de que vaya contra la Iglesia imperante en todo el mundo. Entonces tendría que decir: «Todos están equivocados, todos se han desviado del buen camino. Su Iglesia es falsa. Sólo yo, ladrón y asesino, soy la verdadera Iglesia cristiana.» Es una posición difícil de mantener, pues requiere condiciones extraordinarias, circunstancias que sólo existen excepcionalmente. Por otra parte, ¿no hay un resto de paganismo en el punto de vista actual de la Iglesia respecto al crimen? En vez de preservar a la sociedad cercenando un miembro gangrenado, ¿no sería mejor que acometiera francamente la regeneración y la salvación del culpable?

-¿Qué quiere decir esto? -intervino Miusov-. De nuevo no le comprendo. Eso es otro sueño disparatado, incomprensible. ¿Qué significa esa excomunión? Francamente, Iván Fiodorovitch: parece que usted no habla en serio.

-Observen ustedes -dijo el *starets*, hacia el que todos se volvieron- que si la Iglesia de Cristo no existiera, el criminal no tendría freno para sus fechorías ni recibiría un verdadero castigo..., no un castigo mecánico que, como el señor acaba de decir, sólo produce generalmente irritación, sino un castigo real, el único que atemoriza y aplaca, el que consiste en la confesión que descarga la conciencia.

-Permitame que le pregunte cómo es eso posible -dijo Miusov con viva curiosidad.

-Se lo explicaré -respondió el *starets*-. Las condenas a trabajos forzados, agravadas años atrás con castigos corporales, no enmiendan a nadie y, sobre todo, no atemorizan a casi ningún criminal. Convenga usted en que cuanto más tiempo pasa, más aumenta el número de crímenes. De ello resulta que la sociedad no queda preservada en modo alguno, pues aunque el miembro nocivo sea cercenado mecánicamente y enviado muy lejos, donde queda oculto a la vista de los demás, aparece otro criminal, o tal vez dos, para cubrir el puesto vacío. Lo único que hasta ahora protege a la sociedad, enmienda al criminal y lo convierte en otro hombre es la ley de Cristo, expresada por la voz de la conciencia. Sólo después de haber reconocido su falta como hijo de la sociedad de Cristo, es decir, de la Iglesia, el criminal la reconocerá ante la sociedad misma. Así, sólo ante la Iglesia puede reconocer su falta: no ante el Estado. Si la justicia dependiera de la sociedad como Iglesia, sabría a quién relevar de la excomunión, a quién admitir en su seno.

Como hoy la Iglesia sólo puede condenar moralmente, renuncia castigar materialmente al criminal. Y no lo excomulga: lo envuelve en sus paternales métodos de curación. Es más, se esfuerza en mantener con el criminal todas las relaciones que mantiene con el cristiano inocente: lo admite en los oficios, le da la comunión, lo trata con caridad, más como a un extraviado que como a un delincuente. ¿Qué sería de él, Señor, si la sociedad cristiana, es decir, la Iglesia, lo rechazara, como lo rechaza y lo aísla la sociedad civil? ¿Qué sería de él si la Iglesia lo excomulgara a la vez que se aplica la ley del Estado? No existiría en el mundo mayor desesperación, por lo menos para los criminales rusos, que conservan la fe. Por otra parte, podría ocurrir algo horrible: que el corazón lacerado del criminal perdiera la fe. No, la Iglesia, como una tierna madre, renuncia al castigo material, pues considera que el delincuente, castigado con sobrada dureza por los tribunales seculares, necesita que alguien se compadezca de él. Además, y sobre todo, renuncia a ello porque la justicia de la Iglesia, única que conoce la verdad, no puede unirse, ni esencial ni moralmente, a ninguna otra, aunque la unión sea provisional. No es posible transigir sobre este punto.

»Según dicen, es muy raro que el criminal extranjero se arrepienta, ya que las doctrinas contemporáneas confirman su idea de que el crimen no es un crimen, sino un simple acto de rebeldía contra un poder que le oprime injustamente. La sociedad lo excluye con una fuerza que se le impone de un modo puramente mecánico, y a esta exclusión añade el odio. Así, por lo menos, se cuenta que ocurre en Europa. Y además de añadir el odio, lo acompaña de la mayor indiferencia y de un olvido absoluto del destino ulterior del culpable. Todo ocurre, pues, sin que la Iglesia dé muestra alguna de piedad,

pues en muchos casos allí ya ni siquiera hay Iglesia: sólo quedan eclesiásticos y edificios magníficos. Aquellas Iglesias luchan desde hace tiempo por pasar del plano inferior al superior: por convertirse en Estados. Así, por lo menos, parece ocurrir en las zonas luteranas. En Roma, hace ya mil años que la Iglesia se erigió en Estado. Con esto, el criminal no se considera miembro de la Iglesia. Se ve excomulgado y cae en la desesperación. Si vuelve a la sociedad, suele hacerlo con tal odio, que ella misma lo arroja de su seno. Ya pueden ustedes suponer cómo termina esto. En la mayoría de los casos parece que ocurre lo mismo en nuestro país, pero en realidad, en muchos de nuestros tribunales contamos con la Iglesia, y esta Iglesia no pierde el contacto con el criminal, que sigue siendo para ella un hijo querido. Además, existe, subsiste, aunque sólo sea en teoría, la justicia de la Iglesia, que si ahora no es efectiva, lo será en el porvenir, y que el criminal admite por un impulso instintivo de su alma.

»Aquí se acaba de decir algo de cuya exactitud no hay duda: que si la justicia de la Iglesia entrara en vigor, es decir, si la sociedad en masa se convirtiese en Iglesia, no solamente la justicia de la Iglesia influiría en la enmienda del criminal de modo muy distinto de como ocurre ahora, sino que el número de crímenes disminuiría en proporciones incalculables. Y no hay duda de que la Iglesia trataría en la mayoría de los casos el crimen y a los criminales de un modo completamente distinto de como lo hace actualmente: atraería a ella al excomulgado, prevendría los propósitos criminales, regeneraría al caído.

Y el *starets* terminó, con una sonrisa:

-Verdad es que la sociedad cristiana no está todavía cerca de conseguir esa posición. Sólo reposa sobre siete justos.

Pero como éstos no desfallecen, esperan tranquilamente la transformación absoluta, de asociación casi pagana, en la Iglesia única, universal y reinante. Así ocurrirá, aunque dentro de muchos siglos, pues está predestinada a ello. No hay que inquietarse por las dilaciones, ya que este proceso misterioso depende de la sabiduría de Dios y de la presencia de su amor. Lo que para los ojos del hombre parece muy lejano, está tal vez a punto de cumplirse para la predestinación divina. ¡Así sea!

-¡Así sea! -repitió respetuosamente el padre Paisius.

-Es extraño, sumamente extraño -dijo Miusov en un tono de indignación reprimida.

-¿Qué es lo que le parece extraño? -preguntó el padre José.

-Se lo diré francamente -exclamó Miusov, con una agresividad repentina-. ¿Qué significa todo esto? ¡Se elimina al Estado para poner en su lugar a la Iglesia! Esto es ultramontanismo elevado al cuadrado. ¡Ni Gregorio séptimo hubiera tenido una idea semejante!

-Su interpretación es completamente errónea -observó severamente el padre Paisius-. No es la Iglesia la que se convierte en Estado, fíjese bien. Esto es el sueño romano, la tercera tentación del demonio. Por el contrario, es el Estado el que se convierte en Iglesia, el que se eleva hasta ella y llega a ser una Iglesia sobre todo el mundo. Esto es diametralmente opuesto a Roma, al ultramontanismo, a la interpretación de usted; esto es la misión sublime reservada a la ortodoxia en el mundo entero. Esta estrella empezará a resplandecer en Oriente.

Miusov guardó un silencio significativo. De toda su persona emanaba un algo de extrema dignidad. En sus labios apareció

una sonrisa de indulgencia. Aliocha lo observaba con el corazón palpitante. La conversación le había impresionado profundamente. Su mirada tropezó con Rakitine, que permanecía inmóvil y escuchaba atentamente, con la cabeza baja. Del vivo color de su tez, Aliocha dedujo que estaba tan impresionado como él, y sabía el motivo.

-Permítanme, señores, que les refiera una anécdota -empezó a decir Miusov con una gravedad presuntuosa-. Hallándome en París, tuve ocasión, después del golpe de Estado de diciembre, de visitar a uno de mis conocidos, personaje importante que entonces estaba en el poder. Era un individuo sumamente curioso que, sin ser del cuerpo de policía, dirigía una brigada de agentes políticos, puesto de gran importancia. Aproveché la ocasión para hablar con él y satisfacer mi curiosidad. Fui recibido como subalterno que presenta un informe, y, al ver que yo estaba en buenas relaciones con su jefe, me trató con una franqueza relativa, es decir, con más cortesía que franqueza, como es costumbre en los franceses, en lo que influyó mi calidad de extranjero. Pero yo le comprendí perfectamente. Entonces se perseguía a los socialistas revolucionarios. Prescindiendo del resto de la conversación, les transmitiré una observación sumamente interesante que se le escapó a aquel caballero: «No tememos demasiado a todos esos socialistas, anarquistas, ateos y revolucionarios. Los vigilamos y estamos al corriente de todos sus movimientos. Pero hay entre ellos un grupo especial, por fortuna poco numeroso, que nos inquieta de verdad: el de los que creen en Dios a pesar de ser socialistas. Es una agrupación francamente temible. El socialista cristiano es mucho más peligroso que el socialista ateo.» Estas palabras

me impresionaron entonces, y ahora ustedes me las han recordado.

-Es decir, que nos las aplica usted a nosotros porque nos considera socialistas, ¿no es eso? -preguntó sin rodeos el padre Paisius.

Pero antes de que Piotr Alejandrovitch acertara a responder, la puerta se abrió y entró Dmitri Fiodorovitch, que llegaba con gran retraso. Como ya no se le esperaba, su repentina aparición produjo cierta sorpresa.

CAPITULO VI.

¿POR QUÉ EXISTIRÁ SEMEJANTE HOMBRE?

Dmitri Fiodorovitch era un joven de veintiocho años, de estatura media y figura bien proporcionada, pero que parecía bastante mayor de lo que era. Se deducía que su musculoso cuerpo estaba dotado de una fuerza extraordinaria, pero su enjuto rostro, de carrillos hundidos, y su amarilla tez le daban un aspecto de enfermo. Sus ojos, negros, algo saltones, tenían una mirada vaga, aunque parecía obstinada. Cuando estaba agitado y hablaba con indignación, su mirada no correspondía a su estado de ánimo. «Es muy difícil saber lo que piensa», decían a veces sus interlocutores. Algunos días sus risas inopinadas, que denotaban regocijo o pensamientos alegres, sorprendían a los que, viendo sus ojos, le creían pensativo y triste. Por otra parte, era natural que tuviera una expresión algo atormentada. Todo el mundo estaba al corriente de los excesos a que se entregaba en los últimos tiempos, así como de la indignación que se apoderaba de él en las disputas que sostenía con su padre por cuestiones de dinero. Por la localidad circulaban anécdotas sobre este particular. Verdaderamente, era un hombre irascible, «un alma

oscura y extraña», como dijo de él en una reunión el juez de paz Simón Ivanovitch Katchalnikov.

Iba irreprochable y elegantemente vestido: la levita abrochada, guantes negros y el alto sombrero en la mano. Como oficial retirado hacia poco, en su cara no se veía más pelo que el del bigote. Su cabello, corto y peinado hacia delante, era de color castaño. Andaba a grandes pasos y con aire resuelto.

Se detuvo un instante en el umbral, recorrió con la mirada a los asistentes y se fue derecho al *starets*, comprendiendo que era la figura principal de la reunión. Le saludó profundamente y le pidió que le bendijera. El *starets* se puso en pie para bendecirle. Dmitri Fiodorovitch le besó la mano respetuosamente y dijo con cierta irritación:

-Perdóneme por haberle hecho esperar. Pregunté repetidamente la hora de la conferencia a Smerdiakov, el criado que me envió mi padre, y él me contestó dos veces y de modo categórico que se había fijado para la una. Sin embargo, ahora veo...

-No se preocupe -le interrumpió el *starets*-. Ha llegado un poco tarde, pero eso no tiene importancia.

-Muy agradecido. No esperaba menos de su bondad.

Dicho esto, Dmitri Fiodorovitch se inclinó nuevamente, y después, volviéndose hacia su padre, le hizo un saludo igualmente profundo y respetuoso. Se veía que tenía premeditado este saludo, considerando un deber manifestar su cortesía y sus buenas intenciones. Fiodor Pavlovitch, aunque no esperaba este saludo de su hijo, supo salir del paso, levantándose y respondiéndole con una reverencia igual. Su semblante cobró una expresión de imponente gravedad, pero sin perder su matiz maligno.

Después de haber correspondido en silencio a los saludos de todos los asistentes, Dmitri Fiodorovitch se dirigió con su paso firme a la ventana y ocupó el único asiento que había vacío, cerca de la silla del padre Paisius. Se inclinó hacia delante y se dispuso a escuchar la interrumpida conversación.

La entrada de Dmitri Fiodorovitch sólo había distraído a los presentes durante dos o tres minutos. Luego se reanudó el debate general. Pero Piotr Alejandrovitch no creyó necesario responder a la pregunta apremiante e irritada del padre Paisius.

-Dejemos este asunto -dijo con mundana desenvoltura-. Es demasiado delicado. Mire a Iván Fiodorovitch. Nos observa y sonríe. Seguramente tiene algo interesante que decirnos.

-No es nada de particular -repuso en el acto Iván Fiodorovitch-. Sólo quiero decirles que, desde hace mucho tiempo, el liberalismo europeo en general, a incluso el diletantismo liberal ruso, suelen confundir los objetivos del socialismo con los del cristianismo. Esta absurda conclusión es un rasgo característico de ellos. Por lo demás, no son únicamente los liberales y los aficionados al liberalismo los que confunden las doctrinas socialistas con las cristianas, sino que también hay que incluir a los gendarmes, por lo menos en el extranjero. Su anécdota parisiense es muy significativa a este respecto, Piotr Alejandrovitch.

-Solicito de nuevo que dejemos este tema -dijo Piotr Alejandrovitch-. Pero antes permítame contar otra anécdota sumamente típica e interesante, relacionada con Iván Fiodorovitch. Hace cinco días, en una reunión en la que predominaba el elemento femenino, manifestó con toda seriedad, en el curso de una discusión, que ninguna ley del mundo obliga a las personas a amar a sus semejantes, que

ninguna ley natural impone al hombre el amor a la humanidad, que si el amor había reinado en la tierra no se debía a ninguna ley natural, sino a la creencia en la inmortalidad. Iván Fiodorovitch añadió que ésta era la única ley natural; de modo que si se destruye en el hombre la fe en su inmortalidad, no solamente desaparecerá en él el amor, sino también la energía necesaria para seguir viviendo en este mundo. Además, entonces no habría nada inmoral y todo. incluso la antropofagia. estaría autorizado. Y esto no es todo; terminó afirmando que, para el individuo que no cree en Dios ni en su propia inmortalidad, la ley moral de la naturaleza es el polo opuesto de la ley religiosa; que, en este caso, el egoísmo, °incluso cuando alcanza un grado de perversidad, debe no sólo ser autorizado, sino reconocido como un desahogo necesario, lógico e incluso noble. Oida esta paradoja, pueden juzgar lo demás, señores; pueden formar juicio sobre lo que nuestro extravagante Iván Fiodorovitch se complace en proclamar, y acerca de sus intenciones eventuales.

-¿He entendido bien? -exclamó de súbito Dmitri Fiodorovitch-. «La maldad, para el ateo, no sólo está autorizada, sino que se considera como una manifestación natural necesaria y razonable. » ¿Es esto?

-Exactamente -dijo el padre Paisius.

-Lo tendré presente.

Dicho esto, Dmitri Fiodorovitch enmudeció tan repentinamente como se había mezclado en la conversación. Todos le miraron con curiosidad.

-¿Es posible que vea usted así las consecuencias de la desaparición de la fe en la inmortalidad del alma? -preguntó de súbito el *starets* a Iván Fiodorovitch.

-Sí, yo creo que no hay virtud sin inmortalidad.

-Si piensa usted de ese modo, es feliz, o tal vez muy desgraciado.

-¿Por qué desgraciado? -preguntó Iván Fiodorovitch con una sonrisa.

-Porque, según todas las apariencias, usted no cree en la inmortalidad del alma ni en nada de lo que se ha escrito sobre la Iglesia.

-Tal vez tenga usted razón. Sin embargo, no he hablado en broma -manifestó Iván Fiodorovitch enrojeciendo ante esta singular declaración.

-Cierto: usted no ha bromeado. Expone una idea que todavía no se ha resuelto en su corazón y que le tortura. También al mártir le gusta a veces recrearse en su desesperación. Por el momento, es la desesperación lo que le lleva a usted a distraerse con artículos y conversaciones de sociedad, sin creer en su propia dialéctica y sonriendo dolorosamente en su interior. Esa cuestión no está todavía resuelta en usted, y ello le atormenta porque redama urgentemente una solución.

-¿Pero puede esa cuestión resolverse en mí, resolverse en un sentimiento positivo? -preguntó Iván Fiodorovitch con extraño acento y mirando al *starets* con una sonrisa inexplicable.

-Si no se resuelve positivamente, tampoco se resolverá nunca en un sentido negativo. Usted conoce esta propiedad de su corazón. Esto es lo que le tortura. Pero dé gracias al Creador por haberle dotado de un corazón sublime, capaz de atormentarse de ese modo, de pensar en las cosas del cielo y de investigarlas, pues allí está nuestra morada. Que Dios le permita encontrar la solución aquí abajo y que bendiga sus caminos.

El *starets* levantó la mano para hacer desde su asiento la señal de la Cruz a Iván Fiodorovitch; pero éste se levantó, fue hacia él, recibió su bendición, le besó la mano y volvió a su sitio sin decir palabra. Su semblante expresaba gravedad y energía. Esta actitud y toda su conversación anterior con el *starets*, que no se esperaban de él, sorprendieron a todos, al percibir en ellas algo indefinable, enigmático y solemne. Hubo un momento de silencio general. El rostro de Aliocha tenía una expresión de inquietud que rayaba en el espanto. Miusov se encogió de hombros, y en este momento se puso de pie Fiodor Pavlovitch.

-Divino y Santo *starets* -exclamó señalando a Iván Fiodorovitch-, éste es mi hijo bienamado, la carne de mi carne. Es, por decirlo así, mi reverente Karl Moor. Y aquí está mi otro hijo, el que acaba de llegar, Dmitri Fiodorovitch, al que pido una explicación en presencia de usted. Éste es el irreverente Frantz Moor. Los dos aparecen en *Los bandidos*, de Schiller, y yo soy en esta ocasión el *Regierender Graf* von Moor . Júzguenos y sálvenos. Necesitamos no sólo sus oraciones, sino también sus pronósticos.

-Empiece usted por ser razonable y no ofender a las personas de su familia -respondió el *starets* con voz desfallecida. Su fatiga iba en aumento y sus fuerzas decrecían visiblemente.

-¡Esto es una indigna comedia! -exclamó Dmitri Fiodorovitch, que se había levantado también-. Me lo figuraba cuando venía hacia aquí. Perdóneme, reverendo padre. Mi instrucción es escasa a ignoro el tratamiento que hay que darle, pero debo decirle que le han engañadi, abusando de su bondad. Usted no debió concedernos esta entrevista. Mi padre sólo desea provocar un escándalo. ¿Con qué objeto? Lo ignoro,

pero en él todo es premeditado. Y ahora me parece comprender...

-Todo el mundo me acusa -dijo Fiodor Pavlovitch-, sin excluir a Piotr Alejandrovitch. Sí, Piotr Alejandrovitch, usted me acusa -dijo, volviéndose hacia Miusov, aunque éste no tenía el menor propósito de contradecirle-. Me acusan de haber ocultado el dinero de mi hijo y no haberle dado un céntimo. Pero díganme ustedes: ¿no existen los tribunales? Allí se te rendirán cuentas, Dmitri Fiodorovitch. Con tus recibos, tus camas y toda clase de documentos a la vista, se te dirá lo que tenías, lo que has gastado y lo que te queda. ¿Por qué se calla, Piotr Alejandrovitch? Dmitri Fiodorovitch no es un extraño para usted. Y es que todos van contra mí. Por eso Dmitri Fiodorovitch mantiene su deuda conmigo, y no una pequeña deuda, sino una deuda de varios miles de rublos, como puedo demostrar. Sus excesos son la comidilla de toda la ciudad. Cuando estuvo en el ejército, gastó en diversas poblaciones más de mil rublos para seducir a muchachas honestas. Esto, Dmitri Fiodorovitch, lo sé con todo detalle, y puedo probarlo. Aunque a usted le parezca mentira, reverendo *starets*, ha conseguido que se prenda de él una joven distinguida y acomodada, la hija de su antiguo jefe, bravo coronel que prestó extraordinarios servicios y al que se impuso el collar de Santa Ana con espadas. Esta huérfana, con la que se ha comprometido a casarse, habita ahora en nuestra localidad. Y aunque es su prometida, Dmitri Fiodorovitch no se oculta de ella para visitar a cierta « sirena ». Ésta, aunque ha vivido ilícitamente con un hombre respetable, pero de carácter independiente, es una fortaleza inexpugnable, pues, en el fondo, es una mujer virtuosa... Sí, reverendos padres, es virtuosa. Pues bien, Dmitri Fiodorovitch

quiere abrir esta fortaleza con una llave de oro. Por eso se hace ahora el bueno conmigo: quiere sacarme dinero. Ya ha gastado miles de rublos por esa sirena. Esto explica que pida prestado sin cesar. ¿Y saben ustedes a quién? ¿Lo digo, Mitia?

-¡Calla! Espera a que me haya marchado. No difames en mi presencia a la más honesta de las mujeres. ¡No lo consentiría!

Se ahogaba de furor.

-¡Oh Mitia! -exclamó Fiodor Pavlovitch, haciendo esfuerzos por llorar-. ¿Es que te olvidas de la maldición paterna? ¿Qué será de ti si te maldigo?

-¡Miserable hipócrita! -rugió Dmitri Fiodorovitch.

-¡Ya ven ustedes cómo trata a su padre, a su propio padre! ¿Qué hará con los demás? Escuchen, señores: hay un hombre pobre, pero honorable; un capitán separado del ejército a consecuencia de una desgracia, no de un juicio; un hombre honorable que tiene a su cargo una familia numerosa. Pues bien, hace tres semanas, Dmitri Fiodorovitch lo cogió de la barba en una taberna, lo sacó a rastras a la calle y lo golpeó delante de todo el mundo, únicamente porque este hombre está encargado de mis intereses en cierto asunto.

-¡Todo eso es falso! -exclamó Dmitri Fiodorovitch, temblando de cólera-. La parte exterior es verdad, pero el fondo es todo una mentira. No pretendo justificar mi conducta. Declaro que me conduje brutalmente con ese capitán y que ahora lo lamento y me horrorizo de mi brutalidad. Pero ese capitán, el encargado de tu negocio, visitó a esa mujer que tú llamas «sirena» y le propuso en tu nombre endosar los pagarés firmados por mi que tienes en tu poder, con objeto de perseguirme y hacerme detener, en caso de que yo apretase

demasiado en el arreglo de nuestras cuentas. Si quieres verme en la cárcel, es sólo por celos, porque has rondado a esa mujer. Estoy al corriente de todo: ella misma lo ha contado, burlándose de ti. Así es, reverendos padres, este hombre, este padre que acusa a su hijo de proceder mal. Ustedes son testigos. Perdonen mi cólera. Ya presentía yo que este pérfido viejo nos había convocado aquí para provocar un escándalo. He venido con la intención de perdonarlo si me hubiera tendido la mano, de perdonarlo y de pedirle perdón. Pero como acaba de insultarme y de insultar a esa noble joven, cuyo nombre, por respeto, no quiero pronunciar, puesto que no es necesario, he decidido desenmascararlo públicamente, aunque sea mi padre.

No pudo continuar. Sus ojos centelleaban y respiraba con dificultad. Todos los reunidos daban muestras de emoción, excepto el *starets*, y todos se habían levantado nerviosamente. Los religiosos habían adoptado una expresión severa, pero esperaban oír a su viejo maestro. Éste estaba pálido, no de emoción, sino a causa de su enfermedad. Una sonrisa de súplica se dibujaba en sus labios. A veces había levantado la mano para poner freno a la violencia de la disputa. Hubiera podido poner fin a la escena con un solo gesto, pero, con los ojos impávidos, parecía esforzarse en comprender algún detalle que no veía claro. Al fin, Piotr Alejandrovitch se sintió definitivamente herido en su dignidad.

-Todos somos culpables de este escándalo -declaró con vehemencia-; pero yo no preveía esto cuando venía hacia aquí, aunque sabía en compañía de quién estaba. Hay que terminar en seguida. Reverendo *starets*, le aseguro que yo no conocía exactamente todos los detalles que aquí se han revelado: no podía creer en ellos. El padre tiene celos del hijo

a causa de una mujer de mala vida, y procura entenderse con esta mujer para encarcelar al hijo... ¡Y se me ha hecho venir aquí en compañía de semejante hombre...! Se me ha engañado, lo mismo que se ha engañado a los demás.

-Dmitri Fiodorovitch -gritó de pronto Fiodor Pavlovitch con una voz que no parecía la suya-, si no fueras mi hijo, ahora mismo lo retaría a un duelo, a pistola, a tres pasos y a través de un pañuelo, ¡si, a través de un pañuelo! -repitió en el colmo del furor.

Los viejos farsantes que han mentido durante toda su vida, se compenetran a veces de tal modo con su papel, que tiemblan y lloran de emoción, aunque en el mismo momento, o inmediatamente después, puedan decirse: «Estás mintiendo, viejo desvergonzado; sigues representando un papel, a pesar de tu indignación sincera.»

Dmitri Fiodorovitch miró a su padre con un desprecio indecible.

-Mi propósito era -le dijo en voz baja- regresar a mi tierra natal con mi prometida, ese ángel, para alegrar los días de tu vejez, y me encuentro con un viejo depravado y un vil farsante.

-¡Nos batiremos! -gritó el viejo, jadeando y babeando a cada palabra-. En cuanto a usted, Piotr Alejandrovitch, ha de saber que en toda su genealogía no hay seguramente una mujer más noble, más honesta..., ¿lo oye usted?, más honesta que esa a la que se ha permitido llamar de «mala vida». Y tú, Dmitri Fiodorovitch, que has reemplazado a tu novia por esa mujer, habrás podido comprobar que tu prometida no le llega a la suela de los zapatos.

-¡Es vergonzoso! -dijo el padre José.

-¡Es una vergüenza y una infamia! -exclamó una voz juvenil, trémula de emoción.

Era la voz de Kalganov, que hasta entonces había guardado silencio y cuya cara había enrojecido de pronto.

-¿Por qué existirá semejante hombre? -exclamó sordamente Dmitri Fiodorovitch, al que la cólera trastornaba, y alzando los hombros de tal modo que parecía jorobado-. Díganme: ¿se le puede permitir que siga deshonrando al mundo?

Y miró en torno de él, mientras señalaba a su padre con el brazo extendido. Hablaba lentamente, con gran aplomo.

-¿Lo oyen ustedes? -exclamó Fiodor Pavlovitch mirando al padre José-. Ahí tiene usted la respuesta a su exclamación. «¡Es vergonzoso!» Esa mujer « de mala vida» es tal vez más santa que todos ustedes, señores religiosos, que viven entregados a Dios. Cayó en su juventud, víctima de su ambiente, pero ha amado mucho, y Jesucristo perdonó a aquella mujer que había amado mucho .

-No fue un amor de ese género el que Jesucristo perdonó -replicó, perdiendo la paciencia, el bondadoso padre José.

-Sí, señores monjes. Ustedes, porque hacen vida conventual y comen coles, se consideran sabios. También comen gobios, uno diario, y creen que con estos pescados comprarán a Dios.

-¡Esto es intolerable! -exclamaron varias voces.

Pero esta ruidosa escena quedó interrumpida del modo más inesperado. De súbito, el *starets* se levantó. Alexei, tan aterrado que apenas podía mantenerse en pie, tuvo fuerzas, sin embargo, para sostener a su anciano maestro, cogiéndole del brazo.

El *starets* se fue hacia Dmitri Fiodorovitch, y cuando llegó ante él, se arrodilló. Aliocha creyó que había caído ya sin fuerzas, pero no era así. Una vez arrodillado, el *starets* se inclinó ante los pies de Dmitri Fiodorovitch. Fue un saludo profundo, consciente, preciso, en el que su frente casi tocó el suelo. Aliocha se quedó tan atónito, que ni siquiera le ayudó a levantarse. En los labios del *starets* se dibujaba una débil sonrisa.

-Perdónenme, perdónenme todos -dijo a sus huéspedes, haciendo inclinaciones a derecha a izquierda.

Dmitri Fiodorovitch estuvo unos instantes petrificado. ¡Prosternarse ante él! ¿Qué significaba esto...? Al fin, exclamó: «¡Dios mio!» Se cubrió la cara con las manos y salió corriendo de la celda. Todos sus compañeros le siguieron presurosos, y tan aturdidos, que ni siquiera se acordaron de despedirse del jefe de la casa. Sólo los religiosos se acercaron a él para recibir su bendición.

-¿Por qué se habrá prosternado? ¿Será algún acto simbólico?

Así intentó Fiodor Pavlovitch, que de súbito se había calmado, reanudar la conversación. Pero no se atrevió a dirigirse a nadie particularmente. En este momento cruzaban la puerta del recinto de la ermita.

-No sé nada de esas locuras -repuso inmediatamente y con aspereza Piotr Alejandrovitch-. Lo que puedo asegurarle, Fiodor Pavlovitch, es que me desligo de usted, y para siempre. ¿Dónde está ese monje que nos acompañaba?

El monje por el que preguntaba Piotr Alejandrovitch y que les había invitado a comer con el padre abad no se hizo esperar. Se unió a los visitantes en el momento en que éstos

bajaban los escalones del pórtico. Al parecer, los había estado esperando durante todo el tiempo que había durado la reunión.

Piotr Alejandrovitch le dijo, sin ocultar su irritación:

-Tenga la bondad, reverendo padre, de transmitir al padre abad la expresión de mi más profundo respeto y presentarle mis excusas. Circunstancias imprevistas me impiden, muy a pesar mío, aceptar su invitación.

-La circunstancia imprevista soy yo -intervino al punto Fiodor Pavlovitch-. Oiga, padre: Piotr Alejandrovitch no quiere estar conmigo; de lo contrario, habría ido de buena gana. Vaya usted, Piotr Alejandrovitch, y buen provecho. Soy yo el que me voy. Vuelvo a mi casa, donde podré comer, cosa que me sería imposible hacer aquí, mi querido pariente.

-Yo no soy ni he sido jamás pariente suyo, hombre despreciable.

-Lo he dicho expresamente para irritarle, porque sé que a usted le molesta este parentesco. Sin embargo, usted, a pesar de sus arrogantes protestas, es pariente mío, y lo puedo probar con documentos... Te enviaré el coche si quieres, Iván... Piotr Alejandrovitch, su buena educación le obliga a acudir a la mesa del padre abad, y no olvide que debe excusarme de las tonterías que hemos cometido.

-¿De veras se marcha usted? ¿No nos engaña?

-¿Cree usted que puedo atreverme a bromear después de lo que ha pasado? Me he dejado llevar de los nervios, señores; perdonenme. Estoy confundido, avergonzado. Lo mismo se puede tener el corazón de Alejandro de Macedonia que el de un perrito. Yo me parezco al chuchito *Fidèle*. La timidez se ha apoderado de mí. Después de lo ocurrido, no

puedo comer los guisos del monasterio. Estoy avergonzado. Perdónenme, pero no me es posible acompañarles.

«¿No será todo una farsa? Sólo el diablo sabe de lo que es capaz este hombre.»

Mientras se hacía esta reflexión, Miusov se detuvo y siguió con la mirada perpleja al payaso que se alejaba. Éste se volvió y, viendo que Piotr Alejandrovitch le observaba, le envió un beso con la mano.

-¿Viene usted a comer con el padre abad? -preguntó Miusov a Iván Fiodorovitch.

-¿Por qué no? Estoy invitado personalmente desde ayer.

-Desgraciadamente, me siento obligado a asistir a esa maldita comida -dijo Miusov con amarga irritación, sin preocuparse de que el monjecillo le escuchaba-. Por lo menos, tenemos que excusarnos de lo que ha ocurrido y explicar que no ha sido cosa nuestra. ¿No le parece?

-Sí, hay que explicar que no ha sido cosa nuestra. Además, mi padre no asistirá -observó Iván Fiodorovitch.

-¡Sólo faltaba que asistiera su padre! ¡Maldita comida!

Sin embargo, todos iban hacia el monasterio. El monjecillo escuchaba en silencio. Al atravesar el bosque, dijo que el padre abad les esperaba desde hacía un buen rato, que ya llevaban más de media hora de retraso. Nadie le contestó. Miusov observó a Iván Fiodorovitch con una expresión de odio.

«Va a la comida como si nada hubiese ocurrido -pensó-. Cara de vaqueta y conciencia de Karamazov.»

CAPÍTULO VII

UN SEMINARISTA AMBICIOSO

Aliocha condujo al *starets* a su dormitorio y lo sentó en su lecho. Era una reducida habitación sin más muebles que los indispensables. La cama era estrecha, de hierro, y una simple manta hacia las veces de colchón. En un rincón se veían varios iconos y un facistol en el que descansaban la cruz y el Evangelio. El *starets* se dejó caer, exhausto. Una vez sentado, miró fijamente a Aliocha, con gesto pensativo:

-Vete, querido, vete. Con Porfirio tengo suficiente ayuda. El padre abad lo necesita. Has de servir la mesa.

-Permitame que me quede -dijo Aliocha con voz suplicante.

-Allí haces más falta. No hay paz entre ellos. Servirás la mesa y serás útil. Si te asaltan los malos espíritus, reza. Has de saber, hijo mío -al *starets* le gustaba llamarle así-, que en el futuro te puesto no estará aquí. Acuérdate de esto, muchacho. Cuando Dios me haya juzgado digno de comparecer ante él, deja el monasterio, márchate en seguida.

Aliocha se estremeció.

-¿Qué te pasa? -le preguntó el *starets*-. Tu puesto no es éste por el momento. Tienes una gran misión que cumplir en el mundo, y yo te bendigo y te envío a cumplirla. Peregrinarás durante mucho tiempo. Tendrás que casarte: es preciso. Habrás de soportarlo todo hasta que vuelvas. La empresa no será fácil, pero tengo confianza en ti. Sufrirás mucho y, al mismo tiempo, serás feliz. Esta es tu vocación: buscar en el dolor la felicidad. Lucha, lucha sin descanso. No olvides mis palabras. Todavía hablaré otras veces contigo, pero mis días, a incluso mis horas, están contados.

El semblante de Aliocha reflejó una viva agitación. Sus labios temblaban.

-¿Qué te pasa? -le preguntó, sonriendo, el *stárets*-. Que las personas mundanas lloren a sus muertos. Aquí nos alegramos cuando un padre agoniza. Nos alegramos y rogamos por él. Déjame. Tengo que rezar. Vete, vete pronto. Debes estar al lado de tus hermanos; no sólo de uno, sino de los dos.

El *starets* levantó la mano para bendecirle. Aunque experimentaba grandes deseos de quedarse, Aliocha no se atrevió a hacer ninguna objeción ni a preguntar lo que significaba la profunda inclinación del *starets* ante su hermano Dmitri. Sabía que el *starets* se lo habría explicado espontáneamente si hubiera podido. Si no se lo decía era porque no se lo debía decir. Aquella prosternación hasta tocar el suelo había dejado estupefacto a Aliocha. Tenía alguna finalidad misteriosa. Misteriosa y a la vez terrible. Cuando hubo salido del recinto de la ermita sintió oprimido el corazón y tuvo que detenerse. Le parecía estar oyendo las palabras del *starets* que predecían su próximo fin. Las predicciones minuciosas del *starets* se cumplirían: Aliocha lo creía ciegamente. ¿Pero cómo podría vivir sin él, sin verlo ni oírlo? ¿Y adónde iría? El *starets* le había ordenado que no llorase y que dejara el monasterio. ¡Señor, Señor...! Hacía mucho tiempo que Aliocha no había experimentado una angustia semejante.

Atravesó rápidamente el bosquecillo que separaba la ermita del monasterio y, sintiéndose incapaz de soportar los pensamientos que le abrumaban, se dedicó a contemplar los pines seculares que bordeaban el sendero. El trayecto no era largo: quinientos pasos a lo sumo. A aquella hora no solía haber nadie en el camino. Sin embargo, en el primer recodo

Aliocha se encontró con Rakitine. Evidentemente, éste esperaba a alguien.

-¿Me esperas a mí? -le preguntó Aliocha al llegar a su lado.

-Sí -dijo Rakitine sonriendo-. Vas a la comida que da el padre abad: lo sé. Desde el día que recibió al obispo y al general Pakhatov, ya recordarás, no había celebrado ningún festín. Yo no estaré allí, pero tú sí, porque has de servir la mesa... Oye, Alexei: lo esperaba para preguntarte qué significa ese misterio.

-¿Qué misterio?

-Ese de arrodillarse ante tu hermano Dmitri. ¡Vaya topetazo que ha dado el viejo!

-¿Te refieres al padre Zósimo?

-Sí.

-¿Un topetazo?

-Ya veo que me he expresado de un modo irreverente. Pero no importa. ¿Qué significa ese misterio?

-Lo ignoro, Micha .

-Ya sabía yo que no te lo explicaría. La cosa no me sorprende. Estoy acostumbrado a las santas cuchufletas. Pero todo está hecho con premeditación. Ahora las bocas van a tener trabajo en el pueblo, y por toda la provincia correrá la pregunta: «¿Qué significa ese misterio?» A mí me parece que el viejo, con su perspicacia, ha olfateado el crimen. Vuestra casa apesta a eso.

-¿Qué crimen?

Rakitine deseaba dar suelta a su lengua.

-En vuestra familia habrá un crimen: entre tus hermanos y tu acaudalado papá. Ahí tienes per qué el padre Zósimo ha tocado el suelo con la frente. Así, después se dirá: «Eso lo

predijo, lo profetizó el santo ermitaño.» Sin embargo, ¿qué profecía puede haber en darse un golpe en la frente? Otros dirán que es un acto simbólico, alegórico y sabe Dios cuántas cosas más. El caso es que todo esto se divulgará y se recordará. Se dirá que previó el crimen y señaló al criminal. Los « inocentes» obran así: hacen sobre la taberna la señal de la cruz y lapidan el templo. Y así precede también tu *starets*: para el sabio, bastonazos; para el asesino, reverencias.

-Pero ¿qué crimen?, ¿qué asesino? ¿De qué estás hablando?

Aliocha se había quedado clavado en el sitio. Rakitine se detuvo también.

-¡Come si no lo supieras! Apostaría a que ya habías pensado en ello. Oye, Aliocha; tú dices siempre la verdad, aunque siempre estás sentado entre dos sillas. ¿Has pensado en eso? Contesta.

-Sí, he pensado -dijo Aliocha en voz baja.

Esta afirmación impresionó vivamente a Rakitine.

-¿De modo que también tú lo habías pensado ya? -exclamó.

-No, no es que lo haya pensado -murmuró Aliocha-; es que al oírte decir todas esas cosas raras que has dicho, me ha parecido haberlo pensado.

-Óyeme: hoy, viendo a tu padre y a tu hermano Mitia, has pensado en un crimen, ¿verdad?

-Vayamos-por partes -replicó Aliocha, turbado-. ¿Qué es lo que te hace sospechar todo eso? Y, sobre todo, ¿per qué te interesa tanto esta cuestión?

-Dos preguntas muy distintas, pero muy lógicas. Responderé a ellas per separado. ¿Qué es lo que me hace

sospechar todo esto? Yo no habría sospechado nada si hoy no hubiera comprendido, de pronto y enteramente, cómo es tu hermano Dmitri Fiodorovitch en relación con cierta línea. En las personas rectas, pero sensuales, hay una línea que no se debe franquear. Por eso creo a Dmitri capaz de dar una cuchillada incluso a su padre. Y como su padre es un alcohólico y un libertino desenfrenado que jamás ha conocido la medida en nada, uno de los dos no podrá contenerse, y, ¡plaf!, los dos a la fosa.

-Si sólo te fundas en eso, Micha, respíro. Las cosas no irán tan lejos.

-Entonces, ¿por qué tiemblas? Te lo voy a decir. Por recto que sea tu Mitia (pues es tonto, pero recto), es, ante todo, un sensual. En esto se basa su naturaleza. Su padre le ha transmitido su abyecta sensualidad... Oye, Aliocha, hay una cosa que no comprendo: ¿cómo puedes ser virgen? Eres un Karamazov, y en tu familia la sensualidad llega al frenesí... Tres Karamazov sensuales se espían con el cuchillo en el bolsillo. ¿Por qué no has de ser tú el cuarto?

-Te equivocas en lo que concierne a esa mujer -dijo Aliocha, estremeciéndose-. Dmitri la desprecia.

-¿Te refieres a Gruchegnka?. No, querido, tu hermano no ¡la desprecia. Ha abandonado por ella a su prometida; de modo que ` no hay tal desprecio. En todo esto, amigo mío, hay algo que tú no comprendes todavía. Si un hombre queda prendado del cuerpo de una mujer, incluso solamente de una parte de su cuerpo (un voluptuoso me comprendería en el acto), es capaz de entregar por ella a sus propios hijos, de vender a su padre, a su madre y a su patria. Aunque sea honrado, robará; aunque sea bueno, asesinará; aunque sea fiel, traicionará. El cantor de los pies femeninos, Pushkin, los

ha ensalzado en verso. Otros no los cantan, pero no pueden mi- Írarlos con serenidad. ¡Y eso que sólo se trata de los pies...! En estos casos, el desprecio no puede nada. Tu hermano desprecia a Gruchegnka, pero no puede libertarse de ella.

-Comprendo todo eso que dices -declaró Aliocha súbitamente.

-¿De veras? Para haberlo confesado tan rápidamente es preciso que lo comprendas -dijo Rakitine con maligno júbilo-. Es una declaración preciosa, y más aún habiéndola hecho impensadamente. Por lo tanto, la sensualidad es para ti cosa conocida: ¡ya has pensado en ella! ¡Ah, la gatita muerta! Eres un santo, Aliocha, no cabe duda; pero eres también una gata muerta, y sólo el diablo sabe lo que no has pensado todavía y lo que dejas de saber. Eres k virgen, pero conoces el fondo de muchas cosas. Hace tiempo que lo vengo observando. Eres un Karamazov, un Karamazov de pies a cabeza. Por lo tanto, la raza y la selección significan algo. Tu padre te ha legado la sensualidad y tu madre la inocencia. ¿Por qué tiemblas? Eso prueba que tengo razón. ¿Sabes lo que me ha dicho Gruchegnka? «Tráemelo (se refería a ti) y yo le arrancaré el hábito.» Y, ante su insistencia, me he preguntado por qué sentiría tanta curiosidad por ti. Es una mujer extraordinaria, ¿sabes?

-Júrame que le dirás que no iré -dijo Aliocha con una sonrisa forzada-. Acaba de decirme lo que tengas que decir, Micha. En seguida te expondré yo mis ideas.

-La cosa está tan clara que no necesita explicación. Es como una vieja canción, querido. Si tú tienes un temperamento sensual, ¿cómo no ha de tenerlo tu hermano Iván, que es hijo de la misma madre? También él es un

Karamazov, y todos los Karamazov son de naturaleza en extremo sensual y algo dementes. Tu hermano Iván se entretiene ahora escribiendo artículos de teología, con propósitos estúpidos, puesto que es ateo, bajeza que confiesa. Por otra parte, se dedica a conquistar a la novia de su hermano Mitia y, al parecer, está cerca de conseguirlo. ¿Cómo puede ser esto? Puede ser porque tiene el consentimiento del propio Mitia, que le cede la novia con el único fin de deshacerse de ella y poder unirse a Gruchegnka. Y todo esto, obsérvalo, a pesar de su nobleza y de su desinterés. Estos individuos son los más terribles, porque le desorientan a uno. Reconocen su vileza, pero no dejan de conducirse vilmente. En fin, escucha lo que viene ahora. Un viejo se opone a los planes de Mitia, y ese viejo es su propio padre. Pues éste está locamente encaprichado de Gruchegnka: la boca se le hace agua cuando la mira. Ya ves el escándalo que ha armado a causa de ella, sólo porque Miusov ha osado calificarla de criatura depravada. Está más enamorado que un gato. Al principio, Gruchegnka estaba sólo a su servicio en ciertos negocios sucios. Después, tras haberla observado atentamente, se dio cuenta de que le gustaba, y desde entonces no piensa más que en ella y no cesa de hacerle proposiciones, deshonestas, por supuesto. Pues bien, aquí es donde chocan el padre y el hijo. Pero Gruchegnka no se declara en favor ni del uno ni del otro; está vacilante y mantiene a los dos en la inquietud; se pregunta cuál de los dos le conviene más, pues si bien es verdad que al padre le puede sacar mucho dinero, éste no se casará con ella jamás y tal vez llegue un momento en que cierre su bolsa, mientras que ese pobretón de Mitia puede ofrecérsela su mano. Sí, es capaz de eso. Abandonará a Catalina Ivanovna, su

prometida, una belleza incomparable, rica, noble, hija de un coronel, por casarse con Gruchegnka, que hasta hace poco fue la amante de Samsanov, viejo mercader, *mujik* depravado y alcalde de la ciudad. No cabe duda de que todo esto puede provocar un conflicto y un crimen. No espera otra cosa tu hermano Iván. Así matará dos pájaros de un tiro: será dtieño de Catalina Ivanovna, de la que está enamorado, y se embolsará una dote de sesenta mil rublos, cosa nada desdeñable para un pobre farsante como él. Y observa una cosa: obrando así, no solamente no ofenderá a Mitia, sino que éste le quedará agradecido para toda la vida. Sé de buena tinta que la semana pasada, en un restaurante donde estaba borracho en compañía de unos bohemios, Mitia dijo a voces que era indigno de Katineka, su prometida, y que su hermano Iván, en cambio, era digno de ella. Catalina Ivanovna acabará por aceptar a un hombre tan encantador como Iván Fiodorovitch. Ahora vacila entre los dos hermanos. ¿Pero qué veis en ese Iván para quedaros con la boca abierta ante él? Iván Fiodorovitch se rie de vosotros.

-¿De dónde has sacado todo eso? ¿En qué te fundas para hablar con esa seguridad? -preguntó Aliocha, de súbito y frunciendo las cejas.

-¿Y por qué me interrogas temiendo por anticipado mi respuesta? Eso quiere decir que sabes que he dicho la verdad.

-A ti no te es simpático Iván. A Iván no le atrae el dinero.

-¿De veras? ¿Y tampoco la belleza de Catalina Ivanovna? No, no se trata únicamente de dinero, aunque sesenta mil rublos sea una cifra seductora.

-Iván tiene miras más altas. Los miles de rublos no le deslumbran. No busca el dinero ni la tranquilidad: lo que sin duda busca es el sufrimiento.

-¡Otra fantasía! ¡Vivis en el limbo!

-Micha, su alma es impetuosa y su espíritu está cautivo. Hay en él una gran idea de la que todavía no ha encontrado la clave. Es una de esas personas que no necesitan millones, sino la solución de su pensamiento.

-Eso es un plagio, Aliocha: repites las ideas de tu *starets*. Iván os ha planteado un enigma -exclamó con visible animosidad Rakitine, cuyo semblante se alteró mientras sus labios se contraían-. Un enigma estúpido en el que no hay nada que adivinar. Haz un pequeño esfuerzo y lo comprenderás todo. Su artículo es ridículo y necio. Le he oído perfectamente cuando ha desarrollado su absurda teoría. «Si no hay inmortalidad del alma, no hay virtud, lo que quiere decir que todo está permitido.» Recuerda que tu hermano Mitia ha dicho sobre esto que lo tendría presente. Es una teoría seductora para los bribones... No; para los bribones, no. Esta vehemencia me trastorna... Es seductora para esos fanfarrones dotados de «una profundidad de pensamiento insondable». Es un charlatán, y su teoría, una bobada. Por lo demás, aunque no crea en la inmortalidad del alma, la humanidad hallará en si misma el vigor necesario para vivir virtuosamente. Esa fuerza se la proporcionará su amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad.

Rakitine se había entusiasmado y apenas podía contenerse. Pero, de pronto, se detuvo como si se acordara de algo.

-¡Bueno, basta ya! -dijo con una sonrisa forzada-. ¿De qué te ries? ¿Crees que soy tonto?

-No, eso ni siquiera me ha pasado por el pensamiento. Eres inteligente, pero... En fin, dejemos esto. He sonreído tontamente. Comprendo que te acalores, Micha. Tu

vehemencia me ha hecho comprender que Catalina Ivanovna te gusta. Ya hace tiempo que lo sospechaba. Por eso Iván no te es simpático. Tienes celos.

-Llega hasta el final; di que los celos se deben también al dinero de ella.

-No, Micha; no quiero ofenderte.

-Lo creo, porque eres tú quien lo dice. Pero que el diablo os lleve a ti y a tu hermano Iván. Ninguno de los dos comprendéis que, dejando aparte a Catalina Ivanovna, Iván no es nada simpático. ¿Por qué he de quererle, demonio? Él me insulta. ¿No tengo derecho a devolverle la pelota?

-Nunca le he oído hablar ni bien ni mal de ti.

-¿No? Pues me han informado de que anteayer, en casa de Catalina Ivanovna, habló mucho de mí, tanto interesa este amigo tuyo y servidor. Después de esto, querido, no está claro quién está celoso de quién. Dijo que si no me resignaba a la carrera de archimandrita, si no visto el hábito muy pronto, partiré hacia Petersburgo, ingresaré en una gran revista como crítico y, al cabo de diez años, seré propietario del periódico. Entonces le imprimiré una tendencia liberal y atea, a incluso cierto matiz socialista, aunque tomando precauciones, es decir, nadando entre dos aguas y dando el pego a los imbéciles. Y tu hermano siguió diciendo que, a pesar de este tinte de socialismo, yo ingresaría mis beneficios en un Banco, especularía por mediación de un judío cualquiera y, finalmente, me haría construir una casa que me produjese una buena renta, además de servirme para instalar la redacción de mi revista. Incluso señaló el sitio donde se levantaría el inmueble: cerca del puente de piedra que se proyecta construir entre la avenida Litenaiia y el barrio de Wyborg.

-¡Ah, Micha! -exclamó Aliocha, echándose a reír alegremente sin poderlo remediar-. A lo mejor, eso se cumple punto por punto.

-¡También tú te burlas, Alexei Fiodorovitch!

-¡No, no; ha sido simplemente una broma! Perdóname. Estaba pensando en otra cosa. Pero, oye: ¿quién te ha dado todos esos detalles? Porque tú no estabas en casa de Catalina Ivanovna cuando mi hermano habló de ti, ¿verdad?

-No, no estaba. Pero Dmitri Fiodorovitch refirió todo esto en casa de Gruchegnka y yo le oí desde el dormitorio, de donde no podía salir mientras estuviera allí Mitia.

-Comprendido. Ya no me acordaba de que Gruchegnka es parienta tuya.

-¿Parienta mía? ¿Gruchegnka parienta mía? -exclamó Rakitine, enrojando hasta las orejas-. ¿Has perdido el juicio? ¡No sabes lo que dices!

-¿Cómo? ¿No es parienta tuya? Pues lo he oído decir.

-¿Dónde? ¡Ah señores Karamazov! Tenéis humos de alta y vieja nobleza, olvidándoos de que vuestro padre era un simple bufón en mesas ajenas, donde se ganaba un plato de comida. Yo no soy sino el hijo de un pope, nada a vuestro lado; pero no me insultéis con esos aires de alegre desdén. Yo también tengo mi honor, Alexei Fiodorovitch, y me avergonzaría de estar emparentado con una mujer pública.

Rakitine estaba excitadísimo.

-Perdóname, te lo ruego -dijo Aliocha, que se había puesto como la grana-. Jamás habría creído que fuera una mujer... así. Te repito que me dijeron que era pariente tuya. Vas con frecuencia a su casa, y tú mismo me has dicho que no hay nada entre vosotros... No me podía imaginar que la despreciaras tanto. ¿Lo merece verdaderamente?

-Tengo mis razones para ir con frecuencia a su casa: esto es todo lo que te puedo decir. En cuanto al parentesco, es en tu familia en la que podría entrar por medio de tu padre o de tu hermano. En fin, ya hemos llegado. Corre a la cocina... Pero, ¿qué es esto?, ¿qué ha pasado? ¿Es posible que nos hayamos retrasado tanto? No, no pueden haber terminado ya. A menos que los Karamazov hayan hecho alguna de las suyas. Eso debe de ser. Mira: ahí viene tu padre. Y tu hermano Iván le sigue. Han plantado al padre abad. ¿Ves al padre Isidoro en la escalinata gritando a tu padre y a tu hermano? Y tu padre agita los brazos, sin duda vomitando insultos. Mira a Miusov en su calesa, que acaba de arrancar. Y Maximov corre como un desalmado. Ha sido un verdadero escándalo. La comida no ha llegado a celebrarse. ¿Habrán sido capaces de pegarle al padre abad? ¿Los habrán vapuleado a ellos? Lo tendrían bien merecido.

Rakitine había acertado. Acababa de producirse un escándalo inaudito.

CAPITULO VIII

UN ESCÁNDALO

Cuando Miusov a Iván Fiodorovitch llegaron a las habitaciones del padre abad, Piotr Alejandrovitch, que era un hombre bien educado, estaba avergonzado de su reciente arrebató de cólera. Comprendía que, en vez de exasperarse, debió apreciar en su justo valor al deleznable Fiodor Pavlovitch y conservar enteramente su sangre fría.

«Nada se les puede reprochar a los monjes -se dijo de pronto; mientras subía la escalinata que conducía al departamento del padre abad-. Puesto que hay aquí personas distinguidas (el padre Nicolás y el abad pertenecen, según

tengo entendido, a la nobleza), ¿por qué no me he de mostrar amable con ellos? No discutiré, incluso les llevaré la corriente, y me atraeré su simpatía. Así les demostraré que yo no tengo nada que ver con ese Esopo, ese bufón, ese saltimbanqui, y que he sido engañado como ellos.»

Decidió cederles definitiva e inmediatamente los derechos de tala y pesca, cosa que haría de mejor grado aún al tratarse de una bagatela.

Estas buenas intenciones se afirmaron en el momento en que los invitados entraban en el comedor del padre abad. Todo el departamento consistía en sólo dos piezas, pero éstas eran más espaciosas y cómodas que las del *starets*. En ellas no imperaba el lujo, ni mucho menos. Los muebles eran de caoba y estaban tapizados de cuero, según la antigua moda del año 1820; el suelo no estaba ni siquiera pintado. En compensación, todo resplandecía de limpieza y en las ventanas abundaban las flores de precio. Pero el principal detalle de elegancia consistía en aquel momento en la mesa, presentada incluso con cierta suntuosidad. El mantel era immaculado, la vajilla estaba resplandeciente, en la mesa se veían tres clases de pan, todas perfectamente cocidas, dos botellas de vino, dos jarros de excelente aguamiel del monasterio y una gran garrafa llena de un *kvass* famoso en toda la comarca. No había vodka. Rakitine refirió después que la minuta constaba de cinco platos: una sopa con trozos de pescado, un pescado en una salsa especial y deliciosa, un plato de esturión, helados y compota, y, finalmente, *kissel*.

Incapaz de contenerse, Rakitine había olfateado todo esto y echado una mirada a la cocina del padre abad, donde tenía amigos. Los tenía en todas partes: así se enteraba de todo lo que quería saber. Era un alma atormentada y envidiosa. Tenía

pleno conocimiento de sus dotes indiscutibles y, llevado de su presunción, las exageraba. Sabía que estaba destinado a desempeñar un papel importante. Pero Aliocha, que sentía por él verdadero afecto, se afligía al ver que no tenía conciencia y que el desgraciado no se daba cuenta de ello. Sabía que no se apoderaría jamás de un dinero que tuviera a su alcance, y esto bastaba para que se considerase perfectamente honrado. Respecto a este punto, ni Aliocha ni nadie habría podido abrirle los ojos.

Rakitine era poco importante para participar en la comida. En cambio, el padre José y el padre Paisius habían sido invitados, además de otro religioso. Los tres esperaban ya en el comedor para recibir a sus invitados. Era un viejo alto y delgado, todavía vigoroso, de cabello negro que empezaba a cobrar un tono gris, y rostro alargado, enjuto y grave. Saludó a sus huéspedes en silencio, y ellos se inclinaron, solicitando su bendición. Miusov intentó incluso besarle la mano, pero el padre abad, advirtiéndolo, la retiró. Iván Fiodorovitch y Kalganov llegaron al fin del saludo, besándole la mano ruidosamente, al estilo de la gente del pueblo.

-Todos tenemos que presentarle nuestras excusas, reverendo padre -dijo Piotr Alexandrovitch con una fina sonrisa, pero en tono grave y respetuoso-, ya que llegamos solos, es decir, sin nuestro compañero Fiodor Pavlovitch, a quien usted había invitado. Ha tenido que renunciar a venir con nosotros, y no sin motivo. En la celda del padre Zósimo acalorado por su desdichada querrela con su hijo, ha pronunciado algunas palabras totalmente fuera de lugar, en extremo inconvenientes..., de lo cual debe de tener ya conocimiento su reverencia -añadió mirando de reojo a los monjes-. Fiodor Pavlovitch, consciente de su falta y

lamentándola sinceramente, se siente profundamente avergonzado y nos ha rogado, a su hijo Iván y a mí, que le expresemos su pesar, su contrición y su arrepentimiento... Espera repararlo todo inmediatamente. Por el momento, implora la bendición de su reverencia y le ruega que olvide lo sucedido.

Al llegar al final de su discurso, Miusov se sintió tan satisfecho de sí mismo, que incluso se olvidó de su reciente irritación. Experimentó de nuevo un sincero y profundo amor por la humanidad.

El padre abad, que le había escuchado atentamente, inclinó la cabeza y repuso:

-Lamento vivamente su ausencia. Si hubiera participado en esta comida, acaso nos habría tomado afecto, y nosotros a él. Señores, tengan la bondad de ocupar sus puestos.

Se situó ante la imagen y empezó a orar. Todos se inclinaron respetuosamente y Maximov incluso se colocó delante de los demás y enlazó las manos con un gesto de profunda devoción.

Fue entonces cuando Fiodor Pavlovitch completó su obra. Hay que advertir que su propósito de marcharse había sido sincero; que, tras su vergonzosa conducta en las habitaciones del *starets*, había comprendido que no debía ir a comer con el padre abad como si nada hubiera pasado. No se sentía avergonzado, no se hacía amargos reproches, sino todo lo contrario; pero consideraba que asistir a la comida era una inconveniencia.

Sin embargo, apenas su calesa de muelles chirriantes avanzó hasta el pie de la escalinata de la hospedería, y cuando ya iba a subir al coche, se detuvo. Se acordó de las palabras que había dicho al *starets*. «Cuando voy a ver a

otras personas, siempre me parece que soy el más vil de todos, y que todos me miran como a un payaso. Entonces yo decido hacer de veras el payaso, por considerar que todos, desde el primero hasta el último, son más estúpidos y más viles que yo.»

Fiodor Pavlovitch quería vengarse de todo el mundo por sus propias villanías. Se acordó de pronto de que un día alguien le preguntó: «¿Por qué detesta usted tanto a ese hombre?» A lo que él había contestado en un arranque de procacidad bufonesca: « No me ha hecho nada, pero yo le hice a él una mala pasada y desde entonces empecé a detestarlo.» Este recuerdo le arrancó una risita silenciosa y maligna. Con los ojos centelleantes y los labios temblorosos, tuvo unos instantes de vacilación. Luego, de pronto, se dijo resueltamente: «No podría rehabilitarme. Me mofaré de ellos hasta el cinismo.»

Ordenó al cochero que esperase y volvió a grandes pasos al monasterio. Iba derecho a las habitaciones del padre abad. Ignoraba aún lo que haría, pero sabía que no era dueño de sí mismo, que al menor impulso cometería cualquier acto indigno, incluso algún delito del que habría de responder ante los tribunales. Hasta entonces, jamás había pasado de ciertos límites, lo que no dejaba de sorprenderle.

Apareció en el comedor en el momento en que, terminada la oración, todos iban a sentarse a la mesa. Se detuvo en el umbral, observó a la concurrencia, mirándolos a todos fijamente a la cara, y estalló en una risa larga y desvêrgonzada.

-¿Se creían que me había marchado? Pues aquí me tienen -exclamó con voz sonora.

Todos los presentes le miraron en silencio, y, de súbito, todos comprendieron que inevitablemente se iba a producir un escándalo. Piotr Alexandrovitch pasó repentinamente de la calma a la contrariedad. Su cólera volvió a inflamarse:

-¡No lo puedo soportar! -gruñó-. No puedo, no puedo de ningún modo.

La sangre le afluyó a la cabeza, y notó que se embarullaba, pero el momento no era para pensar en la dialéctica. Cogió el sombrero.

-¿Qué es lo que no puede soportar? -exclamó Fiodor Pavlovitch-. ¿Puedo entrar, reverendo padre? ¿Me admite usted como invitado?

-Le ruego de todo corazón que pase -respondió el padre abad, y añadió dirigiéndose a todos-: Señores, les suplico que olviden sus querellas y se reúnan con amor fraternal, implorando a Dios, en torno de esta mesa.

-¡No, no! Eso es imposible -exclamó Piotr Alexandrovitch fuera de sí.

-Lo que es imposible para Piotr Alexandrovitch, lo es también para mí. No me quedaré. He venido por estar con él. No me separaré de usted ni un paso, Piotr Alexandrovitch: si usted se va, me voy yo; si usted se queda, me quedo. Usted, padre abad, le ha herido al hablar de fraternidad: le mortifica ser mi pariente... ¿No es verdad, Von Shon? Miren: ahí tienen a Von Shon. ¡Buenas tardes, Von Shon!

-¿Me dice usted a mí? -preguntó Maximov, estupefacto.

-Sí, a ti. Reverendo padre, ¿sabe usted quién es Von Shon? El héroe de una causa célebre. Lo mataron en un lupanar, como creo que llaman ustedes a esos lugares, y, una vez muerto, lo desvalijaron. Después, a pesar de su respetable edad, lo metieron en un cajón y lo enviaron de

Petersburgo a Moscú en un furgón de equipajes con una etiqueta. Y mientras lo embalaban, las rameras cantaban y tocaban el timpano, es decir, el piano. Pues bien, ese hombre que ven ustedes ahí es Von Shon resucitado. ¿Verdad, Von Shon?

-¿Qué dice este hombre? -exclamaron varias voces entre los religiosos.

-Vámonos -dijo Piotr Alejandrovitch a Kalganov.

-¡No, esperen! -gritó Fiodor Pavlovitch, dando un paso hacia el interior-. Déjenme terminar. En la celda del *starets* me han acusado ustedes de haberme conducido irrespetuosamente, y todo porque he hablado de gobios. A Piotr Alejandrovitch Miusov, mi pariente, le gusta que en las peroraciones haya *plus de noblesse que de sincérité*; a mi, por el contrario, me gusta que en mis discursos haya *plus de sincérité que de noblesse*, ¡y que se fastidie! ¿No es verdad, Von Shon? Escúcheme, padre abad: aunque yo sea un bufón y me mantenga en mi papel, soy un caballero de honor y tengo que explicarme. Sí, yo soy un caballero de honor, mientras que en Piotr Alejandrovitch no hay más que amor propio ofendido. He venido aquí para ver lo que pasa y exponerle mi modo de pensar. Mi hijo Alexei hace el noviciado en este monasterio. Soy su padre y mi obligación es preocuparme por su porvenir. Mientras yo actuaba como en un teatro, lo escuchaba todo, lo miraba todo con disimulo, y ahora quiero ofrecerle el último acto de la comedia. Generalmente, aquí, el que cae se queda tendido para siempre. Pero yo quiero levantarme. Padres, estoy indignado del modo de obrar de ustedes. La confesión es un gran sacramento que merece mi veneración y ante el cual estoy presto a prosternarme. Pues bien, allá abajo, en la ermita,

todo el mundo se arrodilla y se confiesa en voz alta. ¿Está permitido confesarse en voz alta? En los tiempos más antiguos, los santos padres instituyeron la confesión secreta. Porque, por ejemplo, ¿puedo yo explicar ante todo el mundo que yo hago esto y lo otro y..., me comprende usted? A veces es una indecencia revelar ciertas cosas. ¡Esto es un escándalo! Permaneciendo entre ustedes, uno puede ser arrastrado a la secta de los Kblysty . En cuanto tenga ocasión, escribiré al Sínodo. Entre tanto, retiro a mi hijo de este monasterio.

Como se ve, Fiodor Pavlovitch había oído campanas y no sabía dónde. Según ciertos rumores malignos llegados no hacia mucho a oídos de las autoridades eclesiásticas, en los monasterios donde subsistía la institución de los *startsy* se testimoniaba a éstos un respeto exagerado, en perjuicio de la dignidad del abad. Además, los *startsy* abusaban del sacramento de la confesión, etcétera, etcétera. Estas acusaciones infundadas no tuvieron éxito alguno en ninguna parte. Pero el demonio que Fiodor Pavlovitch llevaba dentro y que le empujaba cada vez más hacia un abismo de vergüenza le había inspirado esta acusación, de la que él, por cierto, no comprendía una palabra. Ni siquiera había acertado a hacerla oportunamente, ya que esta vez nadie se había arrodillado ni confesado en voz alta en la celda del *starets*. Por lo tanto, Fiodor Pavlovitch no había podido ver nada de lo que acababa de decir y se había limitado a repetir viejos comadreo que sólo recordaba a medias. Apenas terminó de exponer estas necedades, Fiodor Pavlovitch se dio cuenta de lo absurdo de sus palabras y experimentó en seguida el deseo de demostrar a su auditorio, y sobre todo a si mismo, que no había en ellas nada de absurdo. Y aunque sabía perfectamente que todo lo

que dijera no haría sino agravar las cosas, no se pudo contener y resbaló como por una pendiente.

-¡Qué villanía! -exclamó Piotr Alejandrovitch.

-Un momento -dijo de súbito el padre abad-. Antiguamente se dijo: «Se empieza a hablar demasiado de mi, a incluso a hablar mal. Después de haberlo escuchado todo, me he dicho: esto es un remedio que me envía Jesús para curar mi alma vanidosa.» Así, le damos humildemente las gracias, querido huésped.

Y se inclinó profundamente ante Fiodor Pavlovitch.

-¡Bah, bah! Todo eso son gazmoñerías, viejas frases y viejos gestos, viejas mentiras y puros formulismos como el del saludo hasta el suelo. Ya sabemos lo que son esos saludos. «Un beso en los labios y una puñalada al corazón», como en *Los bandidos de Schiller*. No me gusta la falsedad, padres míos; lo que quiero son verdades. Pero la verdad no está en los gobios, como ya he proclamado. ¿Por qué ayunan ustedes? ¿Por qué esperan una recompensa en el cielo? Por obtener esa recompensa, también ayunaría yo. No, santos monjes: sed virtuosos en la vida; servid a la sociedad sin encerraros en un monasterio, donde todo lo tenéis pagado, y sin esperar recompensa alguna. Esto sería más meritorio. Como ve usted, padre abad, yo sé también hacer frases... ¿Qué veo aquí? -añadió acercándose a la mesa-. Viejo oporto comprado en Fartori y otro exquisito vino procedente de los Hermanos Ielisseiev . ¡Caramba, caramba, reverendos padres! Esto no se parece en nada a los gobios. ¡Y esas otras botellas! ¡Je, je! ¿Quién os ha dado todo esto? El campesino ruso, el trabajador que os trae sus ofrendas con sus manos callosas, quitándoselas a su familia y a las necesidades del Estado. Ustedes explotan al pueblo, reverendos padres.

-¡Eso es una falsedad indigna! -dijo el padre José.

El padre Paisius guardaba un obstinado silencio. Miusov salió del comedor precipitadamente, seguido de Kalganov.

-Bueno, mis reverendos padres; me voy en pos de Piotr Alejandrovitch. No volveré nunca, aunque me lo pidan ustedes de rodillas. ¡Nunca, jamás! Les envié mil rublos, y hay que ver cómo abrirían ustedes los ojos. ¡Je, je! Pero a este donativo no añadiré absolutamente nada. Quiero vengarme de las humillaciones que recibí de ustedes en mi juventud.

Dio un puñetazo en la mesa con fingida indignación y continuó:

-Este monasterio ha desempeñado un gran papel en mi vida. ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas he derramado por culpa de él! Ustedes consiguieron que se volviera contra mí mi esposa, la endemoniada. Me cubrieron de maldiciones y me desacreditaron ante el vecindario. ¡Basta ya, reverendos padres! Vivimos en la época del ferrocarril y de los buques de vapor. No recibirán nada más de mi: ni mil rublos, ni cien, ni siquiera uno.

Observemos que el monasterio no había hecho nunca nada contra él y que Fiodor Pavlovitch no había tenido que derramar amargas lágrimas por culpa del convento. Sin embargo, Fiodor Pavlovitch se había indignado de tal modo ante estas supuestas lágrimas, que casi llegó a convencerse de que las había derramado. Incluso estuvo a punto de echarse a llorar. Pero comprendió que había llegado el momento de retirarse.

Por toda respuesta a su odiosa mentira, el padre abad inclinó la cabeza y dijo gravemente:

-También está escrito que hay que soportar pacientemente la calumnia y, sin dejarse turbar por ella, no detestar al calumniador. Así obraremos nosotros.

-¡Bonito galimatías! Ahí se quedan, padres míos: yo me voy. Me llevaré para siempre a mi hijo Alexei, haciendo use de mi autoridad paterna. Iván Fiodorovitch, mi amabilísimo hijo, permíteme que te ordene que me sigas. Von Shon, ¿para qué te has de quedar en esta casa? Ven a la mía, que sólo está a una versta de aquí. No lo pasarás mal. En vez de aceite de lino, te daré un cochinito relleno de alforfón, coñac y otros licores, a incluso habrá allí una bonita muchacha. Vamos, Von Shon; no desprecies tanta felicidad.

Y salió lanzando gritos y agitando los brazos. En este momento fue cuando lo vio Rakitine y se lo señaló a Aliocha.

-¡Alexei -gritó a éste su padre desde lejos-, desde hoy vivirás en mi casa! ¡Coge tu almohada y tu colchón! ¡Que no quede nada tuyo aquí!

Aliocha se detuvo, petrificado, mirando a su padre atentamente y sin decir palabra.

Fiodor Pavlovitch subió a la calesa seguido de Iván Fiodorovitch, que, silencioso y sombrío, ni siquiera se volvió para saludar a su hermano.

Para que nada le faltase, se produjo una escena cómica y sorprendente. Maximov llegó corriendo y jadeante. En su impaciencia, puso un pie en el estribo, donde estaba todavía el de Iván Fiodorovitch, y, aferrándose al coche, trató de subir.

-¡Yo también voy! -exclamó con alegre risa y gesto beatífico-. Llévenme.

-¿Ves? -dijo Fiodor Pavlovitch, encantado-. ¿No decía yo que es Von Shon resucitado? ¿Cómo te las has arreglado para salir de allí? ¿Qué te propones? ¿Cómo es posible que

hayas renunciado a la comida? Para proceder así hace falta tener una cara de bronce. Yo la tengo, pero me asombra que la tengas también tú, amigo mío. Sube, sube. Déjalo subir, Iván: nos divertiremos. Se sentará a nuestros pies, ¿no es verdad, Von Shon? ¿O prefieres instalarte en el pescante, junto al cochero? Sube al pescante, Von Shon.

Pero Iván Fiodorovitch, que se había sentado ya sin decir palabra, lo rechazó, dándole un fuerte golpe en el pecho que le hizo retroceder un par de metros. Maximov no llegó a caer por verdadero milagro.

-¡En marcha! -gritó Iván ásperamente al cochero.

-¿Pero por qué le tratas así? -censuró Fiodor Pavlovitch.

La calesa había partido ya. Iván no contestó.

-No te comprendo -dijo Fiodor Pavlovitch tras un largo silencio y mirando de reojo a su hijo-. Fue idea tuya hacer esta visita al monasterio; tú la provocaste y te parecía muy bien. ¿Por qué te enfurruñas ahora?

-¡Basta de insensateces! -replicó rudamente Iván-. Descansa un poco.

Fiodor Pavlovitch volvió a estar callado unos minutos. Al fin dijo con acento sentencioso:

-Un vasito de coñac me hará bien.

Iván no contestó.

-También tú tomarás una copa en cuanto lleguemos, ¿verdad?

Iván no dijo palabra.

Fiodor Pavlovitch volvió a esperar un par de minutos.

-Por mucho que te contraríe, amabilísimo Karl von Moor, reTiré a Aliocha del monasterio.

Iván se encogió de hombros desdeñosamente, volvió la cabeza y Se absorbió en la contemplación del camino.

No volvieron a pronunciar palabra hasta que llegaron.

LIBRO III

LOS SENSUALES

CAPITULO PRIMERO

EN LA ANTECÁMARA

Fiodor Pavlovitch vivía bastante lejos del centro de la población, en una casa un tanto vieja pero todavía sólida. El edificio estaba pintado de gris y cubierto con un tejado metálico de color'rojo. Era espacioso y cómodo. Tenía planta baja, entresuelo y numerosas escalerillas y rincones ocultos. Las ratas pululaban en él, pero Fiodor Pavlovitch no sentía ninguna aversión hacia ellas.

-Gracias a las ratas -decía-, las noches no son tan tediosas cuando uno está solo.

Y es que tenía la costumbre de enviar a los domésticos a dormir en el pabellón, quedándose él encerrado en la casa. Este pabellón estaba en el patio y era vasto y sólido. Fiodor Pavlovitch había hecho instalar la cocina en él: no le gustaba el olor a guisos. Así, tanto en verano como en invierno, había que transportar los platos de comida a través del patio.

Era una casa construida para una gran familia. Habría podido albergar un número de dueños y servidores cinco veces superior al que a la sazón la habitaba. En la época de nuestro relato, el cuerpo del edificio principal estaba ocupado exclusivamente por Fiodor Pavlovitch y su hijo Iván, y el pabellón, por tres domésticos: el viejo Grigori, su mujer -Marta- y un criado joven: Smerdiakov. Hemos de hablar con cierto detenimiento de estos tres personajes.

Ya conocemos a Grigori Vasilievitch Kutuzov. Era un hombre de firmeza inflexible, que marchaba hacia su fin con obstinada rectitud, con tal que ese fin le pareciera, aunque fuese por razones completamente ilógicas, un deber ineludible. Era un hombre incorruptible, en una palabra.

Su mujer, aunque había vivido siempre ciegamente sometida a su voluntad, le atormentaba, desde la abolición de la esclavitud, con el empeño de dejar a Fiodor Pavlovitch a irse a Moscú para abrir una modesta tienda, pues tenían sus ahorros. Grigori consideró con una resolución definitiva que su mujer estaba equivocada y que todas las mujeres pecaban entonces de deslealtad. No debían dejar a su amo de ningún modo, porque éste era su deber.

-¿Sabes lo que es el deber? -preguntó a Marta Ignatievna.

-Lo sé, Grigori Vasilievitch. Lo que no comprendo es por qué tenemos el deber de permanecer aquí -repuso firmemente Marta Ignatievna.

-Lo comprendas o no, aquí nos quedaremos. Por lo tanto, que no se hable más del asunto.

Y no se habló. Se quedaron, y Fiodor Pavlovitch les asignó un módico salario que les pagaba puntualmente.

Grigori sabía que ejercía sobre su dueño una influencia incontestable. Fiodor Pavlovitch era un payaso astuto y obstinado, de carácter de hierro para algunas cosas, como él mismo decía, pero pusilánime en otras, lo cual le producía verdadero asombro. En ciertos casos necesitaba un freno y, por lo tanto, un hombre de confianza a su lado. Pues bien, Grigori era de una fidelidad incorruptible. En más de una ocasión, Fiodor Pavlovitch había estado a punto de ser vapuleado, a incluso cruelmente. Y siempre había sido Grigori el que le había sacado del apuro, sin que nunca dejara de

hacerle una serie de advertencias. Pero no eran los golpes lo que inquietaba a Fiodor Pavlovitch. Había otras cosas más graves, más delicadas, más complicadas, que, sin que él supiera la razón, le hacían desear tener una persona de confianza a su lado. Eran situaciones casi patológicas. Profundamente corrompido y lujurioso hasta la crueldad como un insecto pernicioso, Fiodor Pavlovitch, en los momentos de embriaguez, experimentaba una angustia atroz. «Entonces me parece que el alma me palpita en la garganta», decía a veces. En esos trances deseaba tener a su lado, o cerca de él, un hombre leal, enérgico, puro, que, aunque conociera su mala conducta y todos sus secretos, lo tolerase por devoción, sin hacerle reproches ni amenazarle con ningún castigo, en este mundo ni en el otro, y que le defendiese si era necesario. ¿Contra quién? Contra un ente desconocido pero temible. Necesitaba a toda costa tener cerca otro hombre, fiel desde hacía largo tiempo, al que poder llamar en aquellos momentos de angustia, aunque sólo fuera para contemplar su rostro o cambiar con él algunas palabras, por insignificantes que fueran. Si le veía de buen humor, se sentía aliviado; en el caso contrario, su tristeza aumentaba. A veces, aunque muy pocas, Fiodor Pavlovitch iba por las noches a despertar a Grigori para que fuera a sus habitaciones a hacerle compañía unos momentos. Cuando el criado llegaba, Fiodor Pavlovitch le hablaba de cosas sin importancia y luego, entre risas y bromas, lo despedía. Entonces él se metía en la cama y se quedaba dormido con el sueño de los justos.

Algo parecido ocurrió a la llegada de Aliocha. El joven lo veía todo y no censuraba nada. Es más, lejos de demostrar a su padre el menor desprecio, lo trataba con una afabilidad invariable y le daba continuas pruebas de sincero afecto. Esto

pareció inaudito al viejo depravado y le traspasó el corazón. Al marcharse Aliocha al monasterio, Fiodor Pavlovitch hubo de confesarse que había comprendido algo que hasta entonces no había querido comprender.

Ya he dicho al principio de mi relato que Grigori había tomado ojeriza a Adelaida Ivanovna, la primera mujer de Fiodor Pavlovitch y madre del primer hijo de éste, Dmitri, y que, en cambio, había defendido a la segunda esposa, la endemoniada, Sofía Ivanovna, incluso frente a su dueño, y desde luego frente a cualquiera que osara pronunciar contra ella una sola palabra desconsiderada o malévola. Su simpatía por esta infeliz había llegado a ser algo sagrado, tanto, que veinte años después no habría tolerado la menor alusión irónica a esta cuestión.

Grigori era un hombre grave, frío y poco hablador, que sólo pronunciaba las palabras precisas y no se apartaba jamás del tono austero. A primera vista, uno no podía ver si quería o no a su esposa, aunque lo cierto era que amaba sinceramente a aquella bondadosa criatura y que ella lo sabía muy bien.

Marta Ignatievna era tal vez más inteligente que su marido, por lo menos más juiciosa en las cuestiones de la vida. Sin embargo, se sometía a él ciegamente y lo respetaba sin reservas por su elevación moral. Hay que advertir que los esposos sólo cambiaban las palabras indispensables. El grave y majestuoso Grigori resolvía siempre solo sus asuntos y sus preocupaciones, y Marta Ignatievna había comprendido que sus consejos lo importunarían. Marta Ignatievna notaba que su marido le agradecía su silencio y que veía en él una prueba de agudeza.

Grigori no le había pegado a su esposa más que una vez y sin ninguna dureza. Durante el primer año de matrimonio de

Adelaida Ivanovna y Fiodor Pavlovitch, cuando estaban en el campo, las muchachas y las mujeres del lugar, que entonces eran todavía siervas, se reunieron en el patio de la casa de sus dueños para bailar y cantar. Se entonó la canción «En esos prados, en esos bellos prados verdes...», y, de súbito, Marta Ignatievna, que entonces era joven, se colocó delante del coro y ejecutó la danza rusa; pero no como se bailaba allí, al estilo rústico, sino como la ejecutaba ella cuando servía en casa de los acaudalados Miusov, en el teatro de la finca, donde un maestro de baile procedente de Moscú enseñaba a los que tenían que aparecer en el escenario. Grigori lo había visto todo, y una hora después, de regreso en el pabellón, la sacudió un poco, cogiéndola por el pelo. A esto se redujo todo, y nunca más volvió a pegarle. Por su parte, Marta Ignatievna se prometió no volver a danzar en su vida.

Dios no les había dado hijos. Es decir, les dio uno que murió a edad temprana. Grigori adoraba a los niños y no se avergonzaba de demostrarlo. Cuando Adelaida Ivanovna huyó, Grigori recogió a Dmitri, que entonces tenía tres años, y durante un año lo cuidó como una madre, encargándose incluso de lavarlo y de peinarlo. Años después tomó a su cuidado a Iván y a Alexei, lo que le valió un bofetón, como he referido ya. Su propio hijo sólo le proporcionó la alegría de la espera durante el embarazo de Marta Ignatievna. Apenas vio al recién nacido, se sintió apenado y horrorizado, pues la criatura tenía seis dedos. Grigori guardó silencio hasta el día del bautizo. Para no decir nada, se fue al jardín, donde estuvo tres días cavando. Cuando llegó el momento del bautizo, algo había pasado por su imaginación. Entró en el pabellón donde se habían reunido el sacerdote, los invitados y Fiodor Pavlovitch, que era el padrino, y manifestó que en modo

alguno debía bautizarse al niño. Lo dijo en voz baja, lentamente y mirando al sacerdote con expresión estúpida.

-¿Por qué? -preguntó el religioso, entre asombrado y divertido.

-Porque... es un dragón -balbuceó Grigori.

-¿Cómo un dragón?

Grigori estuvo unos momentos callado.

-La naturaleza ha sufrido una confusión -murmuró vagamente pero con acento firme, para demostrar que no quería extenderse en explicaciones.

Hubo risas y, naturalmente, el niño fue bautizado. Grigori oró con fervor junto a la pila bautismal, pero mantuvo su opinión acerca del recién nacido. Aunque no se opuso a nada, durante las dos semanas que vivió la enfermiza criatura, él apenas la miró: afectaba no verla y estaba siempre fuera de la casa. Pero cuando el niño murió a consecuencia de un afta, él mismo lo colocó en el ataúd y lo contempló con profunda angustia. Luego, cuando la fosa volvió a quedar llena de tierra, se arrodilló y se inclinó hasta el suelo. Jamás volvió a hablar del difunto, y Marta Ignatievna sólo lo nombraba cuando su marido estaba ausente.

La mujer observó que, tras la muerte del niño, Grigori se interesaba por las cosas divinas. Leía *Las argucias* con frecuencia, solo y en silencio, después de ponerse sus grandes gafas de plata. Raras veces, en la Cuaresma a lo sumo, leía en voz alta. Tenía predilección por el libro de Job. Se procuró una recopilación de las homilías y los sermones del santo padre Isaac el Sirio y los leyó obstinadamente durante varios años. No logró comprenderlos, pero seguramente por esta razón los admiraba más. Últimamente prestó oído a la doctrina de los Kblysty y se informó a fondo

sobre ella preguntando al vecindario. Le impresionó profundamente, pero no se decidió a adoptar la nueva fe. Como es natural, todas estas lecturas piadosas aumentaban la gravedad de su fisonomía.

Tal vez era un hombre inclinado al misticismo. Como hecho expresamente, la llegada al mundo y la muerte de su hijo de seis dedos coincidieron con otro hecho sobremanera insólito a inesperado que dejó en él «un recuerdo imborrable», según su propia expresión. La noche que siguió al entierro del niño, Marta Ignatievna se despertó y creyó oír el llanto de un recién nacido. Tuvo miedo y despertó a su marido. Grigori prestó atención y dijo que más bien parecían «gemidos de mujer». Se levantó y se vistió. Era una tibia noche de mayo. Salió al pórtico y advirtió que los gémidos llegaban del jardín. Pero por la noche el jardín estaba cerrado con llave por el lado del patio y sólo se podía entrar en él por allí, ya que estaba rodeado por una alta y sólida empalizada. Grigori volvió a la casa, encendió una linterna, cogió la llave y, sin hacer caso del terror histérico de su mujer, seguro de que su hijo le llamaba, pasó en silencio al jardín. Una vez allí se dio cuenta de que los lamentos partían del invernadero que había no lejos de la entrada. Abrió la puerta y quedó atónito ante el espectáculo que se ofrecía a su vista: una idiota del pueblo que vagaba por las calles y a la que todo el mundo conocía por el sobrenombre de Isabel Smerdiachtchaia acababa de dar a luz en el invernadero y se moría al lado de su hijo. La mujer no dijo nada, por la sencilla razón de que no sabía hablar... Pero todo esto requiere una explicación.

CAPÍTULO II

ISABEL SMERDIACHTCHAIA

Había en todo esto algo especial que impresionó profundamente a Grigori y acabó de confirmarle una sospecha repugnante que había concebido. Isabel era una muchacha bajita, de apenas un metro cuarenta de talla, como recordaban enternecidas, después de su muerte, las viejas de buen corazón de la localidad. Su rostro de veinte años, ancho, rojo y sano, tenía la expresión de la idiotez y una mirada fija y desagradable, aunque plácida. Tanto en verano como en invierno, iba siempre descalza y sólo llevaba sobre su cuerpo una camisa de cáñamo. Sus cabellos, extraordinariamente espesos y rizados como la lana de las ovejas, daban sobre su cabeza la impresión de un gorro. Generalmente estaban llenos de tierra y mezclados con hojas, ramitas y virutas, pues Isabel dormía siempre en el suelo, y a veces sobre el barro. Su padre, Iliá, hombre sin domicilio, viejo, pobre y dominado por la bebida, trabajaba como peón desde hacía mucho tiempo en la propiedad de unos burgueses . de la población. Su madre había muerto hacia ya muchos años, Siempre enfermo y amargado, Iliá vapuleaba sin piedad a su hija cada vez que aparecía en la casa. Pero Isabel iba pocas veces, ya que en cualquier hogar de la población la socorrían al ver que era una enferma mental que no tenía más ayuda que la de Dios.

Los amos de Iliá y otras muchas personas caritativas, comerciantes especialmente, habían intentado repetidas veces vestir a Isabel con decencia. Un invierno, incluso le pusieron una pelliza y unas botas. Ella se dejaba vestir dócilmente, pero después, en cualquier parte, con preferencia en el porche de la iglesia, se quitaba lo que le habían regalado -fuera un chal, una falda, una pelliza, un par de botas-, lo

dejaba allí mismo y se iba, descalza y sin más ropa que la camisa, como siempre había ido.

Un nuevo gobernador, al inspeccionar nuestra localidad, quedó desagradablemente impresionado al ver a Isabel y, aunque se dio cuenta de que era una criatura inocente -y además así se le dijo-, declaró que una joven que iba por la calle en camisa era un atentado contra la decencia y que había que poner fin a aquello. Pero el gobernador se fue a Isabel siguió viviendo como vivía.

Murió su padre, y entonces, al quedar huérfana, todas las personas piadosas de la ciudad redoblaron sus atenciones hacia ella. Incluso los chiquillos, ralea sumamente agresiva en nuestro país, sobre todo si son escolares, no la zaherían ni maltrataban. Entraba en casas que no la conocían y nadie la echaba: por el contrario, todos la recibían amablemente y le daban medio copec. Ella se llevaba estas monedas y, sin pérdida de tiempo, las echaba en algún cepillo, en la iglesia o en la cárcel. Si le daban en el mercado un panecillo, lo regalaba al primer niño que vela o detenía a cualquier gran señora para ofrecérselo. Y la dama lo aceptaba con sincera alegría. Yo se alimentaba más que de pan y agua. Si entraba en una tienda importante donde había dinero y mercancías de valor, los dueños nunca desconfiaban de ella: sabían que no cogería un solo copec aunque tuviera miles de rublos al alcance de su mano.

Iba pocas veces a la iglesia. Dormía en los pórticos o en un huerto cualquiera, después de haber franqueado la valla, pues en nuestro país hay todavía muchas vallas que hacen las veces de muros. Una vez a la semana en verano, y todos los días en invierno iba a la casa de los amos de su difunto padre, pero sólo por la noche, que pasaba en el vestíbulo o en

el establo. La gente se asombraba de que pudiera soportar semejante vida, pero se había acostumbrado. Pese a su escasa talla, poseía una constitución excepcionalmente robusta. Algunos decían que obraba así por orgullo, pero esta afirmación era insostenible. No sabía hablar; a lo sumo podía mover la lengua y emitir algún sonido. ¿Cómo podía tener orgullo una persona así?

Una noche de septiembre clara y cálida, en que la luna brillaba en el cielo, a una hora avanzada, un grupo de cinco o seis alegres trasnochadores embriagados regresaban del club a sus casas por el camino más corto. La callejuela que seguían estaba bordeada a ambos lados por una valla tras la cual se extendían las huertas de las casas ribereñas. Desembocaba en un pontón tendido sobre una de esas balsas alargadas e infectas a las que en nuestro país se da el nombre de ríos. Allí durmiendo entre las ortigas, estaba Isabel. Los trasnochadores la vieron, se detuvieron cerca de ella y empezaron a reír y bromear con el mayor cinismo. Un muchacho que figuraba en el grupo hizo esta singular pregunta:

-¿Se puede considerar como mujer a semejante monstruo?

Todos contestaron negativamente con un gesto de sincera aprensión. Pero Fiodor Pavlovitch, que formaba parte de la pandilla, manifestó que se podía ver en ella una mujer perfectamente, y que incluso tenía el excitante atractivo de la novedad y otras cosas parecidas. En aquella época, Fiodor Pavlovitch se complacía en desempeñar su papel de bufón y le gustaba divertir a los ricos como un verdadero payaso, aunque aparentemente era igual a ellos. Con un crespón en el sombrero, pues acababa de enterarse de la muerte de su

primera esposa, llevaba una vida tan disipada, que incluso los libertinos más curtidos se sentían cohibidos ante él. La paradójica opinión de Fiodor Pavlovitch provocó la hilaridad del grupo. Uno de sus compañeros empezó a incitarle; otros mostraron una mayor aprensión todavía, aunque siempre con grandes risas. Al fin, todos siguieron su camino.

Más adelante, Fiodor Pavlovitch juró que se había marchado con los demás. Tal vez decía la verdad, pues nadie supo jamás quién estuvo allí. Cinco o seis meses después, el embarazo de Isabel provocó la indignación general y se buscó al que hubiera podido ultrajar a la pobre criatura. Pronto circularon rumores que acusaban a Fiodor Pavlovitch. ¿De dónde salió este rumor? Del alegre grupo sólo quedaba entonces en la ciudad un hombre de edad madura, respetable consejero de Estado, que tenía hijas mayores y que nunca habría contado nada aunque aquella noche hubiera ocurrido algo importante. Los demás se habían dispersado. Sin embargo, los rumores insistían en acusar a Fiodor Pavlovitch. Él no se mostró ofendido y no se dignó responder a los tenderos y a los burgueses. Entonces era un hombre orgulloso que sólo dirigía la palabra a los funcionarios y a los nobles que eran sus compañeros asiduos y a los que tanto divertía.

Grigori se puso de parte de su amo y procedió con toda energía: no sólo le defendió contra cualquier insinuación, sino que disputó acaloradamente y consiguió hacer cambiar de opinión a muchos.

-La falta ha sido de ella -decía-, y su seductor fue Karp.

Así se llamaba un delincuente peligrosísimo que se había fugado de la cárcel del distrito y que se había refugiado en nuestra ciudad.

La suposición pareció lógica a todos. Se recordaba que Karp había rondado por la población aquellas noches y desvalijado a tres personas.

Esta aventura y estos rumores, lejos de desviar de la pobre idiota las simpatías de la población, le atrajeron una más viva solicitud. Una tendera rica, la viuda de Kondratiev, decidió tenerla en su casa a fines de abril, para que diera a luz. La vigilaban estrechamente. A pesar de ello, una tarde, la del día del parto, Isabel se escapó de casa de su protectora y fue a parar al jardín de Fiodor Pavlovitch. ¿Cómo había podido, en el estado en que se hallaba, saltar la alta empalizada? Esto fue siempre un enigma. Unos aseguraban que alguien la había llevado allí; otros veían en ello la intervención de un poder sobrenatural.

Al parecer, esto ocurrió de un modo natural, aunque el ingenio ayudó a la infeliz. Isabel, acostumbrada a salvar los vallados para entrar en las huertas donde pasaba las noches, consiguió trepar a lo alto de la empalizada y desde allí saltar al jardín, aunque hiriéndose.

Al ver a Isabel en el invernadero, Grigori corrió en busca de su mujer para que le prestara los primeros cuidados, y después fue a llamar a una comadrona que vivía cerca. El niño se salvó, pero la madre murió al amanecer. Grigori cogió en brazos al recién nacido, lo llevó al pabellón y lo depositó en el regazo de su mujer.

-He aquí -le dijo- un hijo de Dios, un huérfano que nos tendrá a nosotros por padres. Es nuestro difunto hijo quien nos lo envía. Ha nacido de Satanás y de una mujer justa. Aliméntalo y no llores más.

Marta crió al niño. Fue bautizado con el nombre de Pavel , al que todo el mundo, empezando por sus padres adoptivos,

añadió Fiodorovitch como patronímico. Fiodor Pavlovitch no puso obstáculos, a incluso le pareció agradable todo esto, aunque desmintió enérgicamente su paternidad. Se aprobó que hubiera acogido al huérfano, al cual dio más adelante, como nombre de familia, el de Smerdiakov, derivado del sobrenombre de su madre. Al principio de nuestro relato, Smerdiakov servía a Fiodor Pavlovitch como criado de segunda y habitaba en el pabellón, al lado del viejo Grigori y de la vieja Marta. Tenía el empleo de cocinero. Merecería que le dedicara un capítulo entero, pero no me atrevo a contener demasiado tiempo la atención del lector sobre los sirvientes y continúo mi narración, con la esperanza de que en el curso de ella el tema Smerdiakov vuelva a presentarse de un modo natural.

CAPITULO III

CONFESIÓN DE UN CORAZÓN ARDIENTE. EN VERSO

Al oír la orden que le había dado a gritos su padre desde la calesa en el momento de partir del monasterio, Aliocha estuvo unos instantes inmóvil y profundamente perplejo. Al fin, sobreponiéndose a su turbación, se dirigió a la cocina del padre abad para procurar enterarse de la conducta de Fiodor Pavlovitch. Después se puso en camino, con la esperanza de resolver durante el trayecto un problema que le atormentaba. Digámoslo en seguida: los gritos de su padre ordenándole que dejara el monasterio llevándose el colchón y las almohadas no le inspiraban inquietud alguna. Comprendía perfectamente que esta orden, proferida a gritos y haciendo grandes ademanes, era hija de un arrebato y que su padre se la había dado para la galería, por decirlo así. Era el mismo caso de uno de nuestros conciudadanos que, no hacía mucho, al

celebrar su cumpleaños y excederse en la bebida, se enfureció porque no querían darle más vodka y, en presencia de sus invitados, empezó a destrozar la vajilla, a rasgar sus ropas y las de su mujer, a romper muebles y cristales. Obró para la galería, y al día siguiente, una vez curado de su embriaguez, se arrepintió amargamente a la vista de las tazas y los platos rotos. Aliocha estaba seguro de que su padre le dejaría regresar al monasterio tal vez aquel mismo día. Es más, tenía el convencimiento de que el buen hombre no le ofendería jamás; de que ni él ni nadie en el mundo no sólo no querrían ofenderle, sino que no podrían. Esto era para él un axioma definitivamente admitido y sobre el cual no cabía la menor duda.

Pero en aquellos momentos le mortificaba otro temor de un orden completamente distinto, un temor agravado por el hecho de que se sentía incapaz de definirlo: el temor a una mujer, a aquella Catalina Ivanovna, que en la carta que le había enviado aquella mañana por medio de la señora de Khokhlakov tanto insistía en que fuera a verla. Esta petición y la necesidad de acatarla le producían una impresión dolorosa, que se había intensificado sin cesar en las primeras horas de la tarde, a pesar de las escenas desarrolladas en el monasterio. Su temor no procedía de que ignoraba lo que aquella mujer quería de él. No era la mujer lo que temía en ella. Desde luego, conocía poco a las mujeres, pero había vivido entre ellas desde su más tierna infancia hasta su llegada al monasterio. Sin embargo, desde su primera entrevista había experimentado una especie de terror al encontrarse frente a aquella mujer. La había visto dos o tres veces a lo sumo y sólo había cambiado con ella unas cuantas palabras. La recordaba como una bella muchacha imperiosa y

llena de orgullo. No era su belleza lo que le atormentaba, sino otra cosa que no podía definir, y esta impotencia para explicarse su terror lo acrecentaba. El fin que ella perseguía era sin duda de los más nobles: se proponía salvar a Dmitri, que había cometido una falta con ella, y procedía así por pura generosidad. Pero, a pesar de la admiración que despertaba en él esta nobleza de sentimientos, notaba como una corriente de hielo en la espalda mientras se iba acercando a casa de la joven.

Se dijo que no encontraría con ella a Iván, su íntimo amigo, entonces retenido por su padre. Tampoco Dmitri podía estar en casa de Catalina Ivanovna, por razones que presentía. Por lo tanto, conversarían a solas. Aliocha habría deseado ver antes a Dmitri, para cambiar con él algunas palabras sin mostrarle la carta. Pero Dmitri vivía lejos y, sin duda, no estaba en su casa en aquel momento. Tras unos instantes de reflexión y una señal de la cruz prematura, sonrió misteriosamente y se dirigió con resolución a casa de la temida joven.

Conocía esta casa. Pero, pasando por la Gran Vía para después atravesar la plaza, etcétera, habría tardado demasiado en llegar. Sin ser una gran población, nuestra ciudad estaba muy dispersa y las distancias eran considerables. Además, su padre se acordaría seguramente de la orden que le había dado y, si tardaba en aparecer, sería capaz de hacer de las suyas. Por lo tanto, había que apresurarse. En vista de ello, Aliocha decidió abreviar, yendo por atajos. Conocía perfectamente todos aquellos pasos. Atajar significaba pasar junto a cercados desiertos, franquear algunas vallas, atravesar patios donde se encontraría con conocidos que le saludarían. Así podría ahorrar la mitad del

tiempo. Llegó un momento en que tuvo que pasar cerca de la casa paterna, junto al jardín contiguo al de su padre, jardín que pertenecía a una casita de cuatro ventanas, bastante deteriorada e inclinada hacia un lado. Esta casucha pertenecía a una vieja desvalida, que la habitaba con su hija. Hasta no hacía mucho, la joven había estado sirviendo como camarera en la capital, en casa de una encopetada familia. Había vuelto al hogar hacía un año, a causa de la enfermedad de su madre, luciendo elegantes vestidos. Estas dos mujeres habían quedado en la mayor miseria e iban diariamente, como vecinas, en busca de pan y sopa a la cocina de Fiodor Pavlovitch. Marta Ignatievna las recibía amablemente. Lo chocante era que la joven, a pesar de tener que ir a pedir un plato de sopa, no había vendido ninguno de sus vestidos. Uno de ellos, incluso tenía una larga cola. Aliocha estaba enterado de esto por su amigo Rakitine, al que no se le escapaba nada de lo que ocurría en nuestra pequeña ciudad. Pero Aliocha lo había olvidado en seguida. Ahora, al llegar ante aquel jardín, se acordó del vestido de cola y levantó al punto la cabeza, pues iba pensativo y con la vista en el suelo. Entonces vio lo que menos esperaba ver. Detrás de la valla, de pie sobre un montículo y mostrando su busto, estaba su hermano Dmitri, que trataba de atraer su atención con grandes ademanes. Dmitri procuraba no sólo no gritar, sino ni siquiera decir palabra, por temor de que le oyeran. Aliocha corrió hacia la valla.

-Por suerte, has levantado la cabeza. De lo contrario, me habría visto obligado a gritar -murmuró alegremente Dmitri-. Salta en seguida esta valla. ¡Qué oportuno llegas! Estaba pensando en ti.

Aliocha se alegró tanto como su hermano. Pero no sabía cómo franquear la valla. Dmitri le cogió por el codo con su atlética mano y le ayudó a saltar, cosa que Aliocha hizo recogiendo el hábito y con la agilidad de un chiquillo.

-Ahora, vamos -murmuró Dmitri, alborozado.

-¿Adónde? -preguntó Aliocha mirando en todas direcciones y viendo que estaban en un jardín donde no había más personas que ellos.

El jardín no era muy espacioso, pero la casa estaba a unos cincuenta pasos. Aliocha hizo una nueva pregunta:

-¿Por qué hablas en voz baja si aquí no hay nadie?

-¡Que el diablo me lleve si lo sé! -exclamó Dmitri, hablando de pronto en voz alta-. ¡Qué cosas tan absurdas hacemos a veces! Estoy aquí para intentar desentrañar un secreto, del que ya te hablaré, y, bajo la influencia del misterio, he empezado a hablar misteriosamente, susurrando como un tonto, sin motivo alguno. Bueno, ven y calla. Pero antes quiero abrazarte.

»Gloria al Eterno sobre la tierra.

Gloria al Eterno en mí.

»He aquí lo que me repetía hace un momento, sentado en este sitio.

El jardín sólo tenía árboles en su contorno, bordeando la cerca. Se veían manzanos, arces, tilos y abedules, zarzales, groselleros y frambuesos. El centro formaba una especie de pequeño prado, donde se recolectaba heno en verano. La propietaria alquilaba este jardín por unos cuantos rublos a partir de la primavera. El huerto, cultivado desde hacía poco, estaba cerca de la casa. Dmitri condujo a su hermano al

rincón más apartado del jardín. Allí, entre tilos que crecían muy cerca unos de otros, viejos macizos de groselleros, de sauces, de bolas de nieve y de lilas, había un ruinoso pabellón verde, de muros ennegrecidos y abombados, con tragaluces, y que conservaba el tejado, por lo que ofrecía un abrigo contra la lluvia. Se contaba que este pabellón había sido construido cincuenta años atrás por Alejandro Karlovitch von Schmidt, teniente coronel retirado y antiguo propietario de aquellas tierras. Todo se deshacía en polvo; el suelo estaba podrido y la madera olía a humedad. Había una mesa de madera pintada de verde y hundida en el suelo. Estaba rodeada de bancos que todavía podían utilizarse. Aliocha había observado el ardor con que su hermano hablaba. Al entrar en el pabellón vio sobre la mesa una botella de medio litro y un vaso pequeño.

-¡Es coñac! -exclamó Mitia echándose a reír-. Tú pensarás que sigo bebiendo, pero no te fíes de las apariencias.

»No creas a la muchedumbre vana y embustera, renuncia a tus sospechas...

»Yo no me emborracho, yo “paladeo”, como dice tu amigo, ese cerdo de Rakitine. Y todavía lo dirá cuando sea consejero de Estado. Siéntate, Aliocha. Quisiera estrecharte entre mis brazos, estrujarte, pues, créeme, te lo digo de veras, ¡de veras!, para mi, sólo hay una persona querida en el mundo, y esa persona eres tú.

Estas últimas palabras las pronunció con una especie de frenesí.

-También --continuó- estoy, por desgracia, enamorado de una bribona. Pero enamorarse no es amar. Uno puede enamorarse y odiar: acuérdate de esto. Hasta ahora he hablado alegremente. Siéntate a la mesa, cerca de mí, para

que yo pueda verte. Tú me escucharás en silencio y yo te lo contaré todo, pues el momento de hablar ha llegado. Pero óyeme: he pensado que aquí hay que hablar en voz baja, porque tal vez anda cerca alguien con el oído águzado. Lo sabrás todo: ya te lo he dicho. Oye, Aliocha, ¿por qué desde que me instalé aquí, hace cinco días, tenía tantas ganas de verte? Porque te necesito... Sólo a ti te lo contaré todo. Mañana terminará una vida para mi y empezará otra. ¿Has tenido alguna vez en sueños la impresión de que caías por un precipicio? Pues mira, yo he caído de veras... No te asustes... Yo no tengo miedo..., es decir, sí que tengo miedo, pero es un miedo dulce que tiene algo de embriaguez... Además, ¡a mí, qué! Carácter fuerte, carácter débil, carácter de mujer, ¿qué importa? Loemos a la naturaleza. Mira qué sol tan hermoso, qué cielo tan puro. Por todas partes frondas verdes. Todavía estamos en verano, no cabe duda. Son las cuatro de la tarde. Reina la calma. ¿Adónde ibas?

-A casa de nuestro padre. Y, de paso, quería ver a Catalina Ivanovna.

-¡A ver al viejo y a ver a Catalina Ivanovna! ¡Qué coincidencia! ¿Sabes para qué te he llamado? ¿Sabes por qué deseaba verte con toda la vehemencia de mi corazón y todas las fibras de mi ser? Precisamente para mandarte a casa del viejo y a casa de Catalina Ivanovna, a fin de terminar con uno y con otra. ¡Poder enviar a un ángel! Podría haber mandado a cualquiera, pero necesitaba un ángel. Y he aquí que tú ibas a ir por tu propia voluntad.

-¿De veras querías enviarme? -preguntó Aliocha con un gesto de dolor.

-Ya veo que lo sabías, que lo has comprendido todo. Pero calla: no me compadezcas, no llores.

Dmitri se levantó con semblante pensativo.

-Seguro que ella te ha llamado, que te ha escrito. De lo contrario, tú no habrías pensado en ir.

-Aquí tienes su carta -dijo Aliocha sacándola del bolsillo. y Dmitri la leyó rápidamente.

-Y tú has seguido el camino más corto. ¡Oh dioses! Gracias por haberlo dirigido hacia aquí, por habérmelo traído, como el pescadito de oro del cuento que va hacia el viejo pescador... Escucha, Aliocha; óyeme, hermano mío. He decidido decírtelo todo. Necesito desahogarme. Después de haberme confesado con un ángel del cielo, voy a confesarme con un ángel de la tierra. Pues tú eres un ángel. Tú me escucharás y me perdonarás. Necesito que me absuelva un ser más noble que yo. Escucha. Supongamos que dos hombres se liberan de la servidumbre terrestre y se elevan a regiones superiores, o, por lo menos, que se eleva uno de ellos. Supongamos que éste, antes de emprender el vuelo, de desaparecer, se acerca al otro y le dice: «Haz por mí esto o aquello...», cosas que no es corriente pedir, que sólo se piden en el lecho de muerte. Si el que se queda es un amigo o un hermano, ¿rechazará la petición?

-Haré lo que me pides, pero dime en seguida de qué se trata.

-En seguida, en seguida... No, Aliocha, no te apresures: apresurarse es atormentarse. En este caso, las prisas no sirven para nada. El mundo entra en una era nueva. Es lástima, Aliocha, que no te entusiasmes nunca. ¿Pero qué digo? Es a mi a quien le falta entusiasmo. Soy un tonto.

»Hombre, sé noble.

»¿De quién es ese verso?

Aliocha decidió esperar. Había comprendido que este asunto absorbería toda su creatividad. Dmitri permaneció un momento pensativo, acodado en la mesa y la frente en la mano. Los dos callaban.

-Aliocha, sólo tú puedes escucharme sin reírte. Quisiera empezar mi confesión con un himno a la vida, como el «*An die Freude*» de Schiller. Yo no sé alemán, pero sé cómo es la poesía «*An die Freude*»... No creas que estoy parloteando bajo los efectos de la embriaguez. Necesito beberme dos botellas de coñac para emborracharme

»...como el bermejo Sileno
sobre su asno vacilante,

»y yo no me he bebido sino un cuarto de botella. Además, no soy Sileno. No, no soy Sileno, sino Hércules, ya que he tomado una resolución heroica. Perdóname esta comparación de mal gusto. Hoy tendrás que perdonarme muchas cosas. No te inquietes, que no parloteo: hablo seriamente y voy al grano. No seré tacaño como un judío. ¿Pero cómo es la poesía? Espera.

Levantó la cabeza, reflexionó y empezó a declamar apasionadamente:

*-Tímido, salvaje y desnudo se ocultaba
el troglodita en las cavernas;
el nómada erraba por los campos
y los devastaba;
el cazador temible, con su lanza y sus
flechas,*

*recorría los bosques.
¡Desgraciado del náufrago arrojado por las
olas
a aquellas inhóspitas riberas!*

*Desde las alturas del Olimpo
desciende una madre, Ceres, en busca
de Proserpina, a su amor arrebatada.
El mundo se le muestra con todo su horror.
Ningún asilo, ninguna ofrenda
se ofrecen a la deidad.
Aquí se ignora el culto a los dioses
y no hay ningún templo.*

*Los frutos de los campos, los dulces racimos,
no embellecen ningún festín;
los restos de las víctimas humean solos
en los altares ensangrentados.
Y por todas partes donde Ceres
pasea su desconsolada vista
sólo percibe
al hombre sumido en honda humillación.*

Los sollozos se escaparon del pecho de Mitia, que cogió la mano de Aliocha:

-Sí, Aliocha, en la humillación. Así ocurre también en nuestros días. El hombre sufre sobre la tierra males sin cuento. No creas que soy solamente un fantoche vestido de oficial, que lo único que sabe es beber y hacer el crápula. La humillación, herencia del hombre: tal es casi el único objeto de mi pensamiento. Dios me preserve de mentir y de

envanecerme. Pienso en ese hombre humillado, porque soy yo mismo.

*»Para que el hombre pueda salir de su
abyección
mediante el impulso de su alma,
ha de establecer una alianza eterna
con su antigua madre: la tierra.*

»¿Pero cómo establecer esta alianza eterna? Yo no fecundo a la tierra abriendo su seno, porque no soy labrador. Tampoco soy pastor. Avanzo sin saber hacia dónde: si hacia la luz radiante o hacia la más denigrante vileza. Esto es lo malo: todo es denigrante en este mundo. Cada vez que me he hundido en la más baja degradación, cosa que ha sido casi constante, he releído estos versos sobre Ceres y la miseria del hombre. ¿Pero han servido para corregirme? No. Porque soy un Karamazov; porque cuando caigo al abismo, caigo de cabeza. Y te advierto que me gusta caer así: este modo de caer tiene cierta belleza a mis ojos. Y desde el seno de la abyección entono un himno. Soy un hombre maldito, vil y degradado, pero beso el borde de la túnica de Dios. Sigo el camino diabólico, pero sin dejar de ser tu hijo, Señor, y te amo, y siento esa alegría sin la cual el mundo no podría subsistir.

*»La alegría eterna anima
el alma de la creación.*

*Transmite la llama de la vida
mediante la fuerza misteriosa de los
gérmenes;*

*ella es la que ha hecho brotar la hierba
y convertido el caos en soles
dispersos en los espacios
insumiso al astrónomo.*

*Todo lo que respira
extrae la alegría del seno de la naturaleza;
arrastra en pos de ella a los hombres y a los
pueblos;
ella nos ha dado amigos en la adversidad,
el jugo de los racimos, las coronas de las
Gracias;
a los insectos la sensualidad...
Y el ángel se mantiene ante Dios.*

»Pero basta de versos. Déjame llorar, Que todos menos tú se rían de mi tontería. Veo brillar tus ojos. Basta de versos. Ahora quiero hablarte de los «insectos», de esos a los que Dios ha obsequiado con la sensualidad. Yo mismo soy uno de ellos. Nosotros, los Karamazov, somos todos así. Ese insecto vive en ti, levantando tempestades. Pues la sensualidad es una tormenta, y a veces más que una tormenta. La belleza es algo espantoso. Espantoso porque es indefinible, y no se puede definir porque Dios sólo ha creado enigmas. Los extremos se tocan; las contradicciones se emparejan. Mi instrucción es escasa, hermano mío, pero he pensado mucho emestas cosas. ¡Cuántos misterios abruman al hombre! Penetra en ellos y sale intacto. Penetra en la belleza, por ejemplo. No puedo soportar que un hombre de gran corazón y de elevada inteligencia empiece por el ideal de la Virgen y termine por el de Sodoma. Pero lo más horrible es que,

llevando en su corazón el ideal de Sodoma, no repudie el de la Virgen y se abraza en él como en los años de su juventud inocente. El espíritu del hombre es demasiado vasto: me gustaría reducirlo. Así no hay medio de que nos conozcamos. El corazón humano, el de la mayoría de los hombres, halla la belleza incluso en actos vergonzosos como el ideal de Sodoma. Es el duelo entre Dios y el diablo: el corazón humano es el campo de batalla. Además, se habla del sufrimiento... Pero vayamos al asunto.

CAPITULO IV
CONFESIÓN DE UN CORAZÓN ARDIENTE.
ANÉCDOTAS

-Yo llevaba una vida disipada, y nuestro padre se escudó en ello para afirmar que despilfarraba miles de rublos en la seducción de doncellas. Es una idea muy propia de un puerco. Mentía, pues mis conquistas no me han costado jamás un céntimo. Para mí, el dinero es sólo una cosa accesoria, la *mise en scène*. Hoy era el amante de una gran dama; mañana, el de una mujer de la calle. Yo las distraía a las dos, tirando el dinero a manos llenas, con música de *tzigánes*. Si necesitaban dinero, se lo daba, pues, ciertamente, el dinero no les desagradaba: te dan las gracias cuando lo reciben. No todas las damiselas se me rendían, pero sí muchas. Yo adoraba las callejas, las encrucijadas desiertas y sombrías, que son escenario de aventuras y sorpresas y, a veces, de perlas en el barro. Te hablo con imágenes, hermano: esas callejuelas no existen sino en un sentido figurado. Si tú te parecieras a mí, me comprenderías. Yo adoraba el libertinaje por su misma abyección; yo adoraba la crueldad. ¿No soy un ser corrompido, un insecto pernicioso,

es decir, un Karamazov? Una vez organizamos una comida en el cameo y salimos en siete *troikas* . Era invierno y el tiempo estaba muy oscuro. Durante el viaje cubrí de besos a mi vecina de asiento en el trineo, la hija de un funcionario sin fortuna, encantadora y tímida, y en la oscuridad me toleró caricias de un atrevimiento extraordinario. La pobrecilla se imaginaba que al día siguiente iría a pedir su mano, pues me tenía por novio suyo; pero pasaron cinco meses sin que le dijera nada. A veces, cuando nos encontrábamos en algún baile, la veía en un rincón de la sala, siguiéndome con una mirada entre indignada y tierna. Este juego excitaba mi perversa sensualidad. A los cinco meses se casó con un funcionario y desapareció, furiosa y tal vez amándome todavía. Ahora el matrimonio vive feliz. Te advierto que nadie sabe nada de esto y que su reputación está incólume: a pesar de mis viles instintos y de mi amor a la bajeza, no soy descortés. Enrojece; tus ojos centellean. Lo comprendo: es que te da náuseas tanto lodo. Tengo un buen álbum de recuerdos, hermano mío. ¡Que Dios guarde a todas esas encantadoras criaturas! En el momento de la ruptura evité siempre las discusiones. Yo no traicioné ni comprometí a ninguna. Pero basta de este tema. No creas que te he llamado solamente para explicarte esta sarta de horrores. Te he llamado para contarte algo más interesante. Y es que no siento vergüenza ante ti; por el contrario, estoy a mis anchas.

Aliocha manifestó de pronto:

-Has hablado de mi rubor. Pues bien, no son tus palabras ni tus actos lo que me ha hecho enrojecer. Me sonrojo porque me parezco a ti.

-¿Tú? Exageras, Aliocha.

-¡No, no exagero! -exclamó con vehemencia.

Era evidente que hablaba de algo que sentía desde hacia tiempo. Continuó:

-La escala del vicio es la misma para todos. Yo estoy en el primer escalón; tú estás más arriba, en el escalón trece o cosa así. Yo creo que esto es igual: una vez se ha puesto el pie en el primero, se suben todos los escalones.

-Lo mejor es resistir.

-Desde luego, pero no siempre es esto posible.

-¿Para ti lo es?

-Creo que no.

-¡Calla, Aliocha; calla, querido! Me dan ganas de besarte la mano. ¡Esa bribona de Gruchegnka conoce a los hombres! Una vez me dijo que un día a otro se te zampará... Bueno, me callo. Y dejemos este terreno manchado por las moscas y hablemos de mi tragedia, en la que también pululan las moscas, es decir, toda clase de degradaciones. Aunque el viejo mintió cuando dijo que yo despilfarraba el dinero persiguiendo a las doncellas, esto ocurrió una vez, una sola. Pero él, que me acusaba de faltas inexistentes, no sabía ni sabe nada de este caso. No se lo he contado a nadie. Tú eres el primero que lo vas a saber..., mejor dicho, el segundo, pues si que se lo he contado a otro, hace ya mucho tiempo: a Iván. Pero Iván permanecerá mudo como una tumba.

-¿Como una tumba?

-Sí.

Aliocha escuchó más atentamente.

-Aunque era abanderado de un batallón destacado en una pequeña ciudad, se me vigilaba como si fuera un deportado. Pero fui bien acogido en la localidad. Despilfarraba el dinero; se me tenía por rico y yo creía serlo. Además, debía de ser

grato a aquella gente por otras razones. Aunque sacudiendo la cabeza ante mis calaveradas, se me tenía afecto.

»Mi teniente coronel, que era ya un viejo, me tomó ojeriza. Empezó a perseguirme, pero yo no me dormí y toda la ciudad se puso a mi favor, por lo cual no podía hacerme mucho daño. Mi falta consistía en que, llevado de mi orgullo, no le rendía los honores a los que tenía derecho. El obstinado viejo era una buena persona en el fondo, un hombre hospitalario. Se había casado dos veces y era viudo. Su primera esposa, mujer de baja condición, le había dado una hija tan vulgar como ella. La joven tenía entonces veinticuatro años y vivía con su padre y una tía materna. Lejos de tener la candidez silenciosa de su tía, la suya iba acompañada de una gran vivacidad. Jamás he conocido un carácter de mujer tan encantador. Se llamaba nada menos que Ágata, Ágata Ivanovna. Era bonita para el gusto ruso, alta, con buenas carnes y unos hermosos ojos, aunque de expresión un poco vulgar. Permanecía soltera a pesar de haber tenido dos peticiones de matrimonio, y conservaba su carácter alegre. Trabé amistad con ella, pero con toda castidad y todo honor, pues has de saber que he tenido más de una amistad femenina perfectamente pura.

»Tenía con ella las más atrevidas conversaciones, y ella no hacía más que reírse. A muchas mujeres les encanta esta libertad de lenguaje, obsérvalo. Esto era sumamente divertido tratándose de una muchacha como ella. Otro rasgo: no se la podía calificar de señorita. Tanto su tía como ella vivían en una especie de estado de humildad voluntario, sin igualarse con el resto de la sociedad. Todo el mundo la quería y alababa su habilidad costurera, trabajo que hacía gratis, como

un obsequio a las amigas, aunque no rechazaba el dinero que se le ofrecía.

»En cuanto al teniente coronel, era una de las personalidades del lugar. Llevaba una vida de hombre distinguido. Toda la población era recibida en su casa, donde los invitados cenaban y bailaban. Cuando ingresé en el batallón, en la ciudad sólo se hablaba de la próxima llegada de la segunda hija del teniente coronel. Se la consideraba una belleza y estaba a punto de salir de un pensionado aristocrático de la capital. Esta joven era Catalina Ivanovna, hija de la segunda esposa del teniente coronel, mujer noble, perteneciente a una casa ilustre, pero que no había aportado al matrimonio dote alguna: lo sé de buena tinta. Promesas, tal vez, pero nada en efectivo. Sin embargo, cuando llegó la joven, toda la población se puso en movimiento, como galvanizada. Las damas más distinguidas, entre las que figuraban dos excelencias, una de ellas coronela, se la disputaban. Se daban fiestas en su honor, era la reina de los bailes y de las comidas campestres, se organizaban representaciones de cuadros vivientes a beneficio de no sé qué instituciones.

»En lo que a mi concierne, no decía palabra y continuaba mi alegre vida. Entonces hice una jugada de mi estilo, que dio que hablar a toda la población. Una noche, en casa del comandante de la batería, Catalina Ivanovna me miró de arriba abajo. Yo no me acerqué a ella: desprecié la ocasión de conocerla. Algún tiempo después, en otra velada, la abordé, y ella apenas se dignó mirarme con una mueca desdeñosa. «¡Ah!, ¿sí? -me dije-. Me vengaré.» Yo era entonces especialista en abatir arrogancias. Me di cuenta de que Katineka, lejos de ser una ingenua colegiala, tenía carácter,

orgullo, virtud y, sobre todo, inteligencia a instrucción, que era lo que a mi me faltaba por completo. ¿Crees que quería pedir su mano? Nada de eso. Solamente quería vengarme de su indiferencia. Entonces me corrí una gran juerga, y el viejo teniente coronel me impuso tres días de arresto. Durante esos días, el viejo me envió seis mil rublos a cambio de la renuncia en toda regla a mis derechos y aspiraciones sobre la fortuna de mi madre. Yo no entendía nada de esto entonces. Hasta mi llegada aquí, hasta estos últimos días y tal vez hasta ahora mismo, yo no he comprendido nada de estos asuntos de dinero entre mi padre y yo. ¡Pero que se vaya todo esto al diablo! Ya hablaremos de ello más adelante. El caso es que, cuando ya había recibido yo los seis mil rublos, un amigo me enteró por carta de algo sumamente interesante: estaban descontentos del teniente coronel sospechoso de malversación de fondos, y sus enemigos le preparaban una sorpresa. Así fue: el jefe de la división se presentó y le reprendió duramente. Poco después, el teniente coronel hubo de dimitir. No contaré todos los detalles de este asunto. En él influyó desde luego, la acción de sus enemigos. La población entera mostró una súbita frialdad hacia la familia del teniente coronel. Todo el mundo se apartaba de ella. Entonces hice mi primera jugada. Al encontrarme un día con Ágata Ivanovna, de la que seguía siendo amigo, le dije:

»-A su padre le faltan cuatro mil quinientos rublos en la caja.

»-¿Cómo es posible? Cuando vino el general, hace poco, no faltaba nada.

»-Entonces no faltaba, pero ahora sí.

»Ágata Ivanovna se estremeció:

»-No me asuste. ¿De dónde ha sacado usted eso?

»-Tranquílicese -repuse-. No diré nada a nadie. Para estas cosas soy mudo como una tumba. Sólo le he dicho esto para que esté prevenida. Cuando reclamen a su padre esos cuatro mil quinientos rublos que faltan en la caja, no espere a que, a su edad, lo lleven a los tribunales: envíeme a su hermana en secreto. Acabo de recibir dinero. Le entregaré los cuatro mil quinientos rublos y nadie se enterará de nada.

»-¡Qué villano es usted! ¡Qué miserable villano! ¿Cómo tiene valor para proponer esas cosas?

»Se fue, roja de indignación, y yo le dije a voces que todo quedaría en el mayor secreto.

»Ágata y su tía eran dos verdaderos ángeles. Adoraban a la altiva Katia y la servían humildemente. Ágata informó a su hermana de nuestra conversación, como supe en seguida. Era precisamente lo que yo deseaba.

»Entre tanto, llegó un nuevo jefe de división. El viejo teniente coronel se puso enfermo. Hubo de guardar cama durante dos días y no presentó las cuentas. El doctor Kravtchenko aseguró que la enfermedad no fue simulada. Pero yo sabía a ciencia cierta y desde hacía tiempo lo siguiente: después de las inspecciones de estos jefes, el teniente coronel retiraba cierta cantidad de la caja: así lo venía haciendo desde cuatro años atrás. Esta suma la prestaba a un hombre de confianza llamado Trifinov, que era viudo y barbudo y usaba lentes de oro. Éste negociaba con el dinero en las ferias y lo devolvía en seguida al militar, acompañado de una buena comisión y de un regalo. Pero esta vez, al regresar de la feria, Trifinov no había devuelto nada, de lo cual me enteré casualmente por un hijo suyo, un mozalbete que era un ejemplar de perversión. El teniente coronel fue a pedirle el dinero, y el muy bribón le contestó que no había

recibido nunca nada de él. Mi desgraciado jefe se encerró en su casa, abrumado. Llevaba la frente vendada y las tres mujeres le aplicaban hielo en el cráneo. En esto recibió la orden de entregar la caja al término de dos horas. Él firmó: lo sé porque vi más tarde su firma en el registro. Se puso en pie, dijo que iba a ponerse el uniforme y entró en su dormitorio. Una vez allí, cogió su rifle de caza y lo cargó, descalzó su pie derecho, apoyó el cañón del arma en su pecho y empezó a tantear con el pie en busca del gatillo. Pero Ágata, que se acordaba de lo que yo le había dicho, sospechó algo y le acechaba. Se arrojó sobre él, lo rodeó con sus brazos por la espalda y el disparo se perdió en el aire sin herir a nadie. Las otras dos mujeres acudieron y le quitaron el arma.

»Yo estaba entonces en mi casa, a punto de marcharme. Era el atardecer. Me había acabado de vestir. Estaba peinado y me había perfumado el pañuelo. Incluso había cogido la gorra... De pronto se abrió la puerta y vi entrar a Catalina Ivanovna.

»A veces ocurren cosas extrañas. Nadie se había fijado en ella en la calle cuando venía a mi casa; nadie la había conocido. Yo vivía entonces en casa de dos mujeres de edad, esposas de funcionarios, serviciales y atentas conmigo, y que, a petición mía, guardaron sobre este asunto un secreto absoluto.

»Cuando vi a Katia comprendí al instante lo que pretendía. Entró con la mirada fija en mí. Sus sombríos ojos expresaban resolución, incluso audacia, pero la mueca de sus labios revelaba perplejidad.

»-Mi hermana me ha dicho que usted me daría cuatro mil quinientos rublos si venía a buscarlos yo misma. Pues bien, aquí estoy: déme el dinero.

»El temor la ahogaba; su voz era apenas perceptible; sus labios temblaban... Aliocha, ¿me escuchas o estás durmiendo?

-Dime toda la verdad, Dmitri -dijo Aliocha con profunda emoción.

-Cuenta con ello: seré franco. Mi primer pensamiento fue el propio de un Karamazov. Un día, hermano mío, me picó un ciempiés y tuve que guardar cama durante quince días, con fiebre. Pues bien, en aquel momento sentí en mi corazón la picadura de un ciempiés; un mal bicho, ¿sabes? Miré a Katia de pies a cabeza. ¿La has visto? Es una beldad. Pero entonces estaba hermosa por la nobleza de su corazón, por su grandeza de alma y su devoción filial, junto a mí, que soy una persona vil y repugnante. En aquel momento ella dependía de mí enteramente, en cuerpo y alma. Te confieso que el pensamiento inspirado por el ciempiés se apoderó de mi corazón con tal intensidad, que creí morir de angustia. No me parecía posible luchar: no veía más solución que conducirme vilmente, como una maligna tarántula, sin sombra de piedad... Desde luego, al día siguiente habría ido a pedir su mano, para poner un fin noble a mi proceder, y nadie se habría enterado de nada. Pues aunque tengo bajos instintos, soy una persona cortés. Pero, de pronto, oigo murmurar a mi oído: «Mañana, cuando vayas a pedir su mano, ella no querrá verte y te hará echar por el cochero. Dirá que no le importa que vayas pregonando su deshonor por toda la ciudad.» La miré para ver si esta voz decía la verdad, y advertí que la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas: me echarían a la calle. La cólera se apoderó de mí. Sentí el deseo de proceder con ella del modo más vil, de jugarle una mala pasada de tendero, de mirarla irónicamente mientras

permanecía plantada ante mí y decirle con ese tono que sólo saben emplear los tenderos:

»-¿Cuatro mil quinientos rublos? Fue una broma. Usted ha contado con ellos demasiado pronto, señorita. Doscientos rublos, bueno: se los daría en seguida y de buen grado. Pero cuatro mil quinientos es demasiado dinero, una cifra que no se da así como así. Se ha tomado usted una molestia inútil.

»Desde luego, lo habría perdido todo, porque ella habría salido huyendo; pero esta venganza diabólica habría sido para mí una compensación más que suficiente. Le habría hecho esta jugada aunque después hubiera tenido que lamentarla toda la vida.

»En semejantes circunstancias, puedes creerlo, yo no he mirado nunca a una mujer, fuera de la índole que fuere, con odio. Pues bien, lo juro sobre la cruz que durante unos segundos miré a Katia con un odio intenso, con ese odio que sólo por un cabello está separado del amor más ardiente.

»Me acerqué a la ventana y apoyé la frente en el cristal helado. Recuerdo que aquel frío me produjo el efecto de una quemadura. Tranquilízate: no la retuve mucho tiempo. Me acerqué a mi mesa, abrí un cajón y saqué una obligación de cinco mil rublos al portador, que estaba entre las páginas de mi diccionario de francés. Sin decir palabra, se la mostré, la doblé y se la di. Luego abrí la puerta y me incliné profundamente. Ella se estremeció de pies a cabeza, me miró fijamente unos instantes, se puso blanca como un lienzo y, sin despegar los labios, sin ninguna brusquedad, sino con dulce y suave ternura, se prosternó a mis pies hasta tocar el suelo con la frente, no como una señorita educada en un pensionado, sino al estilo ruso. Después se levantó y huyó.

»Cuando se hubo marchado, saqué mi espada y estuve a punto de clavármela. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez en un arranque de entusiasmo. Desde luego, habría sido un acto absurdo. ¿Comprendes que un hombre se pueda matar de alegría...? Pero me limité a besar la hoja y la introduje de nuevo en la funda...

»Podría haberme callado todo esto. Por otra parte, me parece que me he extendido demasiado, jactanciosamente, al explicarte las luchas de mi conciencia. ¡Pero qué importa! ¡Al diablo todos los espías del corazón humano! He aquí mi aventura con Catalina Ivanovna. Sólo tú a Iván la conocéis.

Dmitri se levantó, dio unos pasos vacilantes, sacó el pañuelo, se enjugó la frente y se volvió a sentar, pero en otro sitio, en el banco que corría junto a la otra pared, de modo que Aliocha tuvo que volverse por completo para poder mirarlo.

CAPÍTULO V

CONFESIÓN DE UN CORAZÓN ARDIENTE.

LA CABEZA BAJA

-Bien -dijo Aliocha-; ya conozco la primera parte de la historia.

-Es decir, un drama que ocurrió allá lejos. La segunda parte será una tragedia y se desarrollará aquí.

-No comprendo en absoluto lo que puede ser esa segunda parte.

-¿Crees que yo comprendo algo?

-Oye, Dmitri, hay en esto un punto importante: ¿eres todavía su novio?

-Yo no me puse en relaciones con ella en seguida, sino tres meses después. Al día siguiente, me dije que el asunto

estaba liquidado, que no tendría continuación. Ir a pedirla en matrimonio me pareció una bajeza. Ella, por su parte, no dio señales de vida en las seis semanas que todavía pasó en nuestra ciudad. Sólo al día siguiente de su visita, su doncella vino a mi casa y, sin decir palabra, me entregó un sobre dirigido a mí. Lo abrí y vi que contenía el sobrante de los cinco mil rublos. Se habían restituido los cuatro mil quinientos, y las pérdidas en la venta de la obligación rebasaban los doscientos. Me devolvió... creo que doscientos sesenta, no lo recuerdo exactamente, y sin una sola palabra explicativa. Busqué en el sobre un signo cualquiera, una señal en lápiz, pero no había nada. Me gasté alegremente las sobras de mi dinero, tan alegremente, que el nuevo jefe del batallón me tuvo que reprender. El teniente coronel había presentado la caja intacta, ante el estupor general, pues nadie creía que esto fuera posible. Después cayó enfermo, estuvo tres semanas en cama y, finalmente, murió en cinco días a causa de un reblandecimiento cerebral. Se le enterró con todos los honores militares, pues aún no se le había retirado. Diez días después de los funerales, Catalina Ivanovna se fue a Moscú con su hermana y con su tía. Yo no había vuelto a ver a ninguna de ellas. El día de la partida recibí un billete azul, con esta única línea escrita en lápiz:

» “Le escribiré. Espere. C.”

»En Moscú se le arreglaron las cosas de un modo rápido e inesperado, como en un cuento de *Las mil y una noches*. La principal pariente de Catalina Ivanovna, una generala, perdió en una sola semana, a consecuencia de la viruela, a dos sobrinas que eran sus herederas más próximas. Trastornada por el dolor, empezó a tratar a Katia como si fuera su propia hija, viendo en ella su única esperanza. Rehizo el testamento

en su favor y le entregó en mano ochenta mil rublos como dote, para que dispusiera de ellos a su antojo. Es una mujer histérica: tuve ocasión de observarla más adelante en Moscú.

»Una mañana recibí por correo cuatro mil quinientos rublos, lo que me sorprendió sobremanera, como puedes suponer. Tres días después llegó la carta prometida. Todavía la tengo y la conservaré mientras viva. ¿Quieres que te la enseñe? No dejes de leerla. Katia se ofrece espontáneamente a compartir mi vida.

»Te amo locamente, me dice. Si tú no me amas, no me importa: me basta con que seas mi marido. No temas, que no te causaré molestia alguna. Seré uno de tus muebles, la alfombra que pisas. Quiero amarte eternamente y salvarte de ti mismo.

»Aliocha -continuó Dmitri-, no soy digno de transmitirte estas líneas en mi vil lenguaje y en el tono del que jamás he podido corregirme. Desde entonces esta carta no ha cesado de traspasarme el corazón, y ni siquiera hoy me siento tranquilo. Le contesté en seguida, pues me era imposible trasladarme entonces a Moscú. Le escribí con lágrimas. Me avergonzaré eternamente de haberle dicho que entonces ella era rica y yo estaba sin recursos. Debí contenerme, pero mi pluma me arrastró. Escribí también a Iván, que entonces estaba en Moscú, y le expliqué todo lo que me fue posible en una carta de seis páginas, en la que le pedía que fuera a verla. ¿Por qué me miras? Ya sé que Iván se enamoró de Katia y que sigue enamorado de ella. Hice una tontería desde el punto de vista de la gente, pero tal vez esa tontería nos salve a todos. ¿No ves que ella le admira y le aprecia? ¿Crees que ahora que nos ha comparado puede querer a un hombre como yo, y menos después de lo que pasó aquí?

-Estoy seguro -dijo Aliocha- de que es a ti a quien ella debe amar, y no a un hombre como Iván.

-Es a su propia virtud a quien ella ama y no a mí -dijo Dmitri como a pesar suyo, irritado.

Se echó a reír y sus ojos empezaron a brillar de súbito. Enrojeció y descargó en la mesa un fuerte puñetazo.

-¡Te lo juro, Aliocha! -exclamó en un arrebató de sincero furor contra si mismo-. Puedes creerme o no creerme, pero, tan verdad como Dios es santo y Cristo es Dios, y aunque yo me haya burlado de sus nobles sentimientos..., tan verdad como esto es que yo no dudo de su angelical sinceridad, y que sé que mi alma es un millón de veces más vil que la suya. En esta certidumbre estriba la tragedia. Una bella desgracia que se presta al tono declamatorio. Yo declamo y, sin embargo, soy completamente sincero. En cuanto a Iván, tan inteligente, creo que debe de estar maldiciendo a la naturaleza... ¿Quién ha sido el preferido? Un monstruo como yo, que no he podido corregirme del libertinaje, siendo el blanco de todas las miradas, y cuando sabía que mi propia prometida lo observaba todo. Sí yo he sido el preferido. ¿Por qué? ¡Porque esa joven, llevada de su gratitud, quiere sacrificarse a mí para toda su vida! Esto es absurdo. Yo no he hablado nunca de esto a Iván, y él tampoco ha hecho a ello la menor alusión. Pero el destino se cumplirá. Cada cual tendrá lo que merece: el réprobo se hundirá definitivamente en el cieno que le atrae. Estoy diciendo muchos desatinos, mis palabras no responden a mis pensamientos, pero lo que pienso se realizará: yo me hundiré en el lodo y Katia se casará con Iván.

-Escucha, Dmitri -dijo Aliocha en un estado de agitación extraordinario-. Hay un punto que tú no me has explicado

todavía. Sigues siendo su prometido. ¿Cómo puedes romper si ella se opone?

-Cierto que soy su prometido. Ya hemos recibido la bendición oficial en Moscú, con gran ceremonia, ante los iconos. La generala nos bendijo a incluso felicitó a Katia. «Has elegido bien -le dijo-. Leo en su corazón.» Iván no le fue simpático: no le dirigió ningún cumplido. En Moscú tuve largas conversaciones con Katia. Me describía a mi mismo tal como era, con toda sinceridad. Ella me escuchó atentamente.

*»Fue una turbación encantadora.
hubo tiernas palabras...*

»También hubo palabras altivas. Me arrancó la promesa de que me corregiría. Y a esto se redujo todo.

-Bueno, ¿y ahora qué?

-Acuérdate de que lo he llamado y lo he traído aquí para enviarte hoy mismo a casa de Catalina Ivanovna y...

-¿Para qué?

-Para decirle que no volveré a ir a verla nunca y la saludes de mi parte.

-¿Es posible?

-No, es imposible: me es imposible ir yo mismo. Por eso te ruego que vayas tú en mi lugar.

-¿Y tú adónde irás?

-Volveré a mi cenagal.

-¡Es decir, a Gruchegnka! -exclamó tristemente Aliocha, enlazando las manos-. O sea, que Rakitine tenía razón. ¡Y yo que creía que esto era solamente un capricho pasajero!

-¡Un prometido tener un enredo! ¿Es esto posible, siendo la novia quien es, y a la vista de todo el mundo? No he

perdido todo el honor. Desde el momento en que me uní a Gruchegnka dejé de ser novio y hombre honesto: me di de ello perfecta cuenta. ¿Por qué me miras? La primera vez que fui a su casa iba con el propósito de pagarle. Me había enterado, y ahora sé positivamente que era verdad, de que aquel capitán que representaba a mi padre había enviado a Gruchegnka un pagaré firmado por mí. Pretendían perseguirme judicialmente, con la esperanza de asustarme y obtener mi renuncia. Yo ya sabía algo de Gruchegnka. Es una mujer que no impresiona desde el primer momento. Conozco la historia de ese viejo mercader que es su amante. No vivirá mucho tiempo y le dejará una bonita suma. Yo sabía que era codiciosa, que prestaba dinero con usura, que era una trapacera y una bribona sin corazón. Fui, pues, a su casa con ánimo de darle su merecido... y me quedé. Esa mujer es la peste. Yo me he contaminado de ella y siento como si la llevara en la piel. Todo ha terminado para mí; no tengo otro camino. El ciclo del tiempo está trastornado. Ya ves mi situación. Como hecho expresamente, yo tenía entonces tres mil rublos en el bolsillo. Nos fuimos a Mokroie, que está a veinticinco verstas de aquí. Llamé a una orquesta y obsequié con champán a los campesinos y a todas las mujeres del lugar. Tres días después no me quedaba un céntimo. ¿Crees que obtuve alguna compensación de ella? Ninguna. Es una mujer todo repliegues, palabra. ¡La muy bribona! Su cuerpo recuerda el de una culebra. Hasta el dedo meñique de su pie izquierdo lleva este sello. Lo vi y lo besé, pero esto fue todo, te lo juro. Entonces ella me dijo: «¿Quieres que me case contigo porque eres pobre? Pues bien, si me prometes no pegarme y dejarme hacer todo lo que quiera, tal vez me decida.» Y se echó a reír. Hoy todavía se ríe.

Dmitri Fiodorovitch se puso en pie, presa de una especie de desesperación. Tenía el aspecto de estar bebido. Sus ojos estaban rojos de sangre.

-En serio, ¿estás decidido a casarte con ella?

-Si accede, me casaré en seguida; si me rechaza, seguiré con ella, aunque sea como criado. En cuanto a ti, Aliocha...

Se detuvo ante él, lo cogió por los hombros y empezó a sacudirlo violentamente.

-En cuanto a ti, has de saber que todo esto es una locura que ha de terminar en tragedia. Oye, Aliocha, yo soy un hombre perdido, de bajas pasiones; pero yo, Dmitri Karamazov, no seré nunca un estafador ni un vulgar ratero. Pues bien, Aliocha, he sido una vez un estafador, un vulgar ratero. Cuando me disponía a ir a casa de Gruchegnka para vapulearla, Catalina Ivanovna me llamó y me pidió secretamente, aunque no sé por qué, que fuera a la capital del distrito y enviara tres mil rublos a su hermana, que estaba en Moscú. En la localidad nadie debía saberlo. Me fui a casa de Gruchegnka con los tres mil rublos en el bolsillo, y me sirvieron para pagar nuestra excursión a Mokroie. Después fingí que me trasladaba a la capital del distrito. En cuanto al recibo, «me olvidé» de llevárselo, a pesar de que se lo había prometido. ¿Qué te parece? ¿Tú irás a decirle:

» -Un saludo de parte de mi hermano.

»Ella te preguntará:

»-¿Envió el dinero?

»Y tú le contestarás:

»-Es un hombre vil, sensual, incapaz de contenerse. En vez de mandar su dinero, no pudo resistir la tentación de malgastarlo.

»Si tú pudieras añadir:

»-Pero Dmitri Fiodorovitch no es un ladrón y le devuelve los tres mil rublos. Envíelos usted misma a Ágata Ivanovna y reciba las gracias de mi hermano...

»Si pudieras decirle esto, el mal no sería tan grave. En cambio, si ella te pregunta:

»-¿Dónde está el dinero?

Aliocha le interrumpió:

-Dmitri, has tenido una desgracia, pero no tan irremediable como crees. No te desespere.

-¿Crees acaso que me voy a levantar la tapa de los sesos si no logro devolver esos tres mil rublos? De ningún modo: no tengo la resolución necesaria para hacer una cosa así. Más adelante, tal vez. Pero, por el momento, voy a casa de Gruchegnka, donde me dejaré hasta la piel.

-¿Pero qué harás allí?

-Hacerla mi esposa si ella quiere. Y cuando lleguen sus amantes, pasaré a la habitación de al lado. Estaré en la casa para dar cera a sus botas, para preparar el samovar, para hacer los recados...

-Catalina Ivanovna lo comprenderá todo -afirmó gravemente Aliocha-. Comprenderá tu profundo pesar y te perdonará. Es un alma generosa y verá que no hay en el mundo ser más desgraciado que tú.

-No me perdonará: he hecho algo que ninguna mujer perdona. -¿Sabes qué sería lo mejor?

-¿Qué? -Que devolvieras los tres mil rublos.

-¿Pero de dónde los puedo sacar?

-Escucha: yo tengo dos mil. Iván te dará mil, y habrás reunido la cantidad completa.

-¿Cuándo tendría en mi poder el dinero? Eres todavía un chiquillo... Aliocha, es preciso que rompas con ella en mi

nombre hoy mismo, pueda o no pueda yo devolver el dinero. A tal extremo han llegado las cosas, que esa ruptura no admite retraso. Mañana sería demasiado tarde. Ve a casa del viejo.

-¿De nuestro padre?

-Sí, ve primero a verle a él y pídele los tres mil rublos.

-Nunca te los dará, Dmitri.

-Ya lo sé. ¿Pero sabes tú lo que es la desesperación?

-Sí.

-Escucha: legalmente, el viejo no me debe nada. He recibido ya mi parte, bien lo sé. ¿Pero acaso no tiene una deuda moral conmigo? Los veintiocho mil rublos de mi madre le sirvieron para ganar cien mil. Que me dé tres mil rublos, nada más que tres mil, y habrá salvado mi alma del infierno, y a él se le perdonarán muchos pecados. Te juro que me conformaré con esta cantidad y que el viejo ya no volverá a oír hablar de mí. Le ofrezco por última vez la oportunidad de ser un padre. En realidad, es Dios quien se la ofrece: díselo así.

-Dmitri, de ningún modo te dará ese dinero.

-Ya lo sé, estoy seguro. Y menos ahora. Estos días se ha enterado por primera vez *en serio* (fíjate bien en esta palabra) de que Gruchegnka no bromeaba cuando dejó entrever que podía volverle la espalda y casarse conmigo. Conoce muy bien el carácter de esa gata. ¿Cómo puede darme un dinero que favorecería mis planes, estando él loco por ella? Y esto no es todo. Escucha: hace cinco días que tiene apartados tres mil rublos en billetes de cien en un gran sobre lacrado con cinco sellos y atado con una cinta de color de rosa. Ya ves que estoy bien enterado. En el sobre hay esta inscripción: «Para Gruchegnka, mi ángel, si se decide a venir a mi casa.» Él mismo ha garabateado estas palabras a escondidas, y na-

die sabe nada de este dinero, excepto Smerdiakov, su sirviente, del que está tan seguro como de si mismo. Ya hace tres o cuatro días que espera que Gruchegnka acuda a buscar el sobre. Ella le ha dicho que tal vez vaya. Y si Gruchegnka va a casa del viejo, yo no podré casarme con ella. ¿Comprendes ahora por qué me oculto aquí y a quién acecho?

-¿A ella?

-Sí. Esas desgraciadas han cedido un cuartucho a Foma , que fue soldado de mi batallón. Foma está al servicio de ellas: monta guardia por la noche y tira a los gallos silvestres durante el día. Yo soy su huésped. Tanto él como esas mujeres ignoran mi secreto, o sea, que estoy aquí para vigilar.

-¿Lo sabe Smerdiakov?

-Sí. Y me advertirá si Gruchegnka visita al viejo.

-Lo del sobre, ¿lo sabes por Smerdiakov?

-Sí. Pero esto es un gran secreto. Ni siquiera Iván lo sabe. El viejo va a enviar a nuestro hermano a Tchermachnia para dos o tres días. Le ha salido un comprador para el bosque y le ofrece ocho mil rublos. El viejo ha pedido a Iván que le ayude, que vaya a ver al comprador en su nombre. Lo que en realidad desea es alejarlo para recibir a Gruchegnka.

-¿La espera hoy?

-No, hay ciertos indicios de que hoy no vendrá -repuso Dmitri-. Así lo cree también Smerdiakov. El viejo está ahora en la mesa, bebiendo en compañía de Iván. Ve a pedirle los tres mil rublos, Alexei.

Aliocha se levantó de un salto al ver el semblante extraviado de Dmitri. En el primer momento creyó que su hermano se había vuelto loco.

-¿Qué te pasa, Mitia?

-Nada. No creas que he perdido el juicio -respondió Dmitri, mirándole grave y fijamente-. No temas: sé muy bien lo que digo. Creo en los milagros, Aliocha.

-¿En los milagros?

-Sí, en los milagros de la Providencia. Dios lee en mi corazón, ve que estoy desesperado. ¿Crees que puede consentir que se realice tal monstruosidad? Ve, Aliocha. Creo en los milagros.

-Iré. ¿Me esperarás aquí?

-Sí. Sin duda, tardarás. No se puede abordar la cuestión de buenas a primeras. Ahora está bebido. Esperaré aquí tres, cuatro, cinco horas. Pero te advierto que hoy mismo, aunque sea a medianoche, has de ir a casa de Catalina Ivanovna, con el dinero o sin él, para decirle: «Dmitri Fiodorovitch me ha rogado que la salude en su nombre. » Deseo que repitas estas palabras exactamente.

-Oye, Mitia: ¿qué piensas hacer si Gruchegnka viene hoy, o mañana, o pasado mañana?

-¿Si viene Gruchegnka? Como vigilo, la veré. Entonces forzaré la puerta a impedirá que el viejo se salga con la suya.

-Pero si él...

-Entonces mataré: no lo podré resistir.

-¿A quién matarás?

-Al viejo. A ella ni siquiera la tocaré.

-¿Qué dices, Mitia?

-No lo sé, no lo sé. Quizá la mate, quizá no. Pero temo no poder soportar la expresión de su cara en esos momentos. Odio su nuez, su nariz, sus ojos, su sonrisa impúdica. Todo eso me repugna. Ésta es la razón de mi inquietud: temo no poder contenerme.

-Voy a verlo, Mitia. Creo que Dios lo arreglará todo lo mejor posible y nos evitará todos estos horrores.

-Yo espero un milagro. Pero si no se produce...

Aliocha se dirigió, pensativo, a casa de su padre.

CAPITULO VI

S M E R D I A K O V

Aliocha encontró a Fiodor Pavlovitch todavía en la mesa. Como de costumbre, la comida se había servido en el salón y no en el comedor. Era la pieza mayor de la casa y estaba amueblada con cierta presunción de estilo añejo. Los muebles, muy antiguos, eran de madera blanca y estaban tapizados con una tela roja, mezcla de seda y algodón. Se veían entrepaños con marcos ostentosos, esculpidos a la moda antigua y de tonos blancos y dorados. En los muros, cuyo blanco empapelado presentaba desgarrones aquí y allá, había dos grandes retratos: uno de un antiguo gobernador de la provincia, y otro de un prelado, fallecido hacia ya mucho tiempo. En el rincón que quedaba enfrente de la puerta de entrada había varios iconos, ante los cuales ardía una lamparilla durante la noche, menos por devoción que por dar luz a la estancia.

Fiodor Pavlovitch se acostaba muy tarde, a las tres o a las cuatro de la madrugada. Hasta entonces se paseaba por la casa o se absorbía en sus meditaciones, sentado en su sillón. Esto se había convertido en un hábito. Pasaba muchas noches solo, después de haber despedido a los criados, pero esta soledad era relativa, pues Smerdiakov, su sirviente, solía dormir en la antesala, echado sobre un largo arcón.

Al presentarse Aliocha, la comida llegaba a su fin: se habían servido ya los dulces y el café. A Fiodor Pavlovitch le

gustaban las golosinas, acompañadas de coñac, después de las comidas.

En aquel momento, Iván estaba tomando el café con su padre. Los sirvientes Grigori y Smerdiakov permanecían al lado de la mesa. Señores y criados estaban, visiblemente, de excelente humor. Fiodor Ravlovitch reía a carcajadas. Desde el vestíbulo, Aliocha reconoció aquella risa estridente que le era tan familiar. Y se dijo que su padre, aunque todavía no estaba ebrio, se hallaba en excelente disposición de ánimo.

-¡Al fin ha llegado! -exclamó Fiodor Pavlovitch, encantado de la presencia de Aliocha-. Ven y siéntate con nosotros. ¿Quieres café? Está hirviendo y es exquisito. No te ofrezco coñac porque sé que eres abstemio. Sin embargo, si quieres... No, te daré un licor estupendo. Smerdiakov, ve al aparador. Lo encontrarás en el segundo anaquel, a la derecha. Toma las llaves. ¡Hala!

Aliocha rechazó el licor.

-Bueno, si tú no quieres, lo servirán para nosotros. Dime: ¿has comido?

Aliocha contestó que sí. En efecto, había comido un trozo de pan y bebido un vaso de *kvass* en la cocina del padre abad.

-Tomaré una taza de café.

-¡El muy bribón! El café no lo rechaza. ¿Hay que calentarlo? No: está todavía hirviendo. Es el famoso café de Smerdiakov. Es un maestro para el café, la sopa de pescado y las tortas. Has de venir un día a comer sopa de pescado con nosotros. Avísame antes. Pero, ahora que caigo, ¿no te he dicho que trajeras el colchón y las almohadas hoy mismo? ¿Dónde están?

-No los he traído -repuso Aliocha, sonriendo.

-¡Ah! Has tenido miedo; confiesa que has tenido miedo. ¿Es posible que me mires con temor, querido?... Oye, Iván, cuando me mira a los ojos sonriendo, no lo puedo resistir. Sólo de verlo, la alegría dilata mi corazón. ¡Lo quiero! Aliocha, ven a a recibir mi bendición.

Aliocha se puso en pie, pero Fiodor Pavlovitch había cambiado de opinión.

-No. Me limitaré a hacer la señal de la cruz. Así. Anda, ve a sentarte. Oye, te voy a dar una alegría: la burra de Balaam ha trablado sóbre cosas que a ti te llegan al corazón. Escúchalo un poco y te reirás.

La burra de Balaam era el sirviente Smerdiakov, joven de veinticuatro años, insociable, taciturno, arrogante y que parecía despreciar a todo el mundo. Ha llegado el momento de decir algunas palabras de este personaje. Criado por Marta Ignatievna y Grigori Vasilievitch, el rapaz -«naturaleza ingrata», según la expresión de Grigori- había crecido como un salvaje en su rincón. Le gustaba colgar a los gatos y enterrarlos con gran ceremonia: se echaba encima una sábana a guisa de casulla y cantaba, agitando un supuesto incensario sobre el cadáver, todo ello con el mayor misterio. Grigori lo sorprendió un día y le azotó duramente. Durante una semana el chiquillo estuvo acurrucado en un rincón, mirando de reojo.

-Este monstruo no nos quiere -decía Grigori a Marta-. Es más, no quiere a nadie.

Y un día dijo a Smerdiakov:

-¿Eres verdaderamente un ser humano? No, has nacido de la humedad del invernadero.

Smerdiakov, como se verá después, no le perdonó nunca estas palabras.

Grigori le enseñó a leer y le dio lecciones de historia sagrada desde que tuvo doce años. Fue un intento inútil. Un día, en una de las primeras lecciones, el rapaz se echó a reír.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Grigori, mirándolo por encima de los lentes.

-Nada. Que si Dios creó el mundo el primer día, y el cuarto hizo el Sol, la Luna y las estrellas, ¿de dónde salía luz el primer día?

Grigori se quedó perplejo. El chiquillo miraba a su maestro con un gesto lleno de ironía. Incluso parecía provocarlo con la mirada. Grigori no pudo contenerse.

-Ahora verás de dónde salía -exclamó. Y le dio una fuerte bofetada.

El niño no protestó, pero estuvo de nuevo en su rincón varios días. Una semana después tuvo su primer ataque de epilepsia, enfermedad que ya no le dejó en toda su vida. Fiodor Pavlovitch modificó inmediatamente su conducta con el chico. Hasta entonces le había mirado con indiferencia, aunque nunca le reñía y le daba un copec cada vez que se encontraba con él. Cuando estaba de buen humor, le enviaba postres de su mesa. La enfermedad del niño provocó su solicitud. Llamó a un médico y Smerdiakov siguió un tratamiento, pero su mal era incurable. Sufría un ataque al mes, por término medio y con intervalos regulares. Estas crisis eran de intensidad variable: unas ligeras, otras violentas. Fiodor Pavlovitch prohibió terminantemente a Grigori que le pegara y permitió al enfermo entrar en sus habitaciones. Le prohibió también el estudio hasta nueva orden. Un día -Smerdiakov tenía entonces quince años-, Fiodor Pavlovitch lo sorprendió leyendo los títulos de su biblioteca a través de los cristales. Fiodor Pavlovitch tenía un centenar de volúmenes, pero nadie

le había visto nunca con ninguno en la mano. En seguida dio las llaves de su biblioteca a Smerdiakov.

-Toma -le dijo-, tú serás mi bibliotecario. Siéntate y lee. Esto será para ti mejor que estar sin hacer nada en el patio. Empieza por éste.

Y Fiodor Pavlovitch le entregó el libro *Las tardes en la quinta próxima a Dikaneka* .

Esta obra no gustó al muchacho. La terminó con un gesto de desagrado y sin haberse reído ni una sola vez.

-¿Qué? ¿No te ha hecho gracia? -le preguntó Fiodor Pavlovitch.

Smerdiakov guardó silencio.

-¡Responde, imbécil!

-Aquí no se cuenta más que mentiras -gruñó Smerdiakov sonriendo.

-¡Vete al diablo, cretino! Mira, aquí tienes la *Historia universal* de Smaragdov. Todo lo que aquí se dice es verdad.

Pero Smerdiakov no leyó más de diez páginas. La historia le pareció pesada. No había que pensar en la biblioteca. Poco tiempo después, Marta y Grigori informaron a Fiodor Pavlovitch de que Smerdiakov se había vuelto muy quisquilloso. Cuando le ponían delante el plato de sopa, la examinaba atentamente, llenaba la cuchara y la miraba a la luz.

-¿Algún gusano? -preguntaba a veces Grigori.

-¿O tal vez una mosca? -insinuaba Marta Ignatievna.

El escrupuloso joven no contestaba, pero hacia lo mismo con el pan, la carne y toda la comida. Pinchaba un trozo con el tenedor, lo examinaba a la luz como si lo mirara con el microscopio, y, tras un momento de meditación, se decidía a llevárselo a la boca.

-Como si fuera el hijo de un personaje -murmuraba Grigori, mirándole.

Cuando se enteró de semejante manía, Fiodor Pavlovitch afirmó al punto que Smerdiakov tenía vocación de cocinero y lo envió a Moscú para que aprendiera el arte culinario. Pasó allí varios años, y, cuando volvió, su aspecto había cambiado mucho. Estaba prematuramente envejecido. Su piel aparecía arrugada, amarilla. Semejaba un skopets. En el aspecto moral, era casi el mismo que antes de su marcha: un salvaje que huía de la gente. Más tarde se supo que en Moscú apenas había despegado los labios. La ciudad le había interesado muy poco. Fue una noche al teatro y no le gustó. Su ropa, tanto la exterior como la interior, no presentaba la menor señal de negligencia. Cepillaba cuidadosamente su traje dos veces al día y lustraba sus elegantes botas de piel de becerro con un betún inglés especial que les daba un brillo de espejo. Se reveló como un excelente cocinero. Fiodor Pavlovitch le asignó un salario que él invertía casi enteramente en ropa, pomadas, perfumes, etcétera. Hacía tan poco caso de las mujeres como de los hombres. Se mostraba con ellas huraño a inabordable.

Fiodor Pavlovitch empezó a mirarlo desde un punto de vista algo distinto. Sus ataques eran más frecuentes. Marta Ignatievna tenía que sustituirlo en la cocina, y esto no convenía en modo alguno a su dueño.

-¿Por qué tus ataques son ahora más frecuentes que antes? -preguntó al nuevo cocinero, mirándole de hito en hito-. Debes casarte. ¿Quieres que te busque esposa?

Pero Smerdiakov, pálido de enojo, no contestó a esta pregunta. Fiodor Pavlovitch se encogió de hombros y se fue. Sabía que era honrado a carta cabal, incapaz de quitar a

nadie un alfiler, y esto era para él lo más importante. Una vez, Fiodor Pavlovitch, estando embriagado, había perdido en el patio tres billetes de cien rublos que acababa de recibir. Hasta el día siguiente no se dio cuenta de la pérdida, y cuando estaba buscando en sus bolsillos, los vio encima de la mesa. El día anterior, Smerdiakov los había encontrado y se los había puesto allí.

-No he visto jamás nada semejante, mi buen Smerdiakov -dijo simplemente Fiodor Pavlovitch. Y le regaló diez rublos.

Hay que decir que, además de estimar su honradez, le tenía afecto, aunque él lo tratara con tan poca amabilidad como a todos. Quien lo observara y se preguntase: «¿Qué es lo que interesa a este hombre? ¿Cuáles son sus principales preocupaciones?», no habría sabido qué contestarse. Sin embargo, Smerdiakov permanecía a veces, estuviera en la casa, en el patio o en la calle, sumido en sus pensamientos durante diez minutos. En estos momentos, su semblante no habría revelado nada al mejor fisonomista. Por lo menos, éste no habría leído en él pensamiento alguno; solamente habría observado que Smerdiakov se hallaba en una especie de estado contemplativo. Hay un notable cuadro de Kramskoi titulado *El contemplativo*. Un bosque en invierno. En el camino hay un hombre del campo que lleva una hopalanda deshilachada y unas viejas botas, y que parece estar reflexionando. En realidad, no piensa: lo que hace es contemplar algo. Si lo tocarais, se estremecería y os miraría como si saliera de un sueño, sin comprender nada. Se tranquilizaría en seguida, pero si le preguntaseis en qué pensaba, seguramente no se acordaría, aunque volviera a experimentar las impresiones recibidas durante su estado contemplativo. Estas impresiones son para él valiosísimas y se van

acumulando en su ser, sin que él se dé cuenta ni sepa con qué fin. Y puede ocurrir que un día, tras haberlas almacenado durante años, lo deje todo y se vaya a Jerusalén a salvar su alma, o que prenda fuego a su pueblo natal. También es posible que haga las dos cosas. Hay muchos contemplativos de esta índole en nuestro país. Smerdiakov era evidentemente un tipo de este género: almacenaba sus impresiones sin saber para qué.

CAPITULO VII

UNA CONTROVERSIA

Pues bien, la burra de Balaam empezó a hablar de pronto, cuando se comentaba un suceso extraordinario.

Por la mañana, hallándose en la tienda de Lukianov, Grigori había oído referir al comerciante lo siguiente: un soldado ruso había caído prisionero en un lugar lejano de Asia, y el enemigo quiso obligarle, bajo la amenaza de la tortura y de la muerte, a abjurar del cristianismo y abrazar la religión del islam. El soldado se negó a traicionar a su fe y sufrió el martirio: se dejó despellejar y murió glorificando a Cristo. Este acto heroico se relataba en el periódico recibido aquella misma mañana. Grigori lo comentó en la sobremesa de Fiodor Pavlovitch. A éste le gustaba charlar y bromear en tales momentos, incluso con Grigori. En esta ocasión, Fiodor Pavlovitch se hallaba de un humor excelente y experimentaba una despreocupación sumamente agradable. Después de haber escuchado a Grigori, saboreando su copa de coñac, dijo que se debería canonizar al soldado y enviar su piel a un monasterio.

-El pueblo la cubriría de dinero.

Grigori frunció las cejas al ver que, lejos de enmendarse, Fiodor Pavlovitch seguía burlándose de las cosas santas.

En este momento, Smerdiakov, que estaba cerca de la puerta, sonrió. Ya hacia tiempo que se le admitía en el comedor en el momento de los postres, y, desde la llegada de Iván Fiodorovitch, no faltaba casi ningún día.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Fiodor Pavlovitch, comprendiendo que su sonrisa iba dirigida a Grigori.

Y Smerdiakov dijo de pronto, levantando la voz:

-Estoy pensando en ese valiente soldado. Su heroísmo es sublime, pero, a mi modo de ver, no habría cometido ningún pecado si, en un caso como éste, hubiese renegado del nombre de Cristo y del bautismo, para salvar la vida y poder dedicarse a hacer buenas obras, que le redimirían de su momentánea debilidad.

-¿De modo que crees que eso no sería pecado? -replicó Fiodor Pavlovitch-. Irás al infierno y te asarán como a un cordero.

En ese momento apareció Aliocha, lo que, como se ha visto, produjo gran satisfacción a Fiodor Pavlovitch.

-Estamos hablando de tu tema favorito -dijo el padre tras una alegre risita. E hizo sentar a Aliocha.

-Eso son tonterías -replicó Smerdiakov-. No tendré ningún castigo. No puedo tenerlo, porque sería injusto.

-¿Cómo injusto? -exclamó Fiodor Pavlovitch con redoblado regocijo y tocando a Aliocha con la rodilla.

-¡Es un granuja! -exclamó Grigori, dirigiendo a Smerdiakov una mirada colérica.

-¿Un granuja? -replicó Smerdiakov sin perder la sangre fría-. Reflexione. Si caigo en poder de unos hombres que torturan a los cristianos y se me exige que maldiga el nombre

de Dios y reniegue de mi bautismo, mi razón me autoriza plenamente a hacerlo, pues no puede haber en ello ningún pecado.

-Eso ya lo has dicho -exclamó Fiodor Pavlovitch-. No lo repitas: pruébalo.

-¡Marmitón! -murmuró Grigori en un tono de desprecio.

-Tan marmitón como usted quiera, Grigori Vasilievitch; pero, en vez de insultar, piense en esto. Apenas digo a los verdugos: «Yo no soy cristiano y maldigo al verdadero Dios», quedo excomulgado por la justicia divina, apartado de la santa Iglesia, como un pagano. Y no sólo en el momento de pronunciar estas palabras, sino antes, cuando tomo la decisión de decirlas. ¿Es esto verdad o no lo es, Grigori Vasilievitch?

Smerdiakov se dirigía a Grigori con satisfacción evidente aunque contestaba a las palabras de Fiodor Pavlovitch. Fingía creer que era Grigori el que había hablado, aunque sabía perfectamente que era Fiodor Pavlovitch.

Éste pidió a Iván que se inclinara hacia él y le susurró al oído:

-Habla para ti. Busca tus elogios. Complácete.

Iván escuchó gravemente la observación de su padre.

-Espera un momento, Smerdiakov -dijo Fiodor Pavlovitch-. Iván, acerca el oído otra vez.

Iván obedeció, conservando la seriedad.

-No creas que no te quiero -le dijo su padre-. Te quiero tanto como a Aliocha. ¿Un poco de coñac?

-Sí, gracias.

Y se preguntó en su fuero interno, mirando fijamente a su padre: «¿Qué querrá de mí?»

Luego observó a Smerdiakov con profunda curiosidad.

-¡Tú estás ya excomulgado! -estalló Grigori-. ¿Cómo te atreves a discutir, cretino?

-No insultes, Grigori. Cálmate -dijo Fiodor Pavlovitch.

-Tenga un poco de paciencia, Grigori Vasilievitch, pues no he terminado todavía. En el momento en que reniego de Dios, en ese mismo instante, me convierto en una especie de pagano. Mi bautismo se borra, queda sin efecto. ¿No es así?.

-Termina pronto, muchacho -le dijo Fiodor Pavlovitch mientras paladeaba con fruición un sorbo de coñac.

-Cuando contesto a la pregunta de los verdugos diciendo que ya no soy cristiano, yo no miento, pues ya estoy «descristianizado» por el mismo Dios, que me ha excomulgado apenas he pensado decir que no soy cristiano. Por lo tanto, ¿con qué derecho se me pedirían cuentas en el otro mundo como cristiano, por haber abjurado de Cristo, si en el momento de abjurar ya no era cristiano? Si no soy cristiano, no puedo abjurar de Cristo, puesto que ya lo he hecho anteriormente. ¿Quién, incluso desde el cielo, puede reprochar a un pagano no haber nacido cristiano a intentar castigarlo? ¿No dice el proverbio que no se puede desollar dos veces al mismo toro? Si el Todopoderoso pide cuentas a un pagano a su muerte, supongo que, ya que no lo puede absolver del todo, lo castigará ligeramente, pues no sé cómo puede acusarle de ser pagano habiendo nacido de padres paganos. ¿Puede el Señor coger a un pagano y obligarle a ser cristiano aunque no lo sienta? Esto sería contrario a la verdad, y no es posible que el que reina sobre los cielos y la tierra diga la mentira más insignificante.

Grigori se quedó mirando al orador con ojos desorbitados y expresión estúpida. Aunque no comprendía del todo lo dicho por Smerdiakov, había captado una parte de aquel galimatías

y tenía el gesto del hombre que acaba de dar una cabezada contra la pared. Fiodor Pavlovitch apuró su copa y se echó a reír ruidosamente.

-¡Qué hombre, Aliocha, qué hombre! Es un casuista. Sin duda tiene tratos frecuentes con jesuitas, ¿verdad, Iván? Hueles a jesuita, Smerdiakov. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? Pero mientes desvergonzadamente, casuista; mientes y divagas. No te áflijas, Grigori: lo vamos a hacer polvo. Responde a esto, burro: admito que no faltas ante los verdugos, pero has abjurado interiormente y tú mismo has reconocido que al instante ha caído sobre ti la excomunión. Pues bien, no creo que en el infierno acaricien la cabeza a un excomulgado. ¿Qué dices a eso, mi buen padre jesuita?

-Es indudable que he abjurado desde el fondo de mi corazón; sin embargo, si hay pecado en ello, el pecado es muy venial.

-¡Eso es falso, maldito! -dijo Grigori.

-Escúcheme y juzgue por usted mismo, Grigori Vasilievitch -continuó Smerdiakov impertérrito, consciente de su victoria, pero como mostrándose generoso con un adversario vencido-. Juzgue por usted mismo. En las Escrituras se dice que si uno tiene fe, aunque sea por el valor de un grano, y ordena a una montaña que se precipite en el mar, la montaña obedecerá sin la menor vacilación. Pues bien, Grigori Vasilievitch, ya que yo no soy creyente y usted cree serlo hasta tal punto de insultarme sin cesar, pruebe a decir a una montaña que se arroje, no ya al mar, que está muy lejos de aquí, sino simplemente a ese río infecto que pasa por detrás de nuestro jardín, y verá usted como la montaña no se mueve ni se produce el menor cambio en ella, por mucho que usted grite. Esto quiere decir, Grigori Vasilievitch, que usted no tiene

verdadera fe y que, para desquitarse, abruma a su prójimo con sus invectivas. Supongamos que nadie en nuestra época, nadie absolutamente, desde la persona de más elevada posición hasta el último patán, puede arrojar las montañas al mar, exceptuando a uno o dos hombres que hacen vida de santos en los desiertos de Egipto, donde no se les puede encontrar. Si es así, si todos los demás carecen de verdadera fe, ¿es posible que éstos, es decir, la población del mundo entero, excepto los dos anacoretas, reciban la maldición del Señor? ¿Es posible que el Señor no perdone a ninguno de ellos, a pesar de su misericordia infinita? No es posible, ¿verdad? Por lo tanto, espero que se me perdonen mis dudas cuando derrame lágrimas de arrepentimiento.

-¿De modo -exclamó Pavlovitch en el colmo del entusiasmo- que tú crees que hay dos hombres capaces de mover las montañas? Observa este detalle, Iván: toda Rusia está con él.

-Exacto: es un rasgo característico de la fe popular de nuestro país -dijo Iván Fiodorovitch con una sonrisa de aprobación.

-Si estás de acuerdo conmigo, eso prueba que mi observación es exacta. ¿Verdad, Aliocha? Eso se ajusta perfectamente a la fe rusa.

-No, Smerdiakov no posee la fe rusa -repuso Aliocha con acento grave y firme.

-No me refiero a su fe, sino a ese detalle, a esos dos anacoretas. ¿No es un detalle muy ruso?

-Sí, ese detalle es completamente ruso -concedió Aliocha sonriendo.

-Esa observación merece una moneda de oro, burra de Balaam, y hoy mismo te la enviaré. Pero todo lo demás que has dicho es falso. Has de saber, imbécil, que si nosotros no

tenemos más fe es por pura frivolidad: los negocios nos absorben; los días no tienen más que veinticuatro horas; uno no tiene tiempo no ya para arrepentirse, sino ni para dormir sus libaciones. Pero tú has abjurado ante los verdugos, cuando lo único que tenías que hacer era pensar en la fe y en el momento que era preciso demostrarla. Me parece, joven, que esto constituye un pecado, ¿no?

-Sí, pero un pecado venial. Juzgue por usted mismo, Grigori Vasilievitch. Si yo hubiese creído entonces de verdad, tal como se debe creer, hubiera cometido un verdadero pecado al no querer sufrir el martirio y preferir convertirme a la maldita religión de Mahoma. Pero si hubiese tenido verdadera fe, tampoco habría sufrido el martirio, pues me habría bastado decir a una montaña que avanzara y aplastase al verdugo, para que ella se hubiera puesto al punto en movimiento y hubiese dejado a mis enemigos como viles gusanos pisoteados. Y entonces yo me habría marchado como si nada hubiera ocurrido, glorificando y loando a Dios. Pero si lo hubiese intentado, si hubiese gritado a la montaña que aplastara al verdugo y ella no lo hubiese hecho, ¿cómo habría sido posible impedir que me asaltara la duda en aquel momento de espanto mortal? En tal caso, yo sabría ya que no iba a ir al reino de los cielos, puesto que la montaña no había obedecido a mi voz, lo que demostraba que mi fe no gozaba de gran crédito allá arriba y que la recompensa que me esperaba en el otro mundo no era demasiado importante. ¿Y quiere usted que, sabiendo esto, me dejara despellejar? La montaña no habría obedecido a mis gritos ni siquiera cuando estuviese despellejado hasta media espalda. En tales momentos, no sólo puede asaltarnos la duda, sino que el terror puede volvernos locos. En consecuencia, ¿puedo

sentirme culpable si, no viendo por ninguna parte provecho ni recompensa, decido salvar al menos la vida? He aquí por qué, confiando en la misericordia divina, espero que se me perdone.

CAPITULO VIII

TOMANDO EL COÑAC

La discusión había terminado, pero -cosa extraña- Fiodor Pavlovitch, tan alegre hasta entonces, se puso de pronto de mal humor. Se bebió una nueva copa que ya estaba de más.

-¡Marchaos, jesuitas; fuera de aquí! -gritó a los sirvientes-. Vete, Smerdiakov; recibirás la moneda de oro que te he prometido. No te aflijas, Grigori. Ve a reunirte con Marta; ella te consolará y te cuidará.

Y cuando los sirvientes se fueron, añadió:

-Estos canallas no le dejan a uno tranquilo. Smerdiakov viene ahora todos los días después de comer. Eres tú quien lo atraes. Alguna carantoña le habrás hecho.

-Nada de eso -repuso Iván Fiodor Pavlovitch-. Es que le ha dado por respetarme. Es un granuja. Formará parte de la vanguardia cuando llegue el momento.

-¿De la vanguardia?

-Sí. Habrá otros mejores, pero también muchos como él.

-¿Cuándo llegará ese momento?

-El cohete arderá, pero no hasta el fin. Por ahora, el pueblo no presta atención a estos marmitones.

-Desde luego, esta burra de Balaam no cesa de pensar, y sabe Dios adónde le llevarán sus pensamientos.

-Almacena ideas -observó Iván sonriendo.

-Oye: yo sé que no me puede soportar. Ni a mí ni a nadie. Y a ti tampoco, aunque creas que le ha dado por respetarte. A

Aliocha lo desprecia. Pero no es un ladrón ni un chismoso. No va contando por ahí lo que aquí ocurre. Además, hace unas excelentes tortas de pescado... ¡En fin, que se vaya al diablo! No vale la pena hablar de él.

-Desde luego.

-Yo siempre he creído que el *mujik* necesita ser azotado. Es un truhán que no merece compasión, y conviene pegarle de vez en cuando. El abedul ha dado fuerza al suelo ruso; cuando perezcan los bosques, perecerá él. Me gustan las personas de ingenio. Por liberalismo, hemos dejado de vapulear a los *mujiks*, pero siguen azotándose ellos mismos. Hacen bien. «Se usará con vosotros la misma medida que vosotros uséis». Es así, ¿verdad?... Mi querido Iván, ¡si tú supieras cómo odio a Rusia!... Bueno, no a Rusia precisamente, sino a todos sus vicios..., y acaso también a Rusia. *Tout cela, c'est de la cochonnerie*. ¿Sabes lo que me encanta? El ingenio.

-Te has bebido otra copa. ¿No crees que ya es demasiado?

-Oye, voy a beberme otra, y otra después, y se acabó. ¿Por qué me has interrumpido? Hace poco, hallándome de paso en Mokroie, estuve charlando con un viejo. «Lo que más me gusta -me dijo- es condenar a las muchachas al látigo. Encargamos a los jóvenes ejecutar la sentencia, y éstos, invariablemente, se casan con las azotadas.» ¡Qué sádicas!, ¿eh? Por mucho que digas, esto es ingenioso. Podríamos ir a verlo, ¿no te parece?... ¿Enrojece, Aliocha? No te ruborices, hijo. ¡Lástima que no me haya quedado hoy a comer con el padre abad! Habría hablado a los monjes de las muchachas de Mokroie. Aliocha, no me guardes rencor por haber ofendido al padre abad. Estoy indignado. Pues si verdaderamente hay

Dios, no cabe duda de que soy culpable y tendré que responder de mi conducta: pero si Dios no existe, habría que cortarles la cabeza, y aún no sería suficiente el castigo, ya que se oponen al progreso. Te aseguro, Iván, que esta cuestión me atormenta. Pero tú no lo crees: lo leo en tus ojos. Tú crees lo que se dice de mí: que soy un bufón. ¿Tú lo crees, Aliocha?

-No, yo no lo creo.

-Estoy seguro de que hablas sinceramente y ves las cosas como son. No es éste el caso de Iván. Iván es un presuntuoso... Sin embargo, me gustaría terminar de una vez con tu monasterio. Habría de suprimir de golpe a esa casta mística en toda la tierra: sería el único modo de devolver a los imbéciles la razón. ¡Cuánta plata y cuánto oro afluiría entonces a la Casa de la Moneda!

-¿Pero para qué quieres suprimir los monasterios? -preguntó Iván.

-Para que la verdad resplandezca.

-Cuando la verdad replandezca, primero te lo quitarán todo y después lo matarán.

-Tal vez tengas razón -dijo Fiodor Pavlovitch. Y añadió, rascándose la frente:- ¡Soy un verdadero asno! Si es así, ¡paz a tu monasterio, Aliocha! Nosotros, las personas inteligentes, permaneceremos en habitaciones abrigadas y beberemos coñac. Tal es, sin duda, la voluntad de Dios. Dime, Iván: ¿hay Dios o no lo hay? Respóndeme en serio. ¿De qué te ríes?

-Me acuerdo de tu aguda observación sobre la fe de Smerdiakov: cree en la existencia de dos ermitaños que pueden mover las montañas.

-¿Eso he dicho yo?

-Exactamente.

-¡Ah! Es que yo soy también muy ruso. Y también lo eres tú, filósofo. Se te pueden escapar observaciones del mismo género... Te apuesto lo que quieras a que te pillaré diciendo algo así. La apuesta entrará en vigor mañana. Pero contesta a lo que te he preguntado: ¿hay Dios o no lo hay? Te agradeceré que me hables en serio.

-No, no hay Dios.

-¿Hay Dios, Aliocha?

-Sí, hay Dios.

-Iván: ¿existe la inmortalidad, por poca que sea?

-No, no hay inmortalidad.

-¿En absoluto?

-En absoluto.

-O sea, cero. ¿Cero o una partícula?

-Cero.

-Aliocha, ¿hay inmortalidad?

-Sí.

-¿Dios e inmortalidad en una sola pieza?

-Sí: la inmortalidad descansa en Dios.

-¡Hum! Debe de ser Iván quien tiene razón. Señor, ¡cuando uno piensa en la cantidad de fe y de energía que esta quimera ha costado al hombre, sin compensación ninguna, desde hace miles de años! ¿Quién se burla así de la humanidad? Por última vez lo pregunto categóricamente: ¿hay Dios o no lo hay?

-Pues, por última vez, no.

-Entonces, ¿quién se burla del mundo, Iván?

-El diablo, sin duda -repuso Iván con una risita sarcástica.

-Así, el diablo existe.

-No, no existe.

-Lo siento. No sé lo que haría al primer fanático que inventó a Dios. Ahorcarlo me parece poco.

-Sin esa invención, la civilización no existiría.

-¿De veras?

-De veras. Tampoco existiría el coñac. Por cierto, que vamos a tener que quitártelo.

-Espera, una copita más... He ofendido a Aliocha. ¿Me guardas rencor, hijito.

-No, no te guardo rencor. Sé muy bien cómo piensas. Tu corazón vale más que tus pensamientos.

-¡Mi corazón vale más que mis pensamientos! ¡Y eres tú quien lo dice!... Iván, ¿quieres a Aliocha?

-Sí, le quiero.

-Quiérole.

Y Fiodor Pavlovitch, cada vez más borracho, dijo a Aliocha:

-Oye: he sido grosero con tu *starets*, pero estaba exaltado. Es un hombre inteligente. ¿Tú qué crees, Iván?

-Que tal vez lo sea.

-Ciertamente, *il y a du Piron là dedans*. Es un jesuita ruso. La necesidad de representar una farsa, de llevar una máscara de santidad, le indigna *in petto*, pues es un hombre de carácter noble.

-Pero cree en Dios.

-No está muy convencido. ¿No lo sabías? Lo dice a todo el mundo o, por lo menos, a todas las personas inteligentes que lo visitan. Al gobernador Schultz le dijo sin rodeos: «*Credo*, pero no sé en qué.»

-¿De veras?

-Textual. Pero le aprecio. Hay en él algo de Mefistófeles o, mejor aún, de Héroe de nuestro tiempo. Su nombre es Arbeni-

ne , ¿verdad?... Es un sensual, tan sensual que yo no estaría tranquilo si mi mujer o una hija mía fueran a confesarse con él. No puedes imaginarte las cosas que dice cuando se pone a contar anécdotas. Hace tres años nos invitó a tomar el té..., con licores, pues las damas le envían licores. Empezó a referirnos su vida de antaño, y uno se partía de risa. Fue a curar a una dama de sus males del alma, y se enamoró de ella. Luego nos dijo que, si no le hubiesen dolido las piernas, habría ejecutado cierta danza... ¡Qué divertido!, ¿eh? «Yo también he llevado una vida alegre», añadió... Ha estafado sesenta mil rublos a Demidov, el comerciante.

-¿Estafado?

-Este se los confió, no dudando de su honradez. «Guárdemelos -le dijo-. Mañana vendrán a inspeccionar mi casa.» El santo varón se embolsó los sesenta mil rublos y le dijo: «Se los has dado a la Iglesia.» Yo le dije que era un bribón, y él me contestó que no era tal cosa, sino un hombre de ideas amplias... Pero ahora caigo en que todo esto lo hizo otro. He sufrido una confusión... Otra copita y ya no bebo más. Trae la botella, Iván. ¿Por qué no me has detenido cuando he empezado a mentir?

-Porque sabía que te detendrías tú mismo.

-Eso no es cierto. No me has dicho nada por maldad. En el fondo, me desprecias. Has venido a mi casa para demostrarme tu desprecio.

-Me voy. El coñac se te empieza a subir a la cabeza.

-Te he rogado insistentemente que fueras a Tchermachnia para uno o dos días, y no has ido.

-Partiré mañana, ya que tanto te interesa.

-No lo creo. Tú quieres estar aquí para espiarme.

El viejo no se calmaba; había llegado a ese punto de la embriaguez en que los bebedores, incluso los más pacíficos, sienten de pronto el deseo de poner de manifiesto sus cosas malas.

-¿Por qué me miras así? Tus ojos me están diciendo: «¡Despreciable borracho!» Tu mirada está llena de desconfianza y desprecio. Eres astuto como tú solo. La mirada de Alexei es radiante: él no me desprecia. Alexei, guárdate de querer a Iván.

-No te enojas con mi hermano. Le has ofendido -dijo Aliocha firmemente.

-Está bien. ¡Ah, qué dolor de cabeza tengo! Iván, dame el coñac: te lo he dicho ya tres veces.

Quedó pensativo y de pronto sonrió astutamente.

-No te enfades con un pobre viejo, Iván. Tú no me quieres, lo sé. Lo que no sé es por qué no me quieres. Pero no te enfades. Has de ir a Tchermachnia. Te diré dónde puedes ver a una muchachita con la que bromeo hace tiempo. Va todavía descalza; pero eso no debe preocuparte. No hay que hacer aspavientos ante las jovencitas descalzas: son perlas.

Se dio un beso en la mano y en seguida se animó, como si su tema favorito le curase de su embriaguez.

-¡Ah, hijos míos! -continuó-. Mis cochinitos... Yo..., a mí, ninguna mujer me parece fea. Es un don, ¿comprendéis? No, no podéis comprenderme. No es sangre, sino leche, lo que corre por vuestras venas. Todavía no habéis salido del cascarón. A mi juicio, todas las mujeres tienen alguna peculiaridad interesante: el quid está en saber descubrirla. Para ello hace falta un talento especial. A mí, ninguna me parece fea. El sexo por si solo hace mucho... Pero esto está por encima de vuestra comprensión. Incluso las solteras

viejas tienen a veces tales encantos, que uno no puede menos de decirse que los hombres son unos imbéciles, ya que las han dejado envejecer sin descubrir sus atractivos. A las muchachitas descalzas hay que empezar por impresionarlas, ¿no lo sabíais? Es preciso que la infeliz se sienta maravillada y confusa al ver que todo un señor se ha enamorado de una pobrecita como ella. Por fortuna, ha habido y habrá siempre señores que se atreven a todo y sirvientes que los obedecen. ¡Esto asegura la felicidad de la existencia! A propósito, Aliocha, yo siempre conseguí impresionar a tu madre, aunque de otro modo. A veces, después de haberla tenido algún tiempo privada de mis caricias, me mostraba de pronto apasionado, arrodillándome ante ella y besándole los pies. Entonces ella, invariablemente, lanzaba una risita convulsiva y aguda, pero apagada. No se reía nunca de otro modo. Yo sabía que su crisis empezaba siempre así, que al día siguiente gritaría como una poseída, que aquella risita sólo expresaba la apariencia de un arrebató; pero siempre ocurría de este modo. Hay que saber cómo conducirse en todo momento. Un día, un hombre llamado Bielavski, guapo y rico, que le hacía la corte y frecuentaba nuestra casa, me abofeteó en su presencia. Creí que tu madre, dulce como una ovejita, me iba a pegar. Exclamó: « ¡Te ha pegádo, te ha abofeteado! ¡Querías venderme a él! De lo contrario, ¿cómo se habría atrevido a abofetearte delante de mí? No quiero volver a verte hasta que le hayas desafiado.» Yo la conduje entonces al monasterio, donde se oró para calmarla. Pero lo juro por Dios, Aliocha, que no ofendí jamás a mi pequeña endemoniada. Mejor dicho, sólo la ofendí una vez. Fue en el primer año de nuestro matrimonio. Tu madre rezaba demasiado, observaba rigurosamente las fiestas de la Virgen y no me permitía entrar

en su habitación. Me propuse curarla de su misticismo. «¿Ves esa imagen que tú consideras milagrosa? -le dije-. Pues le voy a escupir en tu presencia, y verás como no sufro ningún castigo.» Creí que iba a matarme, pero se limitó a estremecerse. Luego se cubrió el rostro con las manos, empezó a temblar y se desplomó... Aliocha, ¡Aliocha! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

El viejo se puso en pie, aterrado. Desde que había empezado a hablar de la madre de Aliocha, el rostro del joven se había ido alterando progresivamente. Aliocha enrojeció, sus ojos centellearon y sus labios empezaron a temblar. El viejo no se dio cuenta de nada hasta el momento en que Aliocha sufrió un ataque que reproducía punto por punto el que él acababa de describir. De súbito, terminado el relato, se levantó exactamente como su madre, se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer en su asiento, sacudido de pies a cabeza por una crisis histérica acompañada de lágrimas silenciosas.

-¡Pronto, Iván, trae agua! ¡Es lo mismo que su madre! Trae agua y le rociaremos la cara, que era lo que hacía yo con su madre.

Y añadió en voz baja:

-Lo ha heredado de ella, lo ha heredado de ella.

Iván le respondió, con una mueca de desprecio:

-Su madre fue también la mía, ¿no?

Su fulgurante mirada sacudió al viejo, que, aunque parezca extraño, se había olvidado en aquellos momentos de que la madre de Aliocha había sido también la de Iván.

-¿También tu madre? -murmuró Fiodor Pavlovitch sin comprender-. ¿Qué dices?... ¡Diablo, pues es verdad! Su

madre fue también la tuya... ¿Dónde tenía la cabeza?...
Perdóname, Iván, pero... ¡Je, je!

Enmudeció con una estúpida sonrisa de borracho. En ese momento se oyeron en el vestíbulo fuertes ruidos y gritos furiosos. Un instante después, la puerta se abrió y Dmitri Fiodorovitch irrumpió en la estancia. El viejo, aterrado, se arrojó sobre Iván y se aferró a él.

-¡Viene a matarme! ¡Defiéndeme!

CAPÍTULO IX

LOS SENSUALES

Grigori y Smerdiakov aparecieron en pos de Dmitri. Habían luchado con él en el vestíbulo para impedirle la entrada, cumpliendo las órdenes que Fiodor Pavlovitch les había dado días atrás. Aprovechando un momento en que Dmitri se detuvo para orientarse, Grigori dio un rodeo a la mesa, cerró las dos hojas de la puerta que conducía a las habitaciones del fondo y se colocó ante ella con los brazos en cruz, dispuesto a defender la entrada hasta agotar sus fuerzas. Al ver esto, Dmitri lanzó un grito que fue más bien un rugido y se arrojó sobre Grigori.

-¡Eso quiere decir que ella está aquí, que se oculta en esas habitaciones! ¡Aparta, cretino!

E intentó apartarlo con sus manos, pero Grigori lo rechazó. Ciego de rabia, Dmitri levantó el puño y golpeó al criado con todas sus fuerzas. El viejo se desplomó como una planta segada. Dmitri saltó por encima de su cuerpo y abrió la puerta. Smerdiakov había permanecido, pálido y tembloroso, al otro lado de la mesa, junto a Fiodor Pavlovitch.